
HARLEQUIN
Jazmin
LOS PLANES DEL JEFE
JESSICA STEELE

Al dejar su pueblo jamás habría pensado que acabaría saliendo con su jefe... Erin Tunnicliffe había decidido abandonar el aburrido pueblo inglés en el que se había criado y empezar una carrera en Londres. Su nuevo jefe era el guapísimo y sofisticado ejecutivo Joshua Salsbury, que parecía tener mucho interés en la evolución profesional... y personal de Erin.



Jessica Steele

Los planes del jefe

ePub r1.0

Capítulo 1

Erin tenía la costumbre de levantarse temprano. El lunes se despertó cuando despuntaba el alba y, consciente de que ya no volvería a conciliar el sueño, dejó volar sus pensamientos.

Se había acostumbrado a vivir y trabajar en Londres, aunque su trabajo sólo era temporal. Hasta el mes anterior había estado viviendo con su padre en la casa en la que había pasado toda su vida, situada en la pequeña localidad de Croom Babbington, en Gloucestershire.

Sus padres se habían divorciado cuando Erin tenía cinco años; su madre, Nina, se había hartado de ser ama de casa y se había marchado. Poco después del divorcio volvió a caer en la trampa del matrimonio y se había casado de nuevo, pero el idilio le duró poco y a los dos años se divorció de su segundo marido.

—¡Nunca más! —se había jurado su madre.

Nina había cumplido su juramento, aunque eso no le impedía tener numerosos admiradores.

A pesar del divorcio, Erin siempre pensaba en su madre con mucho afecto. Sabía que no la había abandonado a ella, sino que simplemente su matrimonio había fracasado; además, pasaba a visitarla cada dos o tres meses desde que se había mudado a Bershire.

En cambio, Erin no le había devuelto las visitas ni una sola vez. En primer lugar, porque su padre no se lo habría permitido; a pesar de los diecisiete años transcurridos desde el divorcio, seguía sin perdonar a Nina y temía que su hija se convirtiera, según decía, en una mujer tan rebelde como su madre. Y en segundo lugar, porque la vanidosa Nina no quería que nadie en su círculo de amistades supiera que tenía una hija, sobre todo ahora que se había

convertido en una preciosa joven de cabellos dorados, ojos azul violeta y una figura impresionante.

Erin había aprendido a no guardarle rencor por ello, aunque lamentaba no tener la posibilidad de pasar a visitarla: la vida nunca era aburrida cuando Nina estaba cerca.

A pesar de todo, Erin era consciente de que la admiración que sentía por su madre se debía en parte a la severidad de su padre; Leslie Tunnicliffe era un hombre maravilloso que siempre la había apoyado y con el que siempre había podido contar, pero también era conservador y algo represivo, de modo que no tardó en llegar a la conclusión de que la vida debía de ser algo más que levantarse cada mañana para realizar un trabajo de secretaria sin ningún futuro.

Paradójicamente, había sido él quien le había sugerido la idea de que estudiara empresariales mientras adquiría experiencia como secretaria. Erin lo recordaba muy bien porque se lo había planteado uno de esos domingos en los que Nina pasaba a verla. En realidad, la joven no necesitaba trabajar; su padre había heredado una pequeña fortuna que más tarde había incrementado con su habilidad para invertir en acciones y propiedades, pero cuando Erin regresó de comer con su madre, él la animó a formarse profesionalmente porque el trabajo, desde su punto de vista, la mantendría ocupada y lejos de una vida disipada.

Obediente, Erin siguió el consejo. Estudió, se esforzó y por fin consiguió su primer empleo, inmensamente aburrido. Pero ya habían pasado seis meses desde que lo había dejado para marcharse a trabajar con Mark Prentice.

Si le hubieran preguntado al respecto, no habría sabido decir cuál de las dos ocupaciones era más aburrida. Sin embargo, su vida comenzó a cambiar poco después de que aceptara el nuevo empleo: Mark le pidió que saliera con él, lo cual le sorprendió un poco; hasta entonces había pensado que, estaba saliendo con otra persona, pero resultó evidente que se había equivocado.

Erin ya había salido con varios hombres, pero su padre siempre había insistido en que todo amigo varón debía ir a buscarla a casa, lo que naturalmente implicaba un interrogatorio previo, otro posterior y una larga explicación con todo lujo de detalles sobre lo que había hecho y dónde había estado.

Sabía que su padre se comportaba de esa forma porque la quería y porque tenía miedo de que se convirtiera en una segunda Nina, pero su preocupación era innecesaria; aunque en muchos aspectos había salido a su madre, también había heredado parte del conservadurismo de él y no tenía intención de perder la virginidad así como así.

Por desgracia, su experiencia con Mark no salió bien. El tener que ir a su casa a buscarla no le molestó, pero reaccionó de un modo bien distinto cuando, al volver, descubrió que su padre los estaba esperando y que no pensaba, irse a la cama hasta que él se marchara. Además, las cosas se estropearon del todo cuando Erin le dijo que no estaba interesada en acostarse con él.

Sabía que su relación estaba condenada al fracaso, pero siguió trabajando para Mark hasta que un día, seis semanas atrás, Dawn Mason, una ex novia de Mark, se había presentado en el despacho de Erin con la corbata que él llevaba puesta el día anterior.

—Sólo he venido a devolverle esto a Mark —había dicho la mujer—. Se la dejó anoche en mi casa.

Erin se quedó tan aturdida que en ese momento no fue capaz de decir nada. Dawn se marchó enseguida y diez minutos después, cuando Mark entró en el despacho, no pudo contenerse.

—¿Anoche estuviste en casa de Dawn Mason?

—Sí —respondió él, con sinceridad.

—¿Cómo te has atrevido? —preguntó, indignada—. No te habrás acostado con ella...

—Lo siento, Erin, pero no me has dejado otra opción. He hecho con ella lo que tú nunca habrías sido capaz de hacer —dijo Mark.

En aquel preciso instante, Erin descubrió que no era como su padre ni como su madre, sino una persona hecha y derecha, con carácter y perfectamente capaz de vivir su vida.

Sin pensárselo dos veces, tomó la chaqueta y el bolso, se volvió hacia Mark Prentice y declaró:

—Muy bien. En tal caso, puede que Dawn Mason también quiera ocuparse de escribir tus cartas.

Erin no se arrepentía de haber dejado el empleo por una simple pataleta emocional. Bien al contrario, se sentía orgullosa por haber sido capaz de reaccionar con energía y por haber tomado la decisión de hacer algo más que sentarse en una butaca y aceptar

dócilmente que le pidieran toda clase de estupideces.

Sin embargo, una semana más tarde volvió a sentir que su vida era gris y aburrida. Aunque su padre le pasaba una mensualidad y no necesitaba trabajar, empezó a buscar un nuevo empleo y a hacerse determinadas preguntas sobre la vida que había llevado; no en vano, era consciente de que otras mujeres de su edad disfrutaban mucho más de la existencia y se divertían más que ella.

Poco después, llegó a la conclusión de que parte del problema que tenía era precisamente su virginidad, así que decidió hacer algo al respecto. Lamentablemente, seguía demasiado enganchada a su padre y se sintió culpable por ello; siempre había insistido en que le contara todo lo que le preocupara, en que fuera sincera con él, pero no podía llegar un día a su casa y decirle que se había acostado con un hombre.

Dos largos y sombríos días más tarde, el mundo de Erin dio un giro inesperado cuando se encontró con Charlotte Fisher.

En las afueras de Croom Babbington había dos grandes mansiones. Una la ocupaban su padre y ella; la otra había sido el hogar de Charlotte y de su familia durante una buena temporada. Charlotte era algo mayor que Erin, pero se habían llevado muy bien hasta que su amiga se marchó del pueblo. Por eso se alegró tanto cuando la vio en la oficina de correos.

—¡Charlotte! ¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó.

—¡Erin!

Su vieja amiga dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia ella para abrazarla.

Un segundo después, estaban charlando animadamente como si nunca se hubieran separado. Charlotte le contó que sus padres seguían viviendo en Bristol, que, ella se había marchado a Londres y que estaba a punto de casarse.

—Como mi abuela sigue viviendo aquí, he venido a presentarle a Robin, mi prometido —le explicó Charlotte—. ¿Quieres venir a tomar un café con nosotros? Sólo tengo que comprar unos sellos y después podríamos charlar un rato.

Erin agradeció la invitación, pero no quiso aceptar porque supuso que a la abuela de Charlotte no le apetecería compartir con nadie las pocas horas que tenía para estar con su nieta y su futuro esposo. Sin embargo, las amigas aprovecharon el breve paseo hasta

la esquina para ponerse al día sobre sus respectivas vidas.

—¿Empezaste aquel curso de empresariales? —preguntó Charlotte—. Recuerdo que estabas pensando en ello cuando nos marchamos de aquí.

Erin asintió.

—Empecé y terminé, aunque de momento estoy sin empleo.

—Qué lástima que no vivas en Londres —dijo Charlotte—. Si estuvieras allí, podría ayudarte.

—Ojalá estuviera en Londres —le confesó—, porque cambiar de aires me vendría muy bien.

Charlotte se tomó el comentario como algo serio y comenzó a presionarla. Le contó que estaba trabajando en la industria textil, en un pequeño negocio que dirigía ella misma, pero que los preparativos de la boda no le dejaban demasiado tiempo y que necesitaba una ayudante con urgencia.

—Sólo sería un empleo temporal, para salir del atolladero, pero me gustaría mucho que vinieras a ayudarme —declaró—. Venga, anímate. Hazlo por mí.

Erin no necesitó que insistiera. La idea la entusiasmó enseguida, en gran parte porque era una oportunidad perfecta para escapar del horrible tedio de su existencia.

—Me encantaría —dijo al fin.

Sin embargo, acababa de pronunciar las dos palabras cuando recordó que su padre se enfadaría al saberlo. Y Charlotte también debió de darse cuenta, porque dijo:

—Ah, claro, Leslie Tunnicliffe… ¿Permitiría que te marcharas? ¿O sigue empeñado en meterse en tu vida y en controlar todo lo que haces?

Erin se sorprendió un poco al comprender que la actitud de su padre era de dominio público. Por una parte, le molestó que hablaran de él en esos términos; pero por otra, le irritaba más que todo el pueblo pensara que no era capaz de tomar decisiones sin su aprobación y que ella ni siquiera se hubiera dado cuenta hasta entonces.

—Oh, estoy segura de que no le importará —mintió—, aunque no le hará especialmente feliz que me marche a vivir a otra parte. Además, vivir en Londres será todo un problema. Los alquileres son muy caros y no quiero que él me lo pague.

—Bueno, creo que eso se puede solucionar con facilidad. De hecho, nos haremos un favor mutuo.

Charlotte le explicó que había tenido el mismo problema con su padre cuando dejó su hogar en Bristol para marcharse a vivir a la capital británica, así que le había comprado un pequeño apartamento.

—Ciertamente es muy pequeño —continuó—, pero es bonito. Además, no sabía qué hacer con él. No quería venderlo ni me sentía muy convencida con la posibilidad de alquilárselo a un desconocido, así que tú serías la solución ideal para mi dilema.

Erin estaba cada vez más emocionada con la idea.

—Entonces, quieres alquilármelo…

—No, no, no sería un verdadero alquiler. Te lo dejaría muy barato por tratarse de ti y porque es cierto que me quitas un peso de encima. Desde luego no es gran cosa, pero puedo decirte que me enamoré del apartamento en cuanto lo vi y que estoy segura que a ti te ocurrirá lo mismo. ¿Y bien? ¿Vendrás entonces?

Erin ya había tomado una decisión. Además, su padre no le preocupaba demasiado porque contaba con la señora Johns, el ama de llaves, que había estado con ellos toda la vida y que sin duda cuidaría de él.

—Pero si es tan pequeño como dices, ¿cómo podremos vivir las dos juntas?

—Yo no suelo pasar por allí. Sinceramente me paso la vida en la casa de Robin, y ahora que se aproxima la fecha de la boda, cuando no estoy con él estoy en Bristol con mi madre —explicó su amiga—. Bueno, ¿qué dices? ¿Irás a vivir a Londres?

—¿Te importa que te responda más tarde?

—No, claro que no.

Charlotte le dio varios números de teléfono y añadió:

—Si no estoy en el trabajo y no puedes localizarme en mi teléfono móvil, llama al número de Robin. Pero aunque todo esto sea muy repentino, no me llames a menos que tu respuesta sea positiva…

Las dos amigas se separaron entonces y Erin se dirigió a su casa. Su padre estaba allí y le recriminó que no hubiera recogido el paquete que había ido a buscar a la oficina de correos.

—Bueno, iré más tarde… Por cierto, me he encontrado con

Charlotte Fisher.

—¡Charlotte Fisher! Caramba... ¿Es la misma Charlotte Fisher que vivía en la casa de al lado?

—La misma, sí.

Erin le contó rápidamente lo sucedido, incluida su propuesta de marcharse a vivir a Londres.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó él, menos preocupado de lo que Erin había imaginado.

—Le he dado a entender que no me importaría, aunque sólo sea algo temporal. Pero pensé que te molestaría...

—Bueno, te confieso que la idea no me resulta especialmente atractiva —dijo su padre—. Sin embargo, cuando cumpliste veinte años me dije que pronto levantarías el vuelo y te marcharías de casa, así que no me sorprende.

—¿En serio? ¿Lo esperabas? —preguntó, atónita.

—Por supuesto. He hecho todo lo que he podido por protegerte, pero no sería justo que intentara retenerte a mi lado. Tienes que vivir tu vida.

La sorpresa de Erin, con ser grande, fue poca cosa en comparación con el inmenso amor que sintió por él.

—Oh, papá...

Sin embargo, el enternecedor momento no duró demasiado. Su padre se puso enseguida a hablar sobre las cuestiones más prácticas de la mudanza a Londres y dejó bien claro que su decisión de dejarla vivir su vida no implicaba que no quisiera seguir controlándola.

—Naturalmente, querré ver ese apartamento antes de que te mudes a él. Y en cuanto al alquiler, no debes aceptar que Charlotte te permita pagar una suma mínima. Pagarás el alquiler entero. Yo puedo encargarme de eso.

Erin deseó llevarle la contraria y demostrar que estaba dispuesta a ser una mujer independiente, pero era su padre y además sabía que, a pesar de su aparente comprensión, la idea de dejarla marchar no podía resultarle fácil.

Ya estaba a punto de telefonear a Charlotte para darle la noticia cuando su amiga se le adelantó y la llamó. Por supuesto, se alegró de que su respuesta fuera positiva. Y tras unos minutos de conversación, añadió:

—Me harías un gran favor si pudieras ayudarme con todo el papeleo que se ha acumulado en mi oficina.

—¿Cuándo quieres que empiece? —preguntó Erin.

—Tan pronto como sea posible.

Erin pasó el día siguiente haciendo las maletas para lo que se suponía que iba a ser un acuerdo temporal, de sólo tres meses de duración. Y veinticuatro horas más tarde, Leslie Tunnicliffe subió a su coche y siguió al vehículo de su hija hacia el destino previsto: Londres.

Tal y como Charlotte había previsto, Erin se quedó encantada con el apartamento. Era pequeño, pero no tanto como había comentado su amiga; tenía un dormitorio, un cuarto de baño, un salón que se abría a una cocina americana y una salita que se podía utilizar como despacho. Incluso su padre, que no era fácil de convencer, quedó encantado.

Cuando llegó la hora de las despedidas, él dijo:

—Eres una buena hija. Confío en ti y sé que sabrás comportarte.

Una vez más, Erin se sintió atrapada entre la necesidad de remarcar su recién conquistada independencia y el amor que sentía por su padre, quién sólo estaba preocupado por ella.

—Descuida, seré buena.

Leslie besó a su hija y se marchó, dejándola sola.

Acababa de empezar la gran aventura de Erin y todavía no salía de su asombro. Una semana antes estaba sin trabajo y todavía molesta por su experiencia con Mark Prentice. Y ahora, en cambio, todo había cambiado de repente y Mark sólo era un vago recuerdo del pasado.

Durante unos breves segundos, sintió pánico. Las manías de su padre le habían dejado huella y en el fondo tenía miedo de convertirse en una segunda Nina, pero enseguida se tranquilizó y se dijo que eso no podía suceder.

Sólo entonces cayó en la cuenta de que no había informado a su madre de lo sucedido, de modo que pospuso la inevitable tarea de sacar las cosas de las maletas y la llamó por teléfono.

Sorprendentemente, estaba en casa.

—No me lo puedo creer —dijo al saberlo—. Y todavía me creo menos que tu padre te haya dejado...

—Bueno, sólo es algo temporal. Serán tres meses.

Nina rió.

—Créeme: no querrás volver con él dentro de tres meses. Lo sé. Anda, dame tu nueva dirección... Iré a verte en cuanto tenga un rato libre.

Desde la conversación con su madre ya había transcurrido un mes. Erin había empezado a trabajar para Charlotte y no había tardado demasiado en ponerse al día en todas las cuestiones relativas a su nuevo empleo.

Ahora estaba tumbada en la cama, pensando en lo mucho que había cambiado su existencia. Acababa de despertarse y estaba haciendo tiempo antes de ducharse y prepararse para el nuevo día de trabajo.

Nina había acertado. No quería volver a Croom Babbington. Lo había sabido el día anterior, cuando regresaba de una visita de fin de semana; aunque sólo había estado un par de días con su padre, se le habían hecho interminables. Pero tenía un buen problema: había sido tan eficaz en el trabajo que el papeleo de Charlotte estaría totalmente al día en muy poco tiempo, y entonces volvería a quedarse sin empleo.

Además, tampoco se podía decir que su vida en Londres fuera apasionante. No había hecho gran cosa además de recibir la visita de su madre, de ver unas cuantas veces a Charlotte y de conocer al prometido de su amiga, Robin, un hombre de treinta y cinco años, muy agradable.

Por su parte, la única aventura que había vivido hasta ese momento había sido el intento de coqueteo de Gavin Gardner, un comerciante que tenía su tienda junto al establecimiento de Charlotte. Era un individuo bastante pagado de sí mismo que le desagradó enseguida, y por supuesto había rechazado sus reiteradas ofertas de salir juntos. Pero eso no evitaba que siguiera insistiendo. Ni que ella, naturalmente, insistiera en las negativas.

Erin salió del apartamento minutos más tarde. Como estaba acostumbrada a vivir en una localidad pequeña, al principio había cometido el terrible error de pretender ir al trabajo en coche. Pero después de un par de atascos espeluznantes y de unas cuantas horas de intentar encontrar un sitio libre para aparcar, llegó a la conclusión más lógica: que el transporte público siempre era la mejor opción.

Acababa de bajar del autobús y ya podía ver el letrero de Fisher Fabrics cuando se encontró con Gavin.

—¿Qué tal? ¿Has pasado un buen fin de semana?

—Sí, estuve en casa de mi padre —respondió, por simple educación—. ¿Y tú?

—Bueno, mi fin de semana habría sido mil veces mejor si me hubieras acompañado.

—Seguro que has estado muy ocupado.

—No tanto como para no haber podido tomarme un café contigo, o incluso salir a cenar.

Ella rió. Gavin no era precisamente muy sutil en sus intentos de aproximación, y por supuesto se alegró cuando por fin llegó a la entrada del establecimiento.

—Hasta luego, Gavin.

—Sé que algún días aceptarás mi oferta. Lo sé...

Erin todavía estaba sonriendo cuando entró en la tienda, que en realidad se parecía más a un almacén destartalado que a otra cosa.

Charlotte ya había llegado. Y cuando notó su gesto, preguntó:

—¿Gavin Gardner?

—En efecto. Pero estoy segura de que se cansará más tarde o más temprano.

—Si eres capaz de creer eso, eres capaz de creerte cualquier cosa. ¿Qué tal está tu padre, por cierto?

—Oh, se alegró mucho de verme... Creo que me echa de menos.

—Es lógico. Has estado todo el tiempo con él desde que tu madre se marchó.

El comentario de su amiga no hizo que Erin se sintiera mejor.

—¿Crees que debería volver a su lado?

—No, por Dios, claro que no. ¿Es que quieres volver?

Erin negó con la cabeza.

—No, no quiero. Aunque con el ritmo que llevamos en el trabajo, dentro de poco ya no necesitarás mis servicios.

Charlotte no lo negó, pero dijo:

—De todas formas, eso no quiere decir que no puedas quedarte.

—¿Dónde, en Londres?

—Claro. Dudo que tuvieras problemas para encontrar un empleo; además, te daría las mejores referencias posibles... Y en cuanto a la casa, todavía no he decidido qué hacer con el

apartamento.

—¿Insinúas que podría quedarme en él?

—Por supuesto que sí. Pero si decidiera venderlo en algún momento, te avisaría con tiempo suficiente para que pudieras buscarte otra cosa. Como ves, no tienes motivos para preocuparte... ¿Qué dices? ¿Te quedarás?

Erin quería quedarse en Londres y en la casa, pero respondió:

—¿Puedo pensármelo?

—Claro —respondió con una sonrisa—. Y ya que no tenemos demasiado trabajo, ¿qué te parece si lo dejamos todo y nos vamos de compras? He tenido un fin de semana muy movido y me vendría bien descansar un rato.

Erin pensó en el trabajo que tenía por delante, que no era demasiado, y se dijo que la propuesta de ir de compras era la mejor que había oído en mucho tiempo.

—Muy bien, vamos...

Dos horas más tarde estaban sentadas en una cafetería, rodeadas de bolsas y a punto de disfrutar de un café.

Charlotte comentó que tal vez debería haber comprado un pañuelo que habían visto y justo entonces apareció un hombre alto y moreno, muy atractivo, que se acercó a la mesa.

—¡Josh!

Charlotte miró al recién llegado con evidente alegría.

—Cuánto me alegro de verte —dijo él—. Me ha parecido verte y he decidido entrar para saludarte y tomar algo. ¿Os importa que me una a vosotras?

—Por supuesto que no. Erin y yo acabamos de llegar. Hemos pasado casi toda la mañana de compras —dijo, mirando hacia las bolsas.

La mujer se volvió después hacia Erin y añadió:

—Te presento a Joshua Salsbury, que será nuestro padrino de bodas. Josh, te presento a mi vieja amiga Erin Tunnicliffe. Es del mismo pueblo de Gloucestershire donde crecí.

Joshua estrechó la mano de Erin, que se alegró de haberse puesto aquel día su traje preferido, uno que le quedaba particularmente bien.

Después, el hombre se sentó a la mesa y una camarera se aproximó de repente, como por arte de magia, para tomar nota.

Cuando la camarera se hubo marchado, Josh preguntó:

—¿Has venido a Londres de compras, Erin? ¿O estás viviendo aquí?

Charlotte se le adelantó.

—Erin estudió empresariales y me está ayudando en la tienda. En realidad me ha salvado la vida. Hay tanto papeleo acumulado que a veces pienso que me va a ahogar...

—Y sin embargo, ¿os pasáis la mañana de compras? —preguntó con ironía.

—De vez en cuando hay que disfrutar un poco —respondió Erin —. Además, nos lo hemos pasado muy bien.

Joshua sonrió y Erin se estremeció. El recién llegado le había causado una profunda impresión, y casi se alegró cuando la camarera regresó con lo que habían pedido y rompió la magia del momento.

Pero la joven se alegró todavía más unos minutos más tarde. Charlotte comenzó a hablar con su amigo y le comentó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que Robin y ella lo habían visto. El hecho de que se refiriera a él en singular, y el tono que utilizaba, la convencieron de que Joshua Salsbury estaba soltero y de que al parecer no mantenía ninguna relación sentimental con nadie.

Joshua le contó a Charlotte que había pasado una larga temporada fuera del país, y después se dirigió a Erin.

—¿Llevas mucho tiempo en Londres?

—No, sólo un mes.

—En principio va a estar dos meses más —explicó Charlotte—. Aunque estoy intentando convencerla para que se quede cuando termine de trabajar para mí.

—¿Dónde vives? —preguntó él.

—Erin se aloja de momento en mi apartamento —volvió a adelantarse Charlotte—. No sé qué hacer con él, de modo que nos hacemos un favor mutuo.

Pocos minutos más tarde, Joshua miró la hora, terminó su café y se marchó, tras pagar la cuenta y prometer a Charlotte que se pondría en contacto con Robin.

Erin deseó preguntar a su amiga por el hombre que tan buena impresión le había dejado. Estaba deseando hacerlo, pero no quería

que Charlotte pensara que le interesaba demasiado. Nunca había conocido a nadie como Joshua Salsbury. Le parecía que lo tenía todo: belleza, inteligencia, éxito y refinamiento. En comparación con él, los hombres con los que había salido le parecían simples niños.

Al final, no se atrevió a verbalizar sus deseos. En lugar de eso, dijo:

—¿No querías comprar ese pañuelo?

Charlotte asintió.

—Sí, creo que sí. Sé que me arrepentiré más tarde si no vuelvo a esa tienda a comprarlo.

Tras un largo y divertido día de compras, Erin regresó a su apartamento. Se lo había pasado muy bien, pero sus pensamientos seguían en aquel hombre alto y moreno, de ojos grises.

No había conseguido quitárselo de la cabeza en ningún momento. De hecho, todavía estaba pensando en él cuando al viernes siguiente se marchó de nuevo a ver a su padre. Ahora estaba más convencida que nunca sobre la idea de quedarse a vivir en Londres, pero no sabía cómo planteárselo a Leslie.

Estuvo dando vueltas al asunto, sin encontrar el momento oportuno para decírselo, hasta el domingo por la tarde. Ya no podía esperar más, así que preguntó:

—¿Te importaría que me quedara a vivir en Londres cuando termine el trabajo con Charlotte?

Leslie Tunnícliffe no reaccionó bien. Le dijo unas cuantas cosas, algunas bastante duras, pero enseguida comprendió que se había excedido y se disculpó.

—Lo siento, Erin, he sido injusto contigo. Supongo que te gusta Londres, porque de lo contrario no lo habrías planteado... Haz lo que quieras, hija. Pero mantenme informado de tus planes.

Erin regresó a Londres mucho más contenta de lo que había imaginado. Una vez más, su padre la había sorprendido al demostrar una comprensión de la que nunca le había creído capaz. Y al lunes siguiente, cuando volvió a encontrarse con su amiga, le contó lo sucedido.

—¡Eso es magnífico! —exclamó Charlotte—. Me alegro mucho por ti y hasta por mí misma. Así no tendré que tomar una decisión sobre el apartamento de manera inmediata.

—¿Te importa que empiece a buscar otro empleo?

—No me importa en absoluto, siempre y cuando no te marches antes de terminar aquí... Pero si encuentras algo que sea realmente bueno, algo que no puedas rechazar, tampoco me importaría que lo dejaras antes.

Aquella tarde, Erin compró un periódico cuando se dirigía de vuelta a casa. Sin embargo, no encontró ninguna oferta de trabajo que le pareciera interesante y decidió prepararse algo de comer.

Unos minutos más tarde, sonó el teléfono. Erin se sorprendió un poco; estaba utilizando su teléfono móvil y no le había dado el número del fijo a nadie, así que supuso que la llamada sería para Charlotte.

—¿Dígame?

—Hola, Erin —dijo una voz firme y bien modulada—. Soy Josh Salsbury.

—Ah, hola... —dijo ella, algo nerviosa—. Me temo que Charlotte no está en casa en este momento.

—Bueno, no importa. En realidad he llamado para hablar contigo.

Erin no podía creerlo. El alto, atractivo y moreno Joshua Salsbury quería hablar con ella.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó ella con tanta tranquilidad como pudo.

—Cenar conmigo —respondió él.

Si la llamada de Josh la había sorprendido, la inesperada propuesta la dejó sin aliento. Se sentó en un sillón y sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, dijo:

—No estarás casado ni nada parecido...

Él rió.

—No, no estoy casado ni nada parecido. De hecho, ni siquiera estoy divorciado, aunque últimamente es algo muy popular y hay quien lo encuentra divertido —declaró con ironía—. ¿Te parece bien que cenemos el viernes?

—Me parece muy bien.

—En tal caso, pasaré a recogerte a las siete y media. Hasta el viernes, Erin...

Josh colgó entonces y Erin se quedó en el sitio, paralizada.

No estaba segura de que aquello fuera real. No podía creer que

Joshua Salsbury la hubiera llamado por teléfono para cenar, y mucho menos que ella hubiera aceptado de inmediato y sin dudarlo.

Al día siguiente, apenas pudo concentrarse en el trabajo. No dejaba de pensar en Josh y casi agradeció que Charlotte se presentara con varios clientes, porque su presencia permitía que se concentrara en otra cosa.

En parte, estaba deseando contarle a Charlotte que había quedado a cenar con Josh; pero por otro lado, era demasiado tímida y no se atrevía. Además, sospechaba que no era de la clase de mujeres con las que Josh solía salir a cenar y no quería que su amiga arqueara una ceja, con incredulidad, si finalmente cedía a la tentación de contárselo.

A fin de cuentas, Joshua Salsbury era un hombre de mundo, y ella, Erin Tunnicliffe, sólo una joven de provincias que por lo demás se dejaba dominar por su inseguridad. Temía no ser capaz de cenar con él sin hacer algo estúpido, y la simple idea de sentarse a su lado, en su coche, bastaba para estremecerla.

Cuando el miércoles volvió a casa después de su jornada de trabajo, estaba tan nerviosa que consideró la posibilidad de llamar a casa de Robin para que le dieran el número de Josh y anular la cena. Y probablemente lo habría hecho de no haber recordado los verdaderos motivos que la habían animado a marcharse a Londres: empezar una nueva vida, convertirse en otra mujer, ser libre y disfrutar de la existencia.

Tenía la impresión de que empezar por una relación tan peligrosa como la que podía mantener con Joshua Salsbury podía salirle bastante caro; sería como sumergirse en aguas profundas en las que ni siquiera sabía si sabría nadar. Pero al mismo tiempo, sabía que ya era hora de que se sumergiera en ellas y que aquel hombre podía ser, sin duda alguna, un magnífico profesor.

A la mañana siguiente, no pudo contenerse más y le contó a Charlotte que el viernes había quedado a cenar con él.

—¿Vas a salir con Josh Salsbury? —preguntó Charlotte, sonriendo—. Vaya, vaya... ¿Es que no sabes que las mujeres más atractivas de Londres están locas por él? Se morirán de envidia...

—Bueno, debo admitir que a mí me sorprendió tanto como a ti...

Una vez más, Erin se sintió profundamente insegura. Sabía que

al referirse a las mujeres más atractivas de Londres, Charlotte estaba hablando, de forma implícita, de las más refinadas. Y no quería que Josh la encontrara, por comparación, estúpida o ingenua.

Espoleada por su orgullo, se atrevió a pedirle a Charlotte el número de teléfono de Josh. Su vieja amiga tuvo la delicadeza de no preguntarle para qué lo quería y se limitó a darle los números de su domicilio y del trabajo.

Aquella noche, cuando llegó a casa, Erin ya estaba convencida de que quería salir a cenar con él. No sabía si sabría estar a la altura de las circunstancias cuando Josh se presentara a buscarla al día siguiente, pero sabía que quería hacerlo y que deseaba poner un poco de emoción en su vida.

En esas estaba cuando echó un vistazo al periódico y se llevó una buena sorpresa. En una de las páginas interiores había una fotografía en la que aparecían dos hombres. Uno de ellos era el propio Joshua Salsbury; el otro, un hombre bastante mayor pero también atractivo. Los dos llevaban esmoquin, así que supuso que habrían sacado la instantánea en algún tipo de acto social.

En el pie de foto se leía: *Thomas Salsbury, presidente de Salsbury Engineering Systems, y su hijo Joshua Salsbury, director ejecutivo*. Según se afirmaba, la fotografía era de archivo porque Thomas Salsbury acababa de sufrir un infarto, dos días antes, que lo había dejado maltrecho.

Estremecida, siguió leyendo. Pero sólo encontró una descripción de Salsbury Engineering Systems, que al parecer era una empresa internacional de cierto éxito, y una mención sobre la posibilidad de que Joshua Salsbury sustituyera a su padre en la presidencia.

Erin lo lamentó por Josh. Era evidente que debía de estar preocupado por el estado de salud de Thomas; además, la imagen del periódico bastaba, para imaginar que los dos hombres se llevaban muy bien, y supuso que a Josh no le gustaría tener que sustituirlo por algo tan desagradable como su estado de salud.

La noticia revivió sus intenciones iniciales de llamarlo para cancelar la cena; de hecho, y habida cuenta de las especiales circunstancias, no le habría extrañado que el propio Josh la llamara para cancelarla. Pero al final no lo hizo por dos razones: por una parte, sentía una timidez tan acentuada que no se atrevía a

descolgar el auricular; y por otra, era bastante probable que Josh se encontrara en el hospital y no pudiera localizarlo en ninguno de los teléfonos que le había dado Charlotte.

En ese momento llamaron a la puerta y se levantó para abrir. Era su madre, Nina.

—Hola, hija... Pasaba por la zona y me he dado cuenta de que llegaba demasiado pronto a cierta cita, así que he pensado que podía pasar media hora contigo. Espero no interrumpir nada...

—Adelante, pasa.

Erin imaginó que su madre iba a salir con algún hombre y se preguntó cuánto tiempo le duraría esa vez. Pero no hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a llevarla al salón y ya estaba a punto de preguntarle si quería un café cuando su madre vio la fotografía del periódico y exclamó:

—¡Dios mío, Thomas Salsbury!

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Claro. Estuve con él la semana pasada —explicó Nina, alarmada—. No puedo creerlo... Podría haber sufrido ese infarto estando conmigo. Menos mal que me libré a tiempo de él.

—¿Qué te libraste de él?

—Sí, exactamente. Me libré de él, lo largué, lo eché... No sé qué expresión utilizáis actualmente para decir esas cosas. Empezó a hacer preguntas sobre mi familia, sobre esas cosas por las que se interesan los hombres cuando se ponen serios, y decidí que ya era hora de poner fin a nuestra relación. Debí haberlo hecho antes, pero...

—¿Cuando se ponen serios? —preguntó su hija, asombrada—. ¿A qué te refieres? ¿Pretendía casarse contigo?

—En efecto. Me pidió que me casara con él, y naturalmente lo rechacé.

—¿Lo rechazaste?

—Claro —dijo Nina.

Erin no sabía qué pensar. Su propia madre había estado saliendo con el padre de Josh, e incluso cabía la posibilidad de que hubiera contribuido a su infarto al rechazar su petición de mano y librarse de él.

Confusa, preguntó:

—¿Le dijiste que tienes una hija?

—¿Has perdido el juicio? Por supuesto que no. Además, ya me conoces y sabes que ni siquiera pensaría en presentarte a mis amigos… Eres demasiado guapa para ellos. Por cierto, estoy pensando en hacerme la cirugía estética.

—¿Qué tipo de cirugía? ¿Un estiramiento facial?

—¿Por qué tienes que ponerlo en términos tan crudos? —protestó su madre—. Para empezar, sólo he dicho que lo estoy pensando, no que lo vaya a hacer. Si fuera algo que se pudiera hacer de la noche a la mañana, lo haría sin dudarlo. Pero la idea de someterme a la operación y a la anestesia no me hace ninguna gracia.

—Pero mamá, ¿por qué quieres operarte? Eres una mujer muy atractiva —dijo su hija, con sinceridad.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, sonriendo—. Sólo por eso, te perdono que me hayas llamado mamá. Pero dejemos ese asunto por el momento… Si permites que use tu cuarto de baño, me refrescaré un poco y me marcharé. No quiero llegar tarde.

Nina se marchó minutos después y Erin se sentó y pensó en lo que le había contado su madre.

Si Nina había estado saliendo con Thomas Salsbury, Josh estaría al tanto de la relación y del hecho de que su madre lo había rechazado. En tal caso, cabía la terrible posibilidad de que Josh sólo deseara salir a cenar con ella para vengarse de la hija de la mujer que había causado tanto sufrimiento a su padre.

Volvió a pensar en él. Recordó su firme mandíbula, sus preciosos ojos grises, su imponente anatomía y se preguntó de nuevo si era lógico que un hombre como él quisiera salir a cenar con ella. La respuesta, desde su punto de vista, era evidente: no.

Convencida de que en aquella cita había algo extraño, decidió llamarlo para cancelar la cena. Pero Joshua no estaba en ninguno de los dos números y tuvo que insistir media hora más tarde. Esa vez tuvo más suerte.

—¿Dígame?

—¿Joshua? Soy Erin Tunnicliffe… —dijo, intentando controlar su nerviosismo—. He leído en el periódico que tu padre ha sufrido un infarto. Espero que se encuentre mejor…

—Gracias por llamar, Erin. Está recibiendo el tratamiento adecuado y creo que se recuperará.

Erin no supo qué decir al respecto, así que decidió ir directamente al grano.

—También te he llamado porque mañana no podré cenar contigo.

—¿Cómo?

Joshua parecía sorprendido y Erin pensó que merecía algún tipo de explicación, pero no era capaz de encontrar ninguna excusa y por otra parte no podía decirle la verdad.

—Bueno, es que… yo… En fin, han surgido una serie de complicaciones que…

Erin se sintió tan culpable por lo que estaba haciendo que casi agradeció que Joshua la interrumpiera, claramente molesto, para decir con frialdad:

—¿Y por qué no me has llamado antes?

—Yo…

No tuvo ocasión de continuar. Josh cortó la comunicación y Erin se quedó mirando el aparato, nada sorprendida con lo sucedido. Se había portado mal con él y no le habría extrañado que no quisiera volver a saber de ella.

De repente, se sintió profundamente deprimida. Deseaba cenar con aquel hombre y, a pesar de ello, lo había estropeado todo. Después de aquello, era muy dudoso que pudiera tener una segunda oportunidad. Estaba segura de que Joshua Salsbury no estaba acostumbrado a que lo dejaran plantado.

Pero ya no tenía remedio. Pensó que ya no podía llamarlo otra vez y que, desde luego, él no insistiría en que salieran a cenar. De hecho, Erin se quedó convencida de que no volvería a verlo.

Capítulo 2

La vida volvía a ser mortalmente aburrida cuando Erin se presentó en el trabajo a la mañana siguiente. Cuando pensaba en lo sucedido, se deprimía. Había destrozado una relación antes incluso de que pudiera empezar, y lo había hecho cuando Josh se encontraba inmerso en una situación tan complicada como el infarto de su padre. Sólo esperaba que Thomas Salsbury se recobrara pronto.

—¡Buenos días, Erin! —la saludó Charlotte, obviamente contenta.

Estuvo charlando unos minutos con su amiga, o más bien haciendo esfuerzos por mantener la conversación. Todavía no podía creer que hubiera cancelado la cena con un hombre que le gustaba, pero decidió que sería mejor que dejara de pensar en ello.

Casi lo había conseguido cuando, un buen rato después, hizo un pequeño descanso para tomar café y coincidió con su amiga.

—Esta noche vas a cenar con Josh Salsbury, ¿verdad? —le preguntó.

Erin comprendió en ese momento que tampoco le podía decir la verdad a Charlotte. Si Josh iba a ser su padrino de bodas, resultaba evidente que era un buen amigo de Robin y tal vez de la propia Charlotte.

—No, me temo que no... —acertó a decir.

Erin temía que Charlotte se interesara al respecto, pero también se había enterado del infarto de Thomas y supuso que habían cancelado la cita por ese motivo.

—Ah, claro, el padre de Josh...

La situación se había complicado tanto que Erin estaba más confundida que nunca. Y cuando volvió al trabajo después de comer, hizo algo sorprendente: se encontró con Gavin Gardner, que

por supuesto insistió en sus invitaciones de costumbre, y aceptó salir a tomar algo con él.

—¿En serio? ¡Magnífico! —exclamó Gardner—. Podemos salir esta noche, si te parece bien. Pasaría a buscarte en mi coche, pero acabo de firmar un contrato importante y vamos a celebrarlo con una pequeña fiesta, así que será mejor que vaya en taxi. Supongo que beberemos y no me gustaría que me retiraran el carnet de conducir.

Erin le dio su dirección, todavía asombrada por lo que acababa de hacer, pero rechazó que pasara a buscarla a las siete y media porque era la misma hora a la que habría visto a Josh Salsbury de no haber anulado la cena.

—Mejor a las ocho —dijo ella.

—Maravilloso. Estoy deseando que llegue la hora...

Gardner se marchó entonces y Erin pensó que había cometido un grave error. Sin embargo, ya no podía hacer nada; además, había decidido marcharse a vivir a Londres para vivir nuevas experiencias y debía empezar de algún modo.

Cuando llegó a casa, se duchó y eligió ponerse un traje azul para la cena. Pero mientras se vestía, pensó que de haber salido a cenar con Josh se habría puesto algo mucho más sugerente, como un vestido.

Gavin llegó a las ocho menos cuarto; por suerte, Erin ya se había arreglado y no se sintió obligada a invitarlo a entrar en la casa.

Minutos más tarde ya habían llegado a su destino. No era un club corriente, sino una especie de hotel elegante con un bar público.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó él, mientras se humedecía los labios.

—Una tónica, por favor.

El brillo de los ojos de Gavin denotaba que había tomado bastantes copas durante su pequeña fiesta, así que Erin pensó que sería mejor que uno de los dos estuviera sobrio.

Gavin fue a pedir las bebidas. Cuando regresó, dijo:

—Me he tomado la libertad de pedir al camarero que añada un poco de ginebra a tu tónica.

A Erin no le apetecía tomar alcohol, pero Gavin lo dijo de un modo tan abierto y normal que no pudo enfadarse con él. Bien al

contrario, alzó el vaso y propuso un brindis.
—Por el contrato que has firmado hoy —dijo, sonriendo.
La sonrisa de Erin había desaparecido una hora más tarde. Gavin se estaba poniendo muy pesado y no dejaba de beber; cada vez que iba a la barra regresaba con otra ginebra con tónica para ella, que por supuesto se quedaba entera en la mesa.
—Bebe, Erin, eres muy lenta...
—No, gracias —dijo ella, cansada de su insistencia—. Será mejor que pidamos un taxi, ¿no te parece?
Gavin la miró, sorprendido, y respondió:
—Buena idea. ¿Vamos directamente a tu casa?
Sólo entonces Erin cayó en la cuenta de que Gavin había malinterpretado la situación.
—¿Sabrías recordar dónde vives?
—¿Es que prefieres que vayamos a mi casa?
Ella estaba a punto de responder cuando él le puso una mano sobre un muslo. En otras circunstancias, Erin lo habría encontrado hasta gracioso; pero en aquellas, le disgustó profundamente.
Apartó la mano con firmeza y dijo:
—Vuelve a tocarme y te aseguro que te daré una bofetada.
Gavin la miró con tristeza y Erin se maldijo por haber aceptado su invitación. Entonces, miró hacia la barra y se llevó una nueva sorpresa, aún más desagradable que las anteriores.
El destino le estaba jugando una mala pasada. Por increíble que pareciera, a escasa distancia se encontraba un hombre alto, moreno, de ojos grises, que desde luego había notado el gesto de extrema familiaridad de Gavin al tocarle la pierna. Por supuesto, era Joshua Salsbury. La persona a la que había rechazado para salir a tomar unas copas con un borracho.
Lamentablemente, no tuvo tiempo de recobrarse del susto. Su acompañante volvió a ponerle una mano en el muslo y ella se levantó, molesta. Gavin también lo hizo, y al mirarlo, supo que no podía dejarlo allí, en aquel estado, por mucho que lo deseara.
Lo tomó del brazo y dijo:
—Venga, vámonos.
Gavin sonrió y se dejó llevar.
Pero la mala suerte de Erin no había terminado todavía. Para salir del local tenían que pasar por delante de la barra, donde se

encontraba Josh. Y por si fuera poco, Gavin tropezó y lo golpeó precisamente a él.

—Está visto que eres una fuente de complicaciones, Erin —comentó Josh, mientras se quitaba de encima a Gavin.

Erin quiso decir algo duro y contundente, algo para ponerlo en su sitio; pero no se le ocurrió nada.

Avergonzada, salió del local intentando mantener en pie a Gavin. Y aún tuvo que esperar un buen rato, en la calle, a que pasara un taxi.

Cuando por fin consiguió uno, subieron al vehículo. Erin le dio su dirección al conductor y preguntó a Gavin por la suya; tenía la intención de bajarse al llegar a casa y dejar que el taxista se llevara a su acompañante. Pero las cosas se complicaron de un modo inesperado: unos minutos más tarde, el taxi se detuvo ante el domicilio de la mujer. Erin abrió la portezuela y salió. Sin embargo, también salió Gavin. Y antes de que pudieran reaccionar, el conductor arrancó y se marchó.

Ahora tenía un buen problema. Sabía que encontrar otro taxi en su barrio, a esas horas de la noche, sería imposible. Y ya estaba considerando la posibilidad de permitir que Gavin durmiera en el sofá cuando increíblemente apareció un segundo taxi y se detuvo delante de la casa.

Pero no iba vacío. Llevaba a un viejo conocido suyo, Joshua Salsbury, que abrió la portezuela del coche y preguntó:

—¿Puedo ayudarte?

—Bueno, si no te importa compartir tu taxi con Gavin… Pretendía que el otro taxista lo llevara a su casa, pero se ha bajado y el tipo ha desaparecido.

—Me pregunto por qué —dijo Josh con ironía—, pero está bien. Vamos, Gavin, es hora de ir a la cama.

Josh lo ayudó a entrar en el vehículo y, acto seguido, preguntó:

—¿Dónde vive?

Erin le dio la dirección y Josh se la dio al conductor. Para entonces, ella ya estaba convencida de que aquella noche había sido la peor de toda su vida. Sólo quería entrar en casa, meterse en la cama y olvidarlo todo. Y eso habría hecho, exactamente, si Josh no hubiera dado otra vuelta de tuerca a la pesadilla: cerró la portezuela del coche y el taxista se marchó sin él.

—¿Qué has hecho? —preguntó ella, asombrada—. Te advierto que encontrar otro taxi en este barrio no será nada fácil...

Joshua Salsbury la miró y se limitó a decir:

—Me apetece un café. Solo y sin azúcar.

Erin lo miró, en pleno desconcierto, y pensó que no había conocido a nadie como él. Pero también se dijo que le debía un favor por haberla librado de Gavin, así que accedió.

—Está bien, adelante —declaró, mientras abría la puerta de la casa—. ¿Ya habías estado antes aquí?

—Sí, estuve una vez en una fiesta que dio Charlotte.

Erin pensó que la fiesta tendría que haber sido realmente pequeña. Dadas las dimensiones del apartamento, cuatro personas habrían parecido una verdadera multitud.

Cuando entraron, Erin dijo:

—Siéntate si quieres. Voy a preparar café.

Sin embargo, Josh no se sentó. La siguió a la cocina americana y la observó mientras llenaba la cafetera.

—¿Por qué nos has seguido? —preguntó ella—. ¿O es que venías en la misma dirección?

Josh se encogió de hombros.

—Tuve la impresión de que no estabas muy contenta con tu acompañante y decidí asegurarme de que todo iba bien. Además, no tenía nada que hacer. Digamos que alguien rompió mis planes anoche.

Erin quiso disculparse por haber anulado la cena, pero no se atrevió y decidió cambiar de conversación.

—¿Qué tal está tu padre?

—Mejorando.

—¿Has ido a verlo esta tarde?

—Sí. Y tus padres, ¿qué tal están? —preguntó él, con evidente intención de tomarle el pelo.

—Bien, gracias.

Erin se sentía muy incómoda, pero intentó darle conversación y estuvieron charlando de cosas intranscendentes. Después, sirvieron el café y se sentaron a tomarlo en el salón.

—Hace unos días me preguntaste si estaba casado o algo parecido —dijo él, de repente—. ¿Y tú? ¿Estás saliendo con ese tipo?

—No, por Dios... Yo...

No sabía qué decir. Había anulado su cena con Josh a cambio de tomar unas copas con Gavin, y nunca podría perdonárselo.

Desconcertada, preguntó:

—¿Está bien tu café?

—Oh, sí, muy bien. Pero, ¿qué te ocurre? Pareces nerviosa...

—No estoy nerviosa —mintió—. Es que todo esto es nuevo para mí... nunca había invitado a nadie a tomar un café en ausencia de mi padre...

—¿Quieres decir que esta es la primera vez que...?

—Olvida lo que he dicho.

—No puedo creerlo... ¿Cuándo viniste a Londres? ¿Hace cinco o seis semanas? Y antes, ¿vivías con tus padres en Gloucestershire?

—Mis padres están divorciados. Vivía con mi padre.

—Comprendo —dijo él.

Erin se sentía tan infantil y fuera de lugar que dijo, como para intentar remarcar que ya era toda una mujer:

—Tengo veintidós años, Josh.

—Y yo treinta y cinco. ¿Y qué?

Josh lo dijo de un modo tan divertido que ella rió.

—Erin, eres una mujer muy bella. Pero sospecho que no has vivido demasiado...

—No, bueno...

—¿Nunca has salido con ningún hombre?

—Por supuesto que sí. De hecho, te aseguro que tengo un montón de pretendientes —volvió a mentir—. Oh, maldita sea, esto es desesperante...

A pesar de la evidente desesperación de Erin, él insistió.

—Si tienes tantos novios, podrás decirme qué pasó con el último...

Erin se sorprendió diciéndole la verdad.

—Lo dejamos cuando descubrí que Mark se estaba acostando con una de sus ex novias.

—¿Y tú? ¿Te has acostado alguna vez con alguien?

—No, pero tengo intención de hacer algo al respecto.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, añadió:

—Discúlpame. He tomado varias ginebras con tónica y estoy hablando demasiado.

—Descuida, no me importa. Pero dime, ¿por eso te marchaste de tu casa? ¿Para solventar ese pequeño problema lejos de tu padre?

—Haces que suene horrible...

—No es horrible en absoluto. Eres una mujer joven con las necesidades lógicas de toda mujer joven. Supongo que tu castidad habrá sido toda una pesadilla para ti...

—Sí, parece que todo el mundo se divierte más que yo —confesó.

—No, no creas —dijo, con una ternura que Erin agradeció—. ¿Y tienes a alguien en tu punto de mira?

Josh se refería, evidentemente, a si había encontrado a un hombre con el que perder la virginidad.

—No, aún no —respondió—. Me temo que puedo llegar a ser bastante difícil. Además, mi vida es algo complicada.

Erin pensó que el comentario podía molestar a Josh, dado que había cancelado la cena sin dar explicaciones. Pero no parecía molesto con ella.

—Y esas complicaciones, ¿tienen algo que ver con la anulación de nuestra cita?

Ella negó con la cabeza.

—No —dijo, sincera.

—Sea como sea, no tengas prisa, Erin. Si quieres que tu primera vez sea algo especial, elige con cuidado.

—Lo haré. Pero ahora, si no te importa, será mejor que te vayas. Te acompañaré a la puerta.

Erin estaba muy nerviosa y quería librarse de él cuanto antes, pero la casa era tan pequeña que tropezaron al levantarse y lamentó haberse ofrecido a acompañarlo a la salida.

Entonces, Josh hizo algo inesperado: se inclinó sobre ella, la tomó entre sus brazos y la besó brevemente.

El corazón de la joven comenzó a latir más deprisa. Lejos de asustarse, se apartó un poco para contemplar sus labios y sus ojos, deseando que la besara otra vez. Josh interpretó correctamente el gesto y volvió a besarla de forma más cálida y apasionada.

Sin embargo, no tardó en romper el hechizo.

—Bueno, creo que es hora de que las niñas buenas se vayan a la cama —comentó él—. Buenas noches, Erin.

Josh se marchó y ella se quedó total y absolutamente fascinada.

Durante las horas siguientes no hizo otra cosa que pensar en aquel último beso, y a medida que transcurría la semana, comenzó a sentirse más segura sobre sus propios deseos. Era la primera vez que se comportaba de un modo tan espontáneo con un hombre, pero a fin de cuentas, Josh era un hombre especial.

De Gavin Gardner, en cambio, no podía decir lo mismo. Aunque él intentó disculparse cuando volvieron a encontrarse, diciendo:

—Sospecho que el otro día lo estropeé todo, ¿verdad?

—Estabas borracho.

—Fue por culpa de ese acuerdo comercial. Empecé a festejarlo muy pronto y cuando pasé a buscarte ya estaba algo pasado... Pero eso no me ocurre todos los días, ni mucho menos. ¿Podrías concederme una segunda oportunidad?

—No, Gavin. Una ya ha sido bastante.

Erin esperaba que Josh la llamara por teléfono. Sin embargo, no lo hizo y supuso que aquel encuentro nocturno habría sido el último acto de su corta relación. Además, tampoco se podía decir que el resto de la vida social de la joven fuera precisamente apasionante; no hacía otra cosa que trabajar y buscar un nuevo empleo, pero hasta ese momento sólo había encontrado una oferta laboral que le gustaba, una oferta de la empresa de Josh y de su padre: Salsbury Engineering Systems.

Cuando la vio en el periódico, pensó que trabajar con él no sería buena idea. Pero después se dijo que era un trabajo interesante y que le permitiría quedarse en Londres; además, el puesto que necesitaban cubrir era del departamento de investigación de la empresa, cuyas oficinas se encontraban a varios kilómetros de la sede central. Con un poco de suerte, ni siquiera vería a Josh Salsbury.

Por fin, se decidió a solicitar una entrevista y todo salió bien. No sólo le gustó la oferta, sino que le ofrecieron ponerse a trabajar en cuanto estuviera disponible.

Erin aceptó el empleo y acordó empezar al lunes siguiente. Ya sólo tenía que informar a Charlotte, cosa que hizo ese mismo día.

—Voy a echarte de menos —le confesó su amiga—, pero sigues viviendo en mi apartamento y nos veremos a menudo. Por no mencionar que espero verte en, la boda... Sin embargo, las cosas no van a ser iguales sin ti.

Tal y como Erin había imaginado, su nuevo trabajo resultó bastante más divertido que el anterior. Era eminentemente administrativo, pero variado, y se llevaba muy bien con sus compañeros.

Casi todos los hombres eran maduros y la trataban como si ella fuera su hija; sin embargo, entre los más jóvenes había uno, Stephen Dobbs, que le caía mejor que el resto. Y una tarde, tres semanas después de empezar a trabajar, se acercó a ella y le dijo:

—Si no tienes nada que hacer mañana, ¿te apetecería salir a cenar conmigo?

Erin no tenía intención de hacer nada, así que aceptó.

—Claro...

La velada resultó muy divertida y se lo pasó en grande con él. Incluso llegaron a besarse brevemente, pero no había verdadera atracción entre ellos.

No obstante, siguieron saliendo y volvieron a besarse varias veces más, hasta que Erin comprendió que no podrían llegar a nada y se lo dijo. Stephen también era consciente de la situación, así que no se molestó en modo alguno; bien al contrario, insistió en que siguieran viéndose como amigos.

Después de aquello, la vida de Erin siguió por los cauces habituales. De vez en cuando se dejaba llevar por la imaginación y pensaba en Josh Salsbury, mientras dividía su tiempo entre el trabajo y las frecuentes visitas a su padre. Pero antes de que concluyera su primer mes en Salsbury Engineering Systems, sucedió algo fuera de lo normal.

Era un martes, y Erin había llegado particularmente contenta a la oficina porque acababa de recibir la invitación de Charlotte y Robin para asistir a la boda, en Bristol. Además, sabía que Josh estaría presente y era una ocasión perfecta para volver a verlo.

Las sorpresas del día no terminaron ahí, ni mucho menos. Erin se dirigía a su escritorio cuando se abrió la puerta del despacho del gerente, Ivan Kelly, quien se alegró de verla.

—Ah, Erin... Precisamente iba a buscarte ahora mismo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Qué tal estás de conocimientos técnicos?

—Bueno, han mejorado bastante desde que trabajo aquí... —respondió con una sonrisa.

—Te lo digo porque el profesor ha convocado una reunión para esta tarde, pero Kate está enferma.

El profesor era Joseph Irving, uno de los investigadores de la empresa.

—¿Quieres que sustituya a Kate?

—Te lo agradecería mucho.

—En tal caso, así lo haré.

Erin temía no estar a la altura de las circunstancias, porque normalmente sólo trabajaba en cuestiones administrativas. Pero la reunión transcurrió sin incidente alguno y ya empezaba a relajarse cuando ocurrió algo inesperado que desató su nerviosismo.

Joshua Salsbury, quien hasta entonces no había aparecido por el departamento de la empresa, entró en la sala de reuniones en compañía del jefe de investigadores.

Erin se ruborizó de forma tan llamativa que temió que todo el mundo se diera cuenta. Por fortuna, los demás están concentrados en el director ejecutivo y nadie prestó atención a la reacción de la joven.

Mientras Joseph Irving estrechaba la mano a Joshua, Erin se dejó llevar por el recuerdo de sus besos; pero hizo un esfuerzo por controlarse y supo mantener la calma. La reunión ya había concluido, de modo que tomó la libreta donde había tomado nota de lo discutido y se levantó del asiento con intención de volver a su escritorio.

Josh no la había visto todavía. Además, en ese momento estaba charlando con el profesor y Erin supuso que podría marcharse sin que notara su presencia. Lamentablemente, se equivocó. Josh la vio y sus miradas se encontraron, aunque ninguno dijo nada.

Impaciente, Erin salió disparada de la sala y se dirigió directamente a su puesto de trabajo. Una vez allí, dejó la libreta en el escritorio y corrió a esconderse al cuarto de baño.

No podía creer que la simple presencia de Josh la afectara de aquel modo. Al fin y al cabo no habían hecho otra cosa que besarse, y estaba segura de que habría besado a muchas mujeres desde entonces.

Intentó convencerse de que la vida emocional de Josh no le importaba en absoluto, pero no lo consiguió.

Capítulo 3

Después de la visita de Joshua Salsbury, nada volvió a ser lo mismo. De hecho, sus propios compañeros de trabajo se comportaron de forma extraña cuando Erin apareció al día siguiente, y no tardó en averiguar el motivo de su entusiasmo.

Según le contaron, Josh sólo pasaba por allí muy de vez en cuando porque prefería no interrumpirlos con su presencia. Pero el día anterior se había presentado por una buena razón: quería que parte del trabajo del departamento se llevara a la sede de la empresa, lo que evidentemente implicaba el traslado de varias personas.

—¿Tendremos que mudarnos? —le preguntó a Ivan Kelly, su jefe inmediato.

—Supongo que sí. El profesor llevaba mucho tiempo quejándose de que aquí no tenemos suficiente espacio y parece que la dirección le ha hecho caso. Espero que no te importe...

—No, en absoluto. El lugar donde trabajemos no es importante.

Naturalmente, Erin estaba preocupada con el traslado. Pero al domingo siguiente pasó por delante de Salsbury House, la sede central de la empresa, cuando regresaba de visitar a su padre. Y le pareció un lugar tan grande que pensó que nunca se encontraría con Josh.

Dos semanas después, los trasladaron. Las nuevas instalaciones eran más amplias y modernas; además, se encontraban en un pequeño edificio separado del principal y tenía su propia entrada, lo que dificultaba que pudiera tropezarse con el hombre de sus sueños.

Siguió trabajando con normalidad y no hizo nada especialmente interesante, salvo escribir a Charlotte para aceptar la invitación a la boda. Un par de días más tarde llamó a su madre por teléfono y por

su tono de voz tuvo la impresión de que las cosas no iban bien.

—¿Qué sucede? —preguntó Erin.

—Nada. No sucede nada en absoluto.

Erin conocía de sobra a su madre y sabía que estaba mintiendo, así que decidió que sería mejor que la viera.

—¿Qué te parece si comemos juntas mañana? No te preocupes, te prometo que no le diré a nadie que soy tu hija...

—Espero que no, porque soy demasiado joven para tener una hija de tu edad —bromeó Nina—. Sin embargo, tendría que ser una comida rápida... He quedado por la tarde con Philippe para que me arregle el pelo. Es un peluquero maravilloso.

Al día siguiente, Erin no tardó en convencerse de que a su madre le ocurría algo. Durante la comida estuvo tan callada e inusualmente tranquila que cualquiera se habría dado cuenta.

—¿Qué sucede, mamá? Es obvio que ocurre algo malo.

—No pasa nada, en serio —aseguró la mujer—. Por cierto, me sorprendió saber que estás trabajando para Tommy Salsbury. ¿Qué tal te va?

—Bien. Acaban de trasladarnos a la sede central, pero... Ah, ahora lo entiendo... Es eso, ¿verdad? Estás preocupada por él.

—¿Preocupada? ¿Yo? ¿Por quién? —preguntó Nina Woodward.

—Por Tommy. Por Thomas Salsbury. ¿Qué sabes de él? ¿Está mejor? ¿Ha sufrido alguna recaída?

—¿Cómo voy a saberlo? No tengo ni idea.

—¿Entonces?

—Por Dios, Erin, empiezas a comportarte como tu padre —protestó—. Cuando cree que sabe algo, se pone muy pesado. Pero está bien, te diré la verdad: he conocido a alguien.

—¿Y eso qué tiene de particular? Conoces a mucha gente, todo el tiempo.

—Ya, pero éste es distinto.

—¿Distinto? ¿Hasta qué punto?

Su madre la miró con exasperación.

—Para empezar, es más joven que yo. Aunque no mucho.

—¿Y?

Nina sonrió.

—Me hace reír. Me llama por la mañana y me hace reír. Me llama por la tarde y...

Su madre no terminó la frase.

—¿Te has enamorado de él? —preguntó Erin.

—Yo no diría tanto, aunque es cierto que Richard tiene algo especial —dijo, mientras miraba la hora en su reloj de pulsera—. En fin, ahora tengo que dejarte. Podríamos repetir la experiencia y comer juntas otra vez uno de estos días…

Nina se marchó después de besar a su hija. Erin pagó la cuenta y volvió al trabajo; deseaba que las cosas le fueran bien con su nueva conquista, pero conocía a su madre y no se hacía demasiadas ilusiones.

El viernes por la noche, Erin salió de nuevo con Stephen. El sábado fue a ver a su padre a Croom Babbington y se quedó allí hasta el domingo. Y tras un lunes de absoluta normalidad en el trabajo, Ivan Kelly se presentó el martes en su despacho para decirle que quería hablar con ella.

—¿Qué sucede? —preguntó Erin—. Por tu expresión, cualquiera diría que te ha tocado la lotería…

—Ojalá, pero se trata de una cuestión bien diferente. Parece que tus rezos han llegado a las alturas, porque te acaban de elegir para trabajar nada más y nada menos que con nuestro director ejecutivo —le informó.

Erin se quedó boquiabierta.

—¿Con el director ejecutivo?

—En efecto, con Joshua Salsbury en persona —respondió Ivan —. Te voy a echar de menos, pero sólo serán dos semanas… Bueno, nueve días. La secretaria del señor Salsbury, Isabel Hill, se encuentra de vacaciones y necesita una sustitución temporal.

—¿Pero cómo puedo sustituirla? No conozco su trabajo…

—Descuida, no estarás sola. Otra mujer ocupa su puesto durante sus vacaciones, pero no puede con todo el trabajo y necesita que la ayuden. Tú serás su ayudante.

—¿Estás diciendo que voy a trabajar en el despacho de Joshua Salsbury? —preguntó ella, sin salir de su asombro.

—En su despacho, no; en el despacho contiguo —puntualizó con una sonrisa—. Serás la ayudante temporal de la secretaria temporal del próximo presidente de la empresa. Así que márchate de una vez… pero vuelve.

Erin terminó lo que estaba haciendo, sin dejar de preguntarse

por qué la habrían elegido a ella, y una hora después estaba en el edificio principal, dirigiéndose al departamento donde se encontraba el despacho de Josh.

Cuando llegó, decidió llamar a la puerta de Josh en lugar de llamar al despacho de la secretaria. Quería que Josh la informara personalmente de las razones de su traslado.

—Me han ordenado que venga para ayudar a tu secretaria temporal, pero espero que no se trate de ninguna estratagema tuya. ¿Con qué cara podría regresar después a mi trabajo si sucede algo raro? —preguntó ella, molesta.

—Yo no me preocuparía mucho por tu cara. Es muy bonita, créeme —bromeó él.

—Estoy hablando en serio, Josh. ¿De verdad quieres que trabaje contigo?

—Claro. ¿Por qué no iba a quererlo?

A Erin se le ocurrieron unas cuantas respuestas, incluido el hecho de que no la había llamado desde su último encuentro. Pero no dijo nada. No quería resultar demasiado personal.

—Entonces, ¿cuándo quieres que empiece?

—Cuanto antes. Pero ven conmigo y te presentaré a Angela Toon.

Erin no tardó en comprobar la diferencia que existía entre trabajar en su departamento y hacerlo en la dirección de la empresa. Dos días más después de aceptar su nuevo empleo temporal, ya sabía por qué habían tenido que buscarle un ayudante a Angela Toon; había tanto trabajo, y tan complicado, que era excesivo incluso para dos personas. Por lo visto, Isabel Hill debía de ser una mujer muy especial.

Pero en ese tiempo descubrió una cosa mucho más importante y sin duda más inquietante: que estaba enamorada de Josh Salsbury.

Había intentado convencerse de que no era así, de que era un simple capricho, pero ya no podía negarlo. Pensaba en él todo el día, desde que se levantaba por la mañana hasta que se acostaba por la noche, aunque afortunadamente el trabajo la mantenía ocupada y el tiempo pasaba muy deprisa. Además, le gustaba su nueva ocupación.

Cuando salió de la oficina al viernes siguiente, estaba tan desesperada por quitarse a Josh de la cabeza que cruzó los dedos

para que Stephen la llamara por teléfono. Pero no lo hizo y el fin de semana transcurrió con la habitual visita a su padre y poco más.

El lunes siguiente empezó con mal pie. Angela se había acatarrado y su estado empeoró de tal forma que el propio Josh pasó por el despacho el miércoles y dijo:

—Angela, valoro mucho tu trabajo, pero será mejor que te vayas a casa. Tendremos que arreglárnoslas sin ti hasta que te recuperes.

—Pero estoy bien... —protestó la mujer.

—Lo estarás después de descansar unos días.

Su jefe insistió en ello y Angela no tuvo más remedio que obedecer y marcharse a casa. Después, Josh se dirigió a Erin para arreglar la situación.

—Será mejor que llames a personal para que te envíen a un ayudante.

—¿Eso significa que me acabas de ascender?

—Más o menos —dijo él, sonriendo.

Josh volvió a su despacho y Erin descolgó el teléfono para llamar a personal. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se levantó y entró en el santuario del hombre que amaba.

En ese momento estaba hablando por teléfono, así que tuvo que esperar un poco para hablar con él.

—Estaba pensando que lo de llamar a personal no tiene sentido. A fin de cuentas, tu secretaria volverá dentro de dos días.

—¿Qué pretendes decirme?

—Que si llamo para pedir un ayudante, me pasaría los próximos dos días explicándole cómo funciona todo.

—¿Insinúas que no quieres que te ayuden?

—Bueno, sé que no podría estar a la altura de Isabel, pero sí, eso es lo que estoy diciendo.

—¿Crees que podrás encargarte de todo el trabajo?

—Sí. Seguramente tendré que quedarme a hacer horas extraordinarias, pero creo que puedo hacerlo.

La mirada de Josh se clavó en los labios de Erin.

—Muy bien, como quieras —dijo él, con un brillo extraño en los ojos—. En tal caso, adelante.

Erin volvió entonces a su despacho. Sabía que el trabajo en el departamento de investigación le iba a parecer mortalmente aburrido después de haber pasado nueve días con Joshua Salsbury,

pero estaba dispuesta a disfrutar del tiempo que le quedaba.

Josh se marchó a media mañana y no regresó hasta las tres. Erin todavía estaba allí, trabajando.

—¿Qué tal te va? —preguntó él.

—Muy bien. Me estoy divirtiendo mucho.

—Ya lo imagino... —dijo con ironía—. Pero hay algo que quería preguntarte: ¿no habías dicho que sólo pretendías estar en Londres una temporada?

—Digamos que me gustó lo que vi al llegar y que decidí quedarme —respondió ella, sonriendo.

—¿Y no te preocupa ser una mala hija? —bromeó—. Mira que dejar solo a tu padre...

—Bueno, yo...

—Oh, lo siento, no pretendía incomodarte...

—No, descuida. De todas formas, paso todos los fines de semana con él —le explicó—. Y hablando de padres, ¿cómo se encuentra el tuyo?

—Ha mejorado bastante. Y si sigue las indicaciones de los médicos, estoy seguro de que la recuperación será total.

—Me alegra mucho que se encuentre mejor, sinceramente.

Erin lo dijo con un tono de voz tan entusiasta que despertó el interés de Josh.

—¿Es que conoces a mi padre?

—No, claro que no... —se apresuró a responder.

Como no quería que Josh insistiera en aquel asunto, derivó la conversación hacia cuestiones profesionales y aprovechó la primera ocasión para volver a su despacho. No le habría importado que supiera que Nina conocía a Thomas, pero no le pareció que aquel fuera el momento más oportuno para decírselo; entre otras cosas, porque sospechaba que Nina Woodward tenía cierta responsabilidad en el ataque al corazón que había sufrido el padre de Josh.

Además, temía que la enviara de vuelta al departamento de investigación cuando se enterara de ello; o peor aún, que la despidiera de Salsbury Engineering Systems.

Definitivamente, no podía decírselo. Mientras estuviera en la empresa, podría seguir viendo a Josh de vez en cuando. E incluso en el caso de que regresara a su anterior ocupación, cabía la posibilidad de que volvieran a llamarla para sustituir a su secretaria

en alguna otra ocasión.

Erin suspiró al pensar en él.

Lo amaba. Y por muy débil que se sintiera por amarlo, por muy inconveniente que fuera, no quería perder la oportunidad de seguir viéndolo.

Sin embargo, no le agradaba lo que el amor había hecho con ella. No disfrutaba sintiéndose dominada por el deseo, así que hizo un esfuerzo e intentó concentrarse en lo que mejor hacía: trabajar.

Aquella tarde se quedó en la oficina hasta muy tarde. Josh se había marchado hacia las cuatro y todavía no había regresado cuando Erin recogió sus cosas y salió del despacho, pensando que no podía permitir que él llegara a conocer sus sentimientos.

A la mañana siguiente, Josh se dirigió a ella y preguntó:

—¿Hasta qué hora te quedaste ayer?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Es que me ha sorprendido que hayas adelantado tanto el trabajo en mi ausencia.

Erin supuso que se refería a los informes que había dejado sobre la mesa de su jefe y dijo, en tono de broma:

—No fui yo. Habrá sido algún genio...

Josh, por supuesto, rió. Y el día transcurrió en perfecta armonía hasta que, poco después de las seis de la tarde, él entró de nuevo en el despacho y preguntó:

—¿Te queda mucho?

—No demasiado. ¿Ya te vas?

—Tengo una cena y no me gustaría llegar tarde.

Erin sintió unos celos tan intensos que se sintió dominada por la rabia y lo odió con todas sus fuerzas. Pero a pesar de ello, consiguió controlarse y hasta despedirse de él con aparente normalidad.

Aquella noche Erin no durmió bien. No dejaba de pensar que Josh habría pasado la velada en brazos de alguna belleza londinense. Además, aquel iba a ser su último día de trabajo en el departamento del todavía director ejecutivo; Isabel Hill regresaba el lunes de sus vacaciones y obviamente volvería a ocupar su puesto.

Horas más tarde, se dirigía hacia la entrada del edificio de la empresa cuando coincidió con Josh.

—¿Dónde has aparcado tu coche? —preguntó él.

—No vengo en coche. Suelo utilizar el transporte público... es

mucho más útil —respondió.

Los dos entraron en el edificio y, acto seguido, en el ascensor. Como ya no estaban solos, Erin tuvo ocasión de reaccionar y recobrar la compostura. Pero todo el mundo se bajó del ascensor antes de que llegaran al último piso, donde se encontraban las oficinas de la dirección.

—¿Qué tal te fue la cena de anoche? —preguntó ella, por decir algo.

—Bien. Se alargó un poco, aunque suele ocurrir con esas cosas.

—¿A qué te refieres? ¿A la cena?

—No, a la velada. Ya sabes cómo son esas cenas de negocios.

Erin no tenía la menor idea de cómo eran las cenas de negocios, pero de repente se sentía la mujer más feliz de la Tierra. Había imaginado a Josh en brazos de otra mujer y se había equivocado por completo.

Después de lo que acababa de averiguar, la mañana transcurrió maravillosamente bien hasta las once menos cuarto. En ese momento sonó el teléfono y Erin oyó una voz masculina que tardó en reconocer.

—Hola, ¿eres Erin?

—Sí, la misma.

—Soy Mark Prentice.

Erin se quedó helada.

—Hola, Mark... ¿Qué tal estás?

Acertó a preguntar.

Josh apareció entonces en el despacho y la miró como imaginando que la llamada podía ser para él, pero Erin negó con la cabeza y le comentó que era para ella. Después, Mark le dijo que estaba en Londres y que había pensado que tal vez le apetecería que comieran juntos.

—Sé que es muy repentino, pero te llamé ayer al teléfono móvil y no contestaste. Además, no conseguí el número de tu despacho hasta anoche.

Erin supuso que su padre le habría dado el número y pensó que estaba tan ocupada que no podía permitirse el lujo de salir a comer. Pero por otra parte, tampoco quería que Mark pensara que le había dejado una huella tan profunda como para no querer verlo.

Así que aceptó el ofrecimiento.

—Me encantaría comer contigo.

Se pusieron de acuerdo sobre la hora y el lugar y Erin cortó la comunicación. Minutos más tarde, Josh se acercó y preguntó:

—¿Has quedado para comer?

La pregunta sorprendió a Erin por el tono de su jefe. La había pronunciado de tal modo que resultó evidente que le molestaba que saliera. Y sin poder evitarlo, Erin respondió, molesta:

—¿Te importa?

Sin embargo, su enfado con Josh no le duró demasiado. Estaba enamorada y no era capaz de molestarse demasiado con él.

Cuando llegó la hora de comer, salió de la oficina y se dirigió al local donde se había citado con Mark. Al verla, su antiguo novio sonrió y la besó en la mejilla. En realidad había intentado besarla en los labios, pero Erin se apartó a tiempo.

—Estás tan encantadora como siempre —comentó él.

—Tú también tienes buen aspecto.

Se sentaron en la mesa que habían reservado, uno frente al otro, y ella se preguntó qué habría visto en aquel hombre. En Croom Babbington le había parecido algo especial, pero ahora vivía en Londres y desde entonces había conocido a muchos hombres distintos, tan diferentes como Stephen Dobbs o el propio Gavin.

Gardner, por no mencionar a Joshua Salsbury. En comparación con ellos, Mark carecía de interés alguno.

—Te he echado de menos, Erin.

—¿En serio? —preguntó ella—. ¿Por qué? Estoy segura de que tu nueva secretaria es una gran profesional.

—Lo es, pero no me refería al trabajo.

—Ya. ¿Y cómo van las cosas en tu empresa? ¿Tan bien como siempre?

Mark no hizo caso del evidente intento de cambiar de conversación e insistió con los asuntos más personales.

—Cometí un error contigo —dijo.

—Eso ya no tiene remedio, Mark.

—Fui un estúpido, Erin. Si pudiera hacer algo para cambiar el pasado...

—Pero no puedes. En cualquier caso, todos hacemos cosas de las que nos arrepentimos más tarde.

—Cierto. Y no sabes cuánto me arrepiento de lo que hice

contigo.

—Olvídalo, Mark. Sobran las disculpas.

—¿Eso quiere decir que me has perdonado? ¿Estás insinuando que podríamos volver a intentarlo? Porque si fuera posible...

—No, no estoy diciendo eso en absoluto. Ahora vivo y trabajo aquí y ya no podríamos vemos.

—Pero podría venir todos los fines de semana a Londres...

—Lo siento, Mark, pero no es posible. Salir juntos otra vez no sería una buena idea.

Erin tardó un buen rato en convencerlo de que las circunstancias habían cambiado, pero al final, Mark pareció comprender que no tenía ninguna posibilidad.

Mientras tanto, Erin sólo pensaba en volver al despacho. El restaurante estaba lleno de gente y el servicio era muy lento, así que la comida se le hizo interminable.

—Tal vez podríamos vernos este fin de semana —dijo él, cuando terminaron de comer.

—Tal vez —dijo ella.

A pesar de lo que acababa de decir, Erin no tenía intención alguna de volver a ver a Mark. Salir con él a comer había sido un error que no pensaba repetir, aunque en ese momento sólo le preocupaba que se había hecho tarde.

Cuando llegó a la oficina, se disculpó.

—Siento el retraso... Los camareros eran tan lentos que pensé que me quedaría allí toda la tarde.

—¿Mark es ese novio que tenías en el pueblo donde vivías?

La inesperada pregunta de Josh la dejó sin habla.

—Yo...

—Sí, claro —continuó Josh—. Es ese tipo que se acostó con una ex novia... Y dime, ¿vas a volver con él?

—No. Me lo ha pedido, pero he rechazado el ofrecimiento.

—¿Quería que volvieras a su lado?

Erin estuvo a punto de decirle que eso no era asunto suyo, pero se contuvo.

—Sí. Y me he librado de él.

Los dos pusieron fin a la conversación y Erin se concentró en el trabajo hasta que un buen rato más tarde entró en el despacho de su jefe para preguntarle un par de cosas. Pero en ese momento sonó el

teléfono y resultó que, una vez más, era para ella.

—Ah, hola, Stephen...

—Hola, Erin. ¿Vas a hacer algo esta noche? ¿Sabes jugar a los bolos?

—No he jugado en mi vida, pero de todas formas esta noche no puedo salir. Te veré el lunes...

—Está bien, hasta el lunes entonces.

Cuando colgó, Josh volvió a demostrar que empezaba a estar realmente celoso.

—Veo que has avanzado mucho con tu vida social —comentó.

—Sí, ya sabes cómo son las cosas —dijo ella con frialdad.

El resto de la tarde transcurrió sin más comentarios que los estrictamente profesionales. Erin terminó el trabajo y lo preparó todo para que Isabel Hill no tuviera problemas cuando regresara al lunes siguiente. Después, se levantó y se dispuso a despedirse de Josh; estaba convencida de que no volvería a verlo hasta la boda de Charlotte.

Ya estaba a punto de despedirse cuando Josh se le adelantó y dijo:

—Pareces cansada...

—Bueno, ha sido un día muy largo.

Josh miró la hora y dijo:

—En ese caso, será mejor que te lleve a comer algo.

—Ya he comido bastante esta tarde, aunque te agradezco la invitación.

Erin regresó a su despacho, recogió el bolso y el resto de sus pertenencias y salió del edificio. Pero antes de que pudiera llegar a la entrada del metro, un vehículo se detuvo a su lado y el conductor abrió la portezuela.

Era Joshua Salsbury.

—Sube —dijo.

Erin dudó. Y esa duda fue suficiente para romper su resistencia.

Ella subió al vehículo, pero cuando vio que Josh se dirigía a su pequeño apartamento, supuso que había renunciado a llevarla a cenar y que sólo pretendía dejarla sana y salva en casa.

Durante el corto trayecto no cruzaron ni una sola palabra. Él había comentado que parecía cansada y había acertado, aunque su cansancio era tanto emocional como físico. Sólo entonces cayó en la

cuenta de que Josh también había estado trabajando todo el día y se preguntó si habría comido algo.

Cuando se detuvieron ante el edificio de apartamentos, Erin se sintió culpable por no tener nada interesante que ofrecerle en casa. Sin embargo, estaba enamorada de él y quiso cuidarlo de todos modos.

—Si quieres puedo prepararte algo de cenar —se atrevió a decir —. Pero sólo si dejamos los besos para otro momento.

Josh la miró con repentina hostilidad y dijo:

—Francamente, no tengo hambre… Y en cuanto a tu preocupación, descuida. Imagino que muchos hombres querrían acostarse contigo, pero no me encuentro entre ellos.

Erin se quedó mirándolo, boquiabierta y dominada por la rabia. No podía creer que hubiera hecho un comentario tan despreciativo, de modo que salió del coche tan deprisa como pudo y lo maldijo.

Capítulo 4

Tal y como Erin había imaginado, el trabajo en el departamento de investigación le resultó tedioso después de haber estado en la dirección de Salsbury Engineering Systems. Lo echaba mucho de menos e incluso pensó en marcharse de la empresa, pero no podía hacerlo.

Al cabo de dos semanas, consiguió readaptarse. Sin embargo, seguía pensando noche y día en Josh; y aunque había llegado a hacerse ilusiones con la posibilidad de que Isabel Hill la mandara llamar para ayudarla en su trabajo, no lo hizo; se limitó a enviarle una nota de agradecimiento por su trabajo y a informarle de que recibiría una paga extra a fin de mes.

Para empeorarlo todo, apenas conseguía conciliar el sueño. Josh estaba constantemente en sus pensamientos y todavía no lo había perdonado por no haberle dado las gracias por su ayuda. Pero sabía que era un hombre muy ocupado y suponía que no podía esperar otra cosa.

Por suerte, contaba con la amistad de Stephen Dobbs. Salían juntos de vez en cuando; iban a la bolera o se reunían con amigos y durante esos breves periodos de esparcimiento conseguía olvidar todo lo demás.

Su sentido común le decía que debía pasar página, sacar totalmente a Josh de su vida y seguir adelante. Su recuerdo no le estaba haciendo ningún bien, y de haber podido, habría renunciado a asistir a la boda de Charlotte con tal de no coincidir con él; pero no podía hacerle eso a su amiga. Así que dos días antes del feliz acontecimiento, Erin salió de compras y encontró un precioso vestido de color violeta, de seda y sin mangas, que iba a juego con sus ojos.

Cuando llegó el domingo, subió a su coche y condujo hasta Bristol. Aunque no quisiera aceptarlo, ardía en deseos de volver a ver a Josh y estaba preocupada por su aspecto; pero se sintió mucho más animada cuando llegó y notó que varios hombres la miraban con evidente apreciación. De hecho, dos de ellos, que se presentaron como Greg Williams y Archie Nevitt, la acompañaron a su asiento en la iglesia y se acomodaron a su lado.

No tardó en divisar al objeto de sus desvelos. Josh estaba sentado en la primera fila, junto a Robin, de espaldas a ella. Todavía no la había visto, pero al cabo de unos segundos se volvió y sus miradas se encontraron. En ese preciso momento, Greg comentó algo y Erin sonrió, cosa que no pareció gustarle demasiado a Josh.

Disgustado, el jefe de la joven apartó la mirada y ella aprovechó la ocasión para observarlo con más detenimiento. Estaba particularmente atractivo con aquel traje; parecía despierto y relajado, elegante y amistoso al mismo tiempo.

Erin lamentó que las cosas no fueran diferentes y se maldijo por no haberle contado a tiempo que Nina conocía a Thomas. Aquel había sido el origen de todos sus problemas.

Charlotte entró en la iglesia pocos minutos después, acompañada por su padre. Estaba radiante y Erin siguió el acto con emoción contenida, intentando apartar la vista del padrino.

Por suerte para ella, habían invitado a tanta gente que no se encontró con Josh cuando salieron de la iglesia para dirigirse al hotel de Bristol donde se iba a celebrar la comida. Greg y Archie se ofrecieron para llevarla, pero Erin rechazó la oferta y fue en su propio vehículo. Sin embargo, los dos hombres se las arreglaron de algún modo para que los sentaran en la misma mesa que ella.

En realidad, Erin agradeció la compañía. Greg, en particular, era un tipo tan atractivo como encantador. Y se divirtió tanto con él que consiguió no pensar constantemente en Josh.

Comieron, rieron y pasaron un buen rato. Luego, Erin tuvo ocasión de intercambiar unas cuantas palabras con los recién casados, que por supuesto abrieron el baile con un vals. Parecían tan felices y hacían tan buena pareja que se alegró mucho por ellos.

Erin también bailó. Primero con Greg y más tarde con Archie. Pero Josh Salsbury no se acercó en ningún momento.

Hacia las ocho de la tarde, Charlotte se marchó para cambiarse

de ropa y Erin pensó que ya era hora de irse. No soportaba estar allí, observando a Josh mientras bailaba con la madrina.

—Creo que yo también voy a irme —le informó a Greg.

—Oh, no puedes irte todavía. No me has contado casi nada de ti y me gustaría que nos conociéramos más a fondo —declaró con una enorme sonrisa.

Erin abrió la boca para disculparse por tener que marcharse de la fiesta y librarse de Greg cuando apareció Josh Salsbury y dijo con frialdad:

—¿Seguro que quieres conocerla? No sabes dónde te metes.

Por suerte, Josh lo dijo en voz tan baja que sólo pudo oírlo Erin. Sin embargo, aquello hizo que cambiara de opinión. Se volvió hacia Greg y dijo:

—Tienes razón, Greg. ¿Quieres bailar?

Greg la llevó a la pista de baile. Unos segundos después, Erin ya se había arrepentido por haberlo utilizado para molestar a Josh. Sobre todo, porque su acompañante la abrazaba de un modo demasiado íntimo.

Cuando se cansaron de bailar, Greg la acompañó a una mesa, consiguió dos copas de champán de un camarero que pasaba en ese momento y sonrió.

—Me han comentado que el hotel está lleno —dijo el hombre—. Pero si esperas un momento, iré a hablar con la recepcionista para ver si puede conseguimos una habitación donde descansar un rato.

Erin lo miró, atónita, y él añadió:

—Vuelvo enseguida.

En cuanto se quedó a solas, bebió un trago de champán. Estaba tan obsesionada con Josh que no dejaba de cometer todo tipo de errores con el resto de los hombres, y sabía que había estado coqueteando más de la cuenta con Greg.

Justo entonces, oyó una voz conocida.

—¿Qué haces? ¿Bebes para animarte, Erin?

Aquello era lo último que necesitaba. Josh Salsbury había decidido acercarse a la mesa para mortificarla.

—Ya que tanto te interesa, no he bebido casi nada.

—No, claro que no —se burló él—. ¿Qué fue lo que dijiste en aquella ocasión? Ah, sí... Que tenías intención de acabar con tu pequeño problema, con tu virginidad, tan pronto como fuera

posible. ¿Quiere eso decir que esta puede ser la gran noche?

Erin estaba a punto de perder los estribos, pero retomó el comentario sobre el consumo de champán para decir:

—¿Sabes por qué he bebido tan poco? Porque tengo intención de volver a Londres en coche. Sola.

Erin estaba enfadada con Josh por su grosería. Pero también estaba enfadada con ella misma por sentirse en la necesidad de darle explicaciones y, desde luego, estaba molesta con Greg.

—Pero ya que te interesas por mi vida sexual, te aseguro que no voy a acostarme con nadie esta noche —continuó ella—. De hecho, te agradecería que se lo digas a Greg Williams cuando lo veas.

Erin se levantó de la mesa y giró en redondo, tan deprisa como pudo, para salir de allí cuanto antes. Por desgracia, su movimiento fue tan rápido que Josh no pudo detenerla a tiempo y la joven se estrelló contra una columna de mármol que se encontraba tras ella y en la que no había reparado.

El golpe fue tan fuerte que Erin perdió el conocimiento. Y cuando empezó a recobrarlo, lentamente, oyó voces que no pudo distinguir y se dijo que quería seguir durmiendo. Pero alguien insistió y preguntó:

—¿Cuántos dedos ves en esta mano?

Ella abrió los ojos y los cerró de inmediato. La luz le hacía daño.

—Si te digo que tres, ¿te callarás y me dejarás en paz? —preguntó.

—Parece que está bien —dijo alguien.

Esta vez, reconoció la voz de Josh. Sin embargo, Erin seguía tan confusa que pensó que estaba soñando.

—¿Qué tal te encuentras?

—¿Cómo me encuentras tú? —preguntó ella.

—Tan bella como siempre.

Erin suspiró y se dijo que era un sueño maravilloso. Quiso confesarle que lo amaba, pero no lo hizo.

—¿Te gusto? —preguntó.

—Tú le gustas a todo el mundo.

—Un comentario muy apropiado, aunque poco comprometido —dijo ella, antes de suspirar—. Buenas noches, cariño...

—Buenas noches, corazón.

—¿Podrías besarme antes de que te duermas? Sólo un beso

ligero, como el último...

Erin sintió el contacto de sus labios y añadió:

—Gracias, Josh.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—¿Cómo no iba a saberlo? Eres el único hombre que aparece en mis sueños. Buenas noches...

Erin volvió a perder el conocimiento.

Cuando despertó, no sabía dónde se encontraba. Estaba en una cama, pero no era la suya; y lo mismo sucedía con la habitación. Sin embargo, todavía le esperaba una sorpresa mayor: en el otro extremo de la cama había un hombre, que al parecer estaba durmiendo: Josh Salsbury.

Erin sonrió.

—Vaya, sigo soñando...

Sólo entonces comprendió que no se trataba de un sueño. Josh se incorporó, se sentó en la cama y la miró. No llevaba más ropa que los pantalones.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. Pero qué... Oh, Dios mío, mi cabeza...

La cabeza le dolía tanto que volvió a cerrar los ojos. Y cuando los abrió de nuevo, vio que Josh se encontraba ante ella y que se había puesto una bata.

—Tómate esto —dijo él, mientras le tendía un par de pastillas—. El médico dijo que te las tomaras al despertar porque tal vez te harían falta.

Ahora Erin ya no tenía ninguna duda. Aquello no era un sueño. Era terriblemente real.

Se tomó las dos pastillas, aceptó un vaso de agua y preguntó:

—¿El médico? ¿Qué médico?

—Te diste un buen golpe.

—¿Un golpe? ¿Y se puede saber dónde estoy?

—En un hotel de las afueras de Bristol.

—Dime una cosa... ¿Te pedí que me besaras?

Josh sonrió.

—¿Lo recuerdas? Sí, lo hiciste. Y a decir verdad, no fue un encargo nada desagradable.

Erin hizo un esfuerzo por seguir recordando.

—Estuve en la boda de Charlotte, ¿verdad?

—En efecto. Y hasta hiciste lo posible por lograr que Greg Williams se sobrepasara contigo.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo... Me acusaste de pretender acostarme con él.

Josh volvió a sonreír.

—Por desgracia, te levantaste tan deprisa de la mesa que te diste un buen golpe contra una columna de mármol y te desmayaste —explicó él.

—¿Contra una columna de mármol? —preguntó, perpleja—. ¿Y se puede saber qué estoy haciendo en la cama contigo?

—Tranquilízate, no te alteres. En la fiesta había un médico y nos recomendó que te lleváramos a algún lugar donde pudieras descansar y donde él pudiera comprobar tu estado. Por fortuna, yo ya había reservado esta habitación y naturalmente se la ofrecí.

—Pero eso no explica que estemos compartiendo la misma cama... —protestó.

—Está visto que no eres precisamente una mujer agradecida —comentó Josh con ironía.

Erin hizo caso omiso del comentario.

—¿Y quién me ha traído?

Él se encogió de hombros.

—Yo. Alguien tenía que hacerlo. Pero eso carece de importancia... Lo esencial es que el médico ha dicho que estás bien y que te recuperarás en cuanto descanses unas horas —explicó—. Ha estado aquí hasta medianoche.

—¿Y tú te has quedado para cuidarme? —preguntó sorprendida.

—Bueno, no podía ir a otra parte. El hotel está lleno y no podía pedir otra habitación, así que me he quedado a tu lado.

—¿Y qué has hecho? ¿Observar cómo dormía?

—Ha sido muy divertido. Eres extraordinariamente bella, Erin...

Erin se ruborizó.

—¿Lo dices en serio? —preguntó en un murmullo.

—Por supuesto que sí. Pero dormías tan plácidamente y yo estoy tan cansado que al final decidí tumbarme un rato.

—Comprendo... Así que te limitaste a acostarte conmigo.

—Bueno, antes me quité casi toda la ropa —comentó con humor.

—Menos mal que te dejaste puestos los pantalones...

—Y los calcetines, no lo olvides.

A pesar del intercambio de ocurrencias, Erin no encontró nada divertida la situación. Especialmente porque acababa de caer en la cuenta de que estaba casi desnuda. Alguien le había quitado el vestido y no llevaba nada más que las braguitas y el sostén, que asomaba debajo de las sábanas y que se apresuró a tapar.

—¿Quién me ha desnudado? ¿La madre de Charlotte? —preguntó.

—Bueno, hubo muchas ofertas. Tantas, que supongo que te alegrará saber que lo hice yo.

—¿Tú? —preguntó ruborizada.

Pero Erin se recobró tan rápidamente que añadió:

—Al contrario de lo que puedas pensar, sigo siendo bastante conservadora. Te has acostado conmigo, aunque sólo sea para dormir, y ahora no queda más que una solución: tendremos que casarnos.

Josh palideció y ella añadió, riendo:

—Tranquilo, sólo es una broma.

—Maldita bruja... —dijo él, divertido—. Pero en fin, al menos ha quedado claro que no sufres ninguna conmoción. Ahora, túmbate y descansa un poco.

—¿Te quedarás aquí?

—Son las cuatro de la mañana... —le informó.

A ella no le importó que se quedara. No había otra opción, habida cuenta de la hora y del hecho de que no quedaban más habitaciones libres en el hotel. Además, se había comportado muy bien con ella al llevarla a aquel lugar.

—Está bien. Buenas noches...

Josh se inclinó sobre ella y Erin temió que quisiera besarla, pero se limitó a taparla bien. Después, ella se preguntó si estaría cómodo en alguno de los sillones que había visto en la habitación y dijo:

—Si tienes frío, seguro que hay alguna manta sobrante en el armario. Los hoteles suelen tener esas cosas.

—Ah, no te preocupes por eso... Estaré bien.

Entonces, y para sorpresa de ella, Josh se metió en la cama en lugar de tumbarse en un sillón. Pero cuando quiso protestar, sólo logró que la cabeza le doliera más todavía.

—Mi cabeza...

—Tal vez estarías más cómoda si la apoyas en una almohada.

Erin pensó que era la mejor sugerencia que le habían dado últimamente y lo hizo.

—Buenas noches —repitió ella.

—Buenas noches, Erin. Que duermas bien.

Erin lo miró y deseó extender una mano para tocarlo, pero no lo hizo aunque la situación resultaba muy tentadora y aunque a esas alturas ya sabía que quería hacer el amor con él. De hecho, era consciente de que el menor contacto podría haber provocado una reacción en cadena.

Sin embargo, se dijo que Josh estaría cansado y decidió dejarlo para otro momento. Al cabo de un rato se quedó dormida y luego comenzó a despertarse, lentamente. Estaba muy cómoda y notó que estaba apretada contra algo cálido, pero justo entonces sintió que uno de sus pies acababa de golpear lo que parecía ser, una pierna y se sobresaltó.

—¿Podrías hacer el favor de dejar de pegarme patadas? —protestó Josh.

Erin abrió los ojos de golpe y recordó que estaba en la cama con Josh. Curiosamente, no se alarmó en absoluto por haber dormido con él ni por estar contemplando su pecho desnudo, en ese momento, a plena luz del día.

—¿Qué hora es?

—Hora de que uno de los dos se levante —respondió él.

—Puedes ir primero al cuarto de baño, si quieres.

—Qué amable... ¿Te sigue doliendo la cabeza?

—No, ya no me duele.

—¿Ni siquiera un poco?

—Estoy como nueva —respondió con sinceridad—. Menuda manera de acabar la noche... Por cierto, fue una boda maravillosa.

—¿Siempre eres tan charlatana por las mañanas o es consecuencia indirecta del golpe?

—No lo sé. Esta es la primera vez que me despierto con un hombre al lado.

—Pues qué vida más triste has llevado hasta ahora —se burló.

—Y dime, ¿qué se suele hacer cuando una mujer se despierta con... un amigo? —se atrevió a preguntar.

Josh la miró, sonrió y la besó. Después, se excusó por su

comportamiento:

—Lo siento, no debería haberte besado. Pero te lo has buscado con esa pregunta.

—¿Si volviera a preguntarlo, volverías a besarme?

Josh negó con la cabeza.

—No sería buena idea.

Erin se sintió tan herida con el comentario que él se apresuró a añadir:

—No lo he dicho porque no me parezcas atractiva, Erin. Todo lo contrario. Pero no sé si eres consciente de que ahora te encuentras en un estado muy vulnerable...

Ella era perfectamente consciente de su estado, pero también lo era de que lo amaba y de que quería que la besara otra vez.

—Por lo visto, nunca conseguiré... experimentar —se quejó.

—Erin, si sigues diciendo esas cosas, te buscarás muchos problemas.

—Oh, vamos, un beso no haría ningún daño...

Josh la miró, divertido.

—Necesito afeitarme —comentó.

Erin pensó que no le importaba en absoluto que no se hubiera afeitado y extendió un brazo para tocarlo.

—Eso tampoco es buena idea —murmuró él, al sentir el contacto.

Pero la provocación de Erin funcionó y Josh no pudo resistirse a la tentación de besarla.

—¿Y bien? ¿Satisfecha? —preguntó él.

Ella sonrió.

—¿Bromeas?

—No, pero eso es todo lo que vas a conseguir de mí.

—Venga, dame uno más. Pero esta vez, bésame bien.

Josh arqueó una ceja.

—¿Me estás pidiendo que te bese apasionadamente?

—Por supuesto que sí.

—Erin...

Josh la tomó entre sus brazos, la atrajo hacia su fuerte pecho y la besó tal y como lo había pedido. Ella se dejó llevar y se estremeció cuando sus lenguas se encontraron.

Entonces, se apartó un momento y pronunció su nombre.

—Josh...

—¿Sorprendida?

Ella sonrió con malicia.

—Encantada —contestó.

Esa vez, fue ella quien lo besó. Fue un acto perfectamente calculado, una invitación a que rompiera las barreras y a que fueran más allá de los besos y las primeras caricias, que no tardaron en llegar. De hecho, se excitó tanto que a punto estuvo de confesarle que lo amaba. Pero en ese preciso instante sintió que le estaba desabrochando el sostén y no llegó a decir nada.

Lejos de resistirse, Erin permitió que le quitara la prenda y acto seguido apretó los desnudos senos contra el pecho de Josh.

—Oh, Josh...

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, sí...

Josh la besó con más pasión todavía y acto seguido se inclinó y lamió sus pezones.

—Eres exquisita...

Erin había perdido casi todos sus miedos, pero todavía no se sentía tan cómoda en el nuevo mundo que se abría ante ella y se apretó un poco más contra él para dificultarle la visión de sus senos.

Josh pareció comprender el gesto de pudor, porque dijo:

—Si quieres, puedo detenerme.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

Entonces, él siguió lamiéndole y chupándole los pezones, suavemente, pasando de uno a otro, y la volvió loca de deseo.

—Josh...

Lo necesitaba más que nunca. Necesitaba sentirlo, así que se apretó aún más contra él, entrelazando sus piernas, e intentó provocar su reacción para que le hiciera el amor.

Sin embargo, Josh se quedó muy quieto de repente.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, preocupada.

—Que no estás segura de lo que haces, Erin. Y no quiero hacer el amor contigo si no estás completamente segura.

—Estoy segura. Yo...

—No, no lo estás. Ahora sé que acostarme contigo no ha sido una idea precisamente buena.

Josh se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Ella no podía

creer lo que estaba pasando. Necesitaba que se quedara a su lado y habría sido capaz de hacer cualquier cosa por conseguirlo, pero era una mujer muy orgullosa y reaccionó enfadándose.

—Claro, ahora lo comprendo —dijo con amargura—. Siento ser tan poco deseable...

—Aunque tengas poca experiencia, sabes perfectamente que eres muy deseable —dijo él, mientras se abrochaba la camisa—. Pero ahora será mejor que te vistas y te vayas a casa.

Josh se marchó entonces y la dejó a solas, tan desconcertada que ni siquiera pudo decirle lo que pensaba de él.

No podía creer que la hubiera abandonado así, sin más. No podía creer que se hubiera marchado.

Capítulo 5

El lunes siguiente, Erin llegó a la oficina con la decisión tomada de dejar el trabajo. Pero cuando se encontró cara a cara con Ivan no fue capaz de decírselo y en lugar de dimitir le hizo unos cuantos comentarios sobre el trabajo que estaba pendiente.

La semana transcurrió con una normalidad exasperante y el viernes por la tarde se dirigió a Croom Babbington como de costumbre. Por supuesto, no había dejado de pensar en Josh ni un solo momento; se sentía tan decepcionada por el brusco final de su pequeña aventura que lo había probado todo para olvidarlo, incluido el vano intento de enfadarse con él.

Sabía que la deseaba. Lo había demostrado claramente. Pero la había rechazado y Erin lo encontraba muy humillante.

Se dijo que pasar el fin de semana con su padre serviría al menos para que se relajara un poco y recobrara el control de sus sentimientos. Sin embargo, no fue así. Cuando llegó el domingo, se despidió de él con la promesa de volver al viernes siguiente y subió a su coche para volver a Londres.

Al llegar al apartamento, vio que su madre le había dejado un mensaje en el contestador automático, así que la llamó. Sabía que no era la única mujer de la familia con problemas emocionales.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó su madre.

—Bien. He estado con papá —respondió.

—¿Y eso te parece divertido? —preguntó con ironía.

Erin hizo caso omiso del comentario y preguntó a su vez:

—¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido?

—Bueno...

—¿Ha pasado algo importante?

—No, nada en absoluto. En realidad sólo te he llamado para ver

si te apetece comer conmigo mañana.

Erin supo en aquel preciso instante que su madre estaba muy preocupada.

—Por supuesto. ¿Quedamos en el sitio de la última vez?

—Me parece un sitio tan bueno como otro cualquiera. Además, mañana no tengo gran cosa que hacer, así que podría pasar a recogerte.

—Pero estaré trabajando, mamá...

—Lo sé, lo sé. Y por favor, deja de llamarme mamá —protestó.

—¿Es que no recuerdas que trabajo en la empresa de Thomas Salsbury?

—Lo recuerdo, pero dudo que me encuentre con él. He oído que sigue en Londres, pero convaleciente en alguna de sus propiedades. Y de todas formas, no me importaría verlo... Tommy siempre fue un excelente acompañante. Hasta que le entró esa manía de casarse conmigo, claro.

—No me refería a la remota posibilidad de que te encuentres con él —puntualizó Erin.

—Ah, ¿te refieres a su hijo? ¿Es que temes que me acuse de haber rechazado a su padre? —preguntó, divertida.

—Dudo que se atreviera a hacer algo así, pero creo que sería mejor que nos encontráramos en el restaurante.

Como a su madre le daba igual dónde se encontraran, al final quedaron en el restaurante. Erin sentía verdadera curiosidad por saber qué se traía Nina entre manos, pero sobre todo se alegró de encontrarse con ella lejos de la oficina. Aunque Josh no solía estar en la empresa a la hora de comer, no quería arriesgarse a que se encontraran.

A la mañana siguiente, fue a ver a Ivan Kelly y le preguntó:

—¿Te importa que hoy me tome más tiempo del habitual para comer?

—Por supuesto que no. ¿Se trata de algún hombre? En ese caso, lo envidio...

—No, no se trata de ningún hombre, sino de mi madre. Pero creo que con media hora más, bastará.

—Tómate el tiempo que quieras —dijo Ivan, sonriendo.

Erin intentó concentrarse en el trabajo y unas horas más tarde salió hacia el restaurante donde se habían citado. Nina ya estaba

allí, lo que significaba que debía de estar realmente preocupada; en condiciones normales, siempre llegaba tarde.

—Querida, eres tan bella que no deberías trabajar —comentó al verla—. Dile a tu padre que te dé más dinero. Aunque ahora que lo pienso, es tan estricto que casi será mejor que hable yo con él.

—No necesito más dinero. Mi situación económica es bastante buena.

—¿En serio? Espero que no te estés volviendo tan estoica como él...

Erin estuvo a punto de protestar, aunque no lo hizo. Su padre siempre había sido un hombre extremadamente generoso con el dinero; de hecho, Nina era más consciente de ello que nadie porque le había dejado una inmensa suma de dinero tras el divorcio.

Prefirió olvidar el asunto y empezaron a comer. Pero cuando llegó el segundo plato, su madre seguía hablando de cosas intranscendentes. Por lo visto, el problema estaba relacionado con algún hombre.

—¿Qué tal está Richard? —se atrevió a preguntar.

—Ah, Richard...

—¿Todavía te hace reír?

Nina suspiró.

—Se ha puesto serio conmigo y lo ha estropeado todo.

—¿Quieres decir que te has librado de él?

—Bueno, me ha pedido que me case con él. Es increíble... Llevo años rechazando peticiones similares. Y ahora me ha pedido que me case con él —repitió—. ¿Puedes creerlo? Dejé perfectamente claro que no tenía intención de volver a casarme con nadie.

—Pero, ¿te gusta?

—Claro que me gusta —confesó—. Sin embargo, ya he estado casada dos veces y no quiero cometer el mismo error otra vez.

Nina se detuvo un momento antes de continuar. Pero cambio radicalmente de conversación.

—Supongo que el fin de semana que viene lo volverás a pasar con tu padre, ¿verdad? —preguntó.

—Le gusta que pase a visitarlo cuando tengo ocasión.

—Es un viejo demonio. Dile que tienes tu propia vida y libérate de una vez.

—Bueno, no voy todos los fines de semana... Pero espera un

momento. ¿Es que quieres que vaya contigo a alguna parte? —preguntó con curiosidad.

—Me alegra que lo preguntes, porque no me importaría que pasaras a visitarme el sábado y que te quedaras hasta el domingo.

—¿Se puede saber en qué tipo de problemas te has metido?

—No se trata exactamente de un problema. Sólo necesito espacio y tiempo para decidir…

—¿Espacio? ¿Tiempo? Pensaba que tenías las dos cosas.

Nina negó con la cabeza.

—Hace unas semanas quedé con Richard en que pasaría por casa el próximo fin de semana porque tiene que asistir a una especie de competición benéfica en la piscina de Norman y Letty Ashmore. Y no sé cómo, me presté a ello.

—¿Quieres decir que vas a participar?

—No, cariño. Simplemente le ofrecí que pasara la noche del sábado en casa porque está cerca de la piscina.

—¿Y aceptó?

—Por supuesto. Pero ahora no puedo anularlo sin quedar mal con él y con los amigos que van a asistir al acto… Oh, ¿por qué diablos ha tenido que estropearlo todo con esa propuesta de matrimonio?

—¿Ya lo has rechazado?

—No. Richard se dio cuenta de que iba a hacerlo y se apresuró a sugerir que lo pensara con calma antes de responder.

—¿Y te mostraste de acuerdo?

—Sí, me temo que sí.

—Pero ahora, has decidido que no quieres pasar demasiado tiempo con él…

—Bueno, casi lo he decidido.

—¿Y vas a rechazar su propuesta?

—Me encantaría responder a tu pregunta, pero creo que él debe ser el primero en saberlo —respondió su madre.

—¿Y estás segura de que quieres que vaya a tu casa?

—Por supuesto que sí… Es esencial. ¿Vendrás?

—Claro. Sólo espero no equivocarme y no llamarte mamá…

—Oh, descuida. Richard sabe que tengo una hija.

Erin la miró con asombro.

—¿Se lo has dicho?

—Me pilló en un mal momento y se lo confesé, pero no lo sabe nadie más. Además, no tienes por qué acompañarnos a ese acto benéfico. Richard irá por la mañana y yo iré más tarde... Aunque ahora que lo pienso, no me importaría que la gente supiera que tengo una hija tan maravillosa.

Erin pensó que su madre debía de estar muy mal para dedicarle semejante cumplido, pero al pensar en los problemas amorosos de Nina recordó los suyos con Josh y sólo entonces cayó en la cuenta de que se estaba haciendo tarde.

—Vaya, será mejor que vuelva al trabajo... ¿Te importa que no tome postre?

—No, yo tampoco pensaba tomarlo.

Pagaron la cuenta y salieron del restaurante. Pero desafortunadamente, Erin no pudo encontrar ningún taxi.

Nina se ofreció a llevarla a la oficina. Sin embargo, su hija se negó por las mismas razones que le había dado para impedir que pasara a buscarla.

—¡Eso es absurdo! —protestó Nina—. No he hecho nada malo... Venga, te llevaré en el coche.

Erin la acompañó al lugar donde lo había aparcado e intentó convencerse de que su madre no había tenido nada que ver en el infarto de Thomas Salsbury. Pero en el fondo de su corazón, sabía que la negativa de Nina a casarse con él estaba directamente relacionada con lo sucedido.

—¿A qué hora quieres que llegue el sábado? —le preguntó cuando arrancaron.

—A primera hora de la tarde estaría bien. Le diré a Richard que pase a buscarte. Vive a un par de kilómetros de tu casa y sería estúpido que fuerais en dos coches distintos.

Erin pensó que su madre lo había calculado todo. Si Richard pasaba a recogerla y la llevaba en su coche, no tendría más remedio que acompañarla también el domingo, lo que significaba que Nina no se quedaría a solas con él en ningún momento.

El plan era tan retorcido que supuso que su madre apreciaba realmente a aquel hombre. Por una parte, era evidente que no quería romper todos los lazos con él; pero por otra, tenía miedo de ceder a la tentación, tener un momento de debilidad y aceptar su proposición de matrimonio.

Cuando se detuvieron ante la sede de Salsbury Engineering Systems, Erin seguía tan preocupada por el asunto que olvidó una de las leyes de Murphy más conocidas: que si podía suceder algo verdaderamente inconveniente, sucedería. Justo en ese momento, Josh Salsbury se disponía a entrar en el edificio. Y en el colmo de la mala suerte, vio a Erin.

Pero lo peor de todo no fue eso. Lo peor fue que reconoció a Nina.

La expresión de Josh cambió por completo y se endureció. Erin lo conocía bien y supo que estaba furioso.

Se despidió de su madre, salió del coche y se dirigió a su oficina. Cuando llegó, se disculpó por el retraso.

—Siento llegar tarde, Ivan. No me había dado cuenta de la hora.

—Descuida, no tiene importancia. Pero necesito que me pases a limpio un informe y es posible que te lleve bastante tiempo.

—Si es necesario, no me importa quedarme hasta tarde.

Erin no dejó de dar vueltas a lo sucedido. Su relación con Josh ya era bastante complicada antes de que reconociera a Nina, y ahora no sabía lo que podía pasar. Pero intentó concentrarse en el trabajo y estuvo en el despacho hasta las seis, cuando terminó el informe.

Acababa de llegar a casa y se estaba tomando un té cuando, a través de la ventana de la cocina, vio que un coche se detenía frente al edificio. Erin reconoció el vehículo de inmediato y se estremeció.

Era Josh. Unos segundos después, llamó a la puerta.

—¿Te importa que entre?

—No, adelante...

Tal y como había imaginado, Josh estaba muy enfadado. Podía notarlo en el brillo de sus ojos.

—Sólo quería decirte que no me gustan nada las compañías que te buscas últimamente —declaró él.

En ese momento, Erin reaccionó. Llevaba toda la tarde preocupada por el desafortunado encuentro, pero no estaba dispuesta a permitir que Josh insultara a su madre. A fin de cuentas, era carne de su carne y sangre de su sangre.

Lo miró con cara de pocos amigos y se alejó hacia el salón. Él la siguió y se detuvo a cierta distancia de ella.

—Parece que te llevas muy bien con esa mujer... ¿Se puede

saber dónde la has conocido?

—Ya que tanto te interesa, deberías saber que esa mujer que tanto detestas es mi madre.

Josh se quedó helado y sin habla. Resultaba evidente que no esperaba semejante respuesta, pero no tardó en recobrar la voz.

—¡Pero si no tiene hijos!

—Hijos, no. Pero tiene una hija.

—No puede ser… Ni siquiera llevas su apellido.

—Claro, porque sólo uso el de mi padre desde que se divorció de él.

—Ah, sí… sus famosos divorcios. ¿Con cuántos se ha casado ya?

—Sólo con dos. Mi madre tiene aversión al matrimonio.

—Pues se lo podría haber dicho a mi padre antes de que perdiera el tiempo con ella —protestó.

—Probablemente se lo dijo.

—Si lo hizo, ¿cómo es posible que se llevara tal sorpresa cuando lo rechazó? ¿Cómo es posible que le sorprendiera tanto como para sufrir un infarto? —preguntó Josh, realmente ofendido—. Ah, ahora lo comprendo todo… Tú lo sabías. Lo sabías desde el principio y me mentiste.

—Yo no sabía nada, Josh —dijo ella, molesta.

—¿No? Te pregunté si conocías a mi padre y me dijiste que no.

—Porque no lo conocía…

—Mentiste por omisión. No lo conocías personalmente, pero ya sabías que había estado saliendo con tu madre y que ella lo había rechazado.

—Bueno, yo…

—Supongo que tu madre y tú os habréis divertido mucho a nuestra costa. Lo que os habréis reído…

—¡Yo jamás me reiría de ti! —exclamó ella—. Y deja de hablar de mi madre en esos términos.

—¿Por qué? Tu madre se dedica a romper corazones. Y por lo visto, a ti se te puede aplicar el refrán «de tal palo, tal astilla»

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Cómo te atreves a preguntarlo? Todo ese discursito sobre tu falta de experiencia con los hombres y luego resultó que tu inocencia, tu nerviosismo y tu ingenuidad eran fingidos. Me di cuenta la otra noche, en la cama.

—¿Estás intentando ofenderme deliberadamente, Josh?

—¿Ofenderte? No, sólo digo lo que pienso. No te comportaste como una mujer sin experiencia. Me sedujiste y me manipulaste. Eres igual que tu madre.

Erin se quedó sin aliento. Josh pretendía insultarla y lo había conseguido.

—Mi madre no es como crees. Y en cuanto a mí, te equivocas por completo —se defendió.

—¿Ah, sí?

—Sí. Además, sabes que estás equivocado.

—¡Vaya, eso sí que es bueno! ¿Vas a negar que la otra noche estabas tan excitada que me pediste que no me detuviera?

—Estás sacando las cosas de contexto.

Josh negó con la cabeza.

—Al parecer, no hace falta gran cosa para excitarte —comentó, mientras avanzaba hacia ella.

Erin se preocupó al ver que seguía acercándose y dijo:

—Será mejor que te marches, Josh.

—Me marcharé cuando haya terminado contigo.

—No. Márchate ahora.

Josh se limitó a sonreír con malicia.

—De modo que estoy equivocado, ¿eh?

En aquel momento, ella supo que Josh estaba decidido a demostrarle que podía tomarla cuando quisiera.

—Si me obligas a ello, te aseguro que me defenderé —le advirtió.

—Eso sería muy interesante —dijo él—. Resultaría más divertido.

Erin miró a su alrededor y calculó las probabilidades que tenía de poder escapar, pero Josh adivinó su intención.

—Ni lo intentes.

—Basta ya, Josh...

Josh la tomó entre sus brazos y preguntó:

—¿Seguro que quieres que me detenga? Tus palabras dicen una cosa y tus ojos, otra.

—No, Josh, no lo hagas...

Josh sonrió.

—Supongo que esto es nuevo para ti. Ahora no se trata de actuar

ni de fingir. Esto es real.

—¡Márchate! —exclamó ella.

Él la besó entonces, pero Erin se resistió y comenzó a darle patadas.

—Resístete si quieres. Pero al final, cederás.

Entonces, la alzó en brazos y la llevó hacia el dormitorio.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevarte a un sitio donde estaremos más cómodos.

De repente, Erin supo lo que pretendía y comenzó a luchar como una tigresa por liberarse. Pero a pesar de que consiguió apartarse de él durante unos segundos, Josh volvió a apresarla y la tumbó en la cama.

Ahora la tenía justo donde quería.

—¡Déjame, Josh!

—¿Por qué? ¿Intentas convencerme de que no te gusta?

—¡Vete al infierno!

Josh volvió a sonreír.

—No te pongas así, no es para tanto.

—¡Te odio!

—Bueno, prefiero tu odio a tu amor, cariño.

Josh la besó entonces en el cuello y comenzó a desabrocharle la falda.

—Déjame, por favor...

Josh no la dejó. Siguió besándola, seduciéndola, intentando demostrarle que podía hacer lo que quisiera con ella.

Entonces, Erin cayó en la cuenta de que estaba adoptando una estrategia equivocada. Josh esperaba que se resistiera a él porque su resistencia alimentaba su enfado. Pero cabía la posibilidad de que la dejara en paz si adoptaba una actitud absolutamente pasiva.

Dejó de moverse y de luchar. Sin embargo, la situación se complicó todavía más por un detalle del que hasta ese momento no había sido del todo consciente: Josh también la deseaba.

Sin embargo, ni aquel era el momento más oportuno para valorar ese hecho ni las circunstancias resultaban especialmente románticas.

Cuando Josh comprendió lo que estaba haciendo, dijo:

—Si crees que adoptar una actitud pasiva va a detenerme, te equivocas.

Ella se encogió de hombros.

—Sé lo que quieres hacer conmigo. Pero francamente, no me esperaba nada parecido.

—¿Por qué lo dices? —preguntó con curiosidad.

Ella sonrió.

—Corrígeme si me equivoco, pero hace unas semanas me comentaste que no te encontrabas entre los hombres que querrían acostarse conmigo. ¿Es que has cambiado de idea?

Josh Salsbury se apartó de ella y la miró con un brillo extraño en sus ojos grises. Ella se las arregló para permanecer sobre la cama, sin moverse, aunque su odio resultaba más que evidente.

Por fin, él dijo:

—Puede que tengas razón. Sin embargo, y a diferencia de la relación que mantuvieron tu madre y mi padre, yo no te pediría que te casaras conmigo por nada del mundo.

Erin pensó que podría haber hecho algún comentario sarcástico al respecto. La ocasión lo merecía, sin duda alguna. Pero a pesar de que había ganado, a pesar de que había conseguido librarse de él, se sintió profunda y totalmente derrotada cuando Josh salió de la habitación.

Capítulo 6

Aquella noche se le hizo interminable. A las tres de la madrugada, Erin seguía pensando en la visita de Josh. Ahora sabía que había hecho bien al contarle que la mujer que había roto el corazón de su padre, en más de un sentido, era Nina; bastaba con ver lo que había sucedido cuando Josh lo había descubierto.

Estaba tan confusa que no dejaba de dar vueltas en la cama. Sabía que se iba a enfadar cuando lo supiera, pero no creía ser merecedora de semejante maltrato.

Por fin, comenzó a amanecer y Erin se levantó de la cama sabiendo que en el fondo siempre estaría enamorada de él. Desafortunadamente, el amor no se podía arrancar de cuajo, por mucho que se quisiera.

Mientras entraba en la ducha, se alegró de darse cuenta que, a pesar de todo, su orgullo había resurgido. Había perdido buena parte de la semana avergonzándose por su necesidad de tener relaciones sexuales con él, pero eso se iba a terminar. Esperaba que la noche anterior hubiera servido para demostrarle a Josh Salsbury que se había equivocado y que, contrariamente a lo que afirmaba, ella no era una cualquiera. Se negaba a seguir pensando que si la hubiera besado con ternura, como si no la odiara, el resultado habría sido diferente. Estaba enamorada de él, era cierto, pero no podía tolerar que la tratara de aquel modo.

En cuanto llegó a la oficina, Erin se dirigió al despacho de Ivan Kelly y le presentó la dimisión. De haber podido elegir, habría preferido marcharse directamente, pero siempre había decenas de trámites por hacer. Además, apreciaba a todos los que trabajaban allí y, por lealtad a sus compañeros, se sentía en la obligación de darles un mes para que pudieran encontrar a alguien que la

reemplazara.

—¡No te puedes ir! —protestó Ivan, antes de mirarla con recelo —. Ah, ahora comprendo… Ayer no fuiste a comer con tu madre. Estuviste en una entrevista de trabajo.

—Te equivocas, es cierto que fui a almorzar con mi madre. De hecho, no tengo ningún otro empleo en vistas.

—Entonces quédate hasta que lo tengas. ¿O es que hay algo con lo que no estás contenta? Sí es así, dime de qué se trata, por favor —suplicó él—. Sea lo que sea, estoy seguro de que puedo remediarlo.

Ella movió la cabeza en sentido negativo. Era muy infeliz. De hecho, jamás se había sentido tan triste y abatida, pero ni Ivan ni nadie podía hacer nada al respecto.

—Es un problema personal —contestó.

Erin apreció enormemente que Ivan respetara su intimidad y no siguiera presionándola. Después, se pasó el día haciendo lo imposible por ocultar su infelicidad y su desesperación y cuando por fin regresó a su piso, apenas podía contener las lágrimas. Aun así, no lloró; el orgullo la sostuvo una vez más y la convenció de que ningún hombre merecía su dolor.

Justo cuando había conseguido transformar la pena en indignación por permitir que Josh la hundiera hasta ese extremo, sonó el teléfono. No se sentía en condiciones de contestar, pero si se trataba de su padre podía aprovechar la oportunidad para avisarle de que ese fin de semana no iría a visitarlo a Croom Babbington.

Para su asombro, no era su padre, sino Josh Salsbury.

—Soy yo… —balbuceó.

Aquella vacilación era extraña en él; al parecer, no sabía qué decir. Para evitar que Erin notara su incomodidad, se apresuró a continuar y le informó:

—Estoy en Nueva York.

Erin se quedó tan sorprendida que fue incapaz de contestar en el momento. Pero su orgullo volvió a resurgir y se enfureció al pensar que la había llamado para volver a insultarla.

—Te veré cuando regrese… —alcanzó a decir Josh.

Pero ella no lo dejó seguir.

—No. ¡Si te veo antes que tú a mí, te aseguro que no me verás! —gritó ella.

Acto seguido, colgó el teléfono.

A Erin se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se resistía a llorar. Se preguntó cómo era posible que se hubiera atrevido a llamarla. El hecho de que la hubiera llamado a casa significaba que no era por un asunto de trabajo, y si se trataba de algo personal, seguramente pretendía insistir en la idea de que tanto ella como su madre eran poco menos que unas aprovechadas.

Se fue a la cama angustiada, se levantó molesta y fue al trabajo decidida a no seguir permitiendo que Josh Salsbury le arruinara la vida. Así que, cuando Stephen Dobbs entró en su despacho y la invitó a salir esa tarde, sonrió de oreja a oreja y aceptó.

Aquella noche durmió muy mal; estaba alterada desde por la tarde, cuando había tomado el periódico para echar una ojeada a las ofertas de empleo y había visto una fotografía de Joshua Salsbury vestido con un traje muy elegante y escoltado por una belleza neoyorquina.

Lo había odiado y había odiado a la mujer que estaba con él, hasta el punto de que recortó la fotografía y la dejó sobre su mesita de noche, diciéndose que por la mañana compraría dardos para practicar tiro al blanco con ella.

A la tarde siguiente, Erin mantuvo una complicada conversación telefónica con su padre. Él podía aceptar que no fuera a verlo durante el fin de semana, pero le parecía absolutamente inaceptable que su ausencia se debiera a la intención de pasar esos días en casa de su madre. Erin sabía que a Nina le importaba un rábano lo que le contaba a su padre, pero viendo la manera en que había reaccionado, creyó que sería mejor no mencionarle que Richard, el amigo de su madre, iba a pasar a recogerla.

A eso de las nueve de la noche, sonó el teléfono. Como nadie solía llamar a esas horas, Erin se puso nerviosa. Pero a pesar de ello, y de que imaginaba que era Josh, sacó fuerzas de flaqueza y levantó el auricular.

—¿Sí?

—¿Erin?

—Sí, soy yo.

No era Josh. Ella suspiró aliviada.

—Soy Greg Williams.

Erin se sorprendió al saberlo. Greg Williams era la última

persona con la que necesitaba hablar en aquel momento.

—Hola, Greg. ¿Cómo estás?

—Ahora que te he encontrado, mejor. ¿Cómo estás tú? Por lo visto, te caíste redonda cuando te golpeaste con aquella columna...

—Estoy bien, gracias.

Erin tenía la esperanza de que sólo hubiera llamado para interesarse por su salud, porque en tal caso, la conversación sería breve. Pero sus ilusiones se esfumaron enseguida.

—Me ha costado conseguir tú número —comentó él.

Por cortesía, Erin esperó antes de preguntar para qué quería su número de teléfono y él aprovechó para continuar.

—Nuestros planes del otro sábado quedaron en nada, ¿verdad? Pero me gustaría volver a verte.

Erin se exasperó al recordar que los planes de Greg para aquel sábado no coincidían con los suyos y que Josh Salsbury, más experimentado en esas lides, se había dado cuenta antes que ella de qué era lo que Greg tenía en mente. De repente, Erin cayó en la cuenta de que tal vez había sido su comportamiento con Greg, precisamente, lo que había convencido a Josh de que era una cualquiera.

—Lo siento, Greg —dijo de forma brusca—, perdí el conocimiento antes de poder decirte que nunca tuve intención de ser otra cosa que una amiga. O en otras palabras, que no tengo el menor interés de acostarme contigo.

A la dura declaración de Erin, le siguió un largo silencio. Sin embargo, la respuesta de Greg hizo que recobrara parte de la simpatía que había sentido hacia él. Tras un suspiro de resignación, el hombre comentó:

—A veces se gana, a veces se pierde.

Al oír que ella reía, se atrevió a seguir adelante.

—De cuando en cuando voy a Londres, así que podría llamarte un fin de semana. ¿te parece bien? Podríamos ir al zoológico o algo así...

La propuesta le hizo soltar una nueva carcajada. Le costaba imaginarlo perdiendo el tiempo en el zoológico, pero la había puesto de buen humor y se lo agradecía.

—En ese caso, llámame cuando vengas —dijo.

Con todo, Erin sabía que como solía pasar los fines de semana

fuera de Londres, difícilmente estaría en la ciudad si llegaba a llamarla.

En cuanto terminó la conversación telefónica, Erin volvió a pensar en Josh; pero esa vez descubrió que ya no lo odiaba tanto como antes.

El sábado, cuando Richard Percival fue a buscarla para llevarla a casa de su madre en Berkshire, Erin lo estaba esperando con el bolso de viaje preparado. Era un hombre atractivo, unos cuantos años mayor que Joshua Salsbury, y a Erin le cayó bien en cuanto lo vio.

—Nina me ha dicho que trabajas para la empresa de los Salsbury —comentó Richard cuando arrancó el vehículo.

Ella comprendió que no iba a ser fácil quitarse a Josh de la cabeza.

—¿Conoces la empresa? —preguntó con amabilidad.

—Sólo por su reputación que, como sabrás, es de primer nivel.

Era agradable saber que la empresa de Joshua tenía tan buena fama, pero eso no la ayudaba a olvidarlo.

—¿Y tú en que trabajas? —preguntó, desesperada por alejar al apellido Salsbury de su conversación.

Erin ya había tenido una excelente impresión inicial de Richard, pero en las siguientes veinticuatro horas se convenció de que era una persona adorable. No sólo hablaba con el corazón sino que, además, notó la manera en que miraba a Nina y no dudaba de lo profundamente enamorado que estaba de ella.

Como tampoco dudaba de lo mucho que le preocupaba a Nina quedarse a solas con él, algo que a Erin la incomodaba. Aunque su madre se comportó correctamente y trató a Richard como al mejor de sus invitados, cada vez que Erin salía de la habitación por algún motivo, Nina encontraba una excusa para marcharse también.

—En algún momento tendrás que mantener una conversación en privado con Richard —afirmó Erin, al ver que su madre se levantaba a ayudarla a llevar las tazas a la cocina.

—Mantente cerca —dijo Nina, cortante.

Justo en aquel momento, Richard se unió a ellas.

—¿A alguien le apetece dar un paseo? —preguntó.

Aunque a Erin le encantaba la idea de salir a estirar las piernas, era consciente de que la invitación iba dirigida a su madre y la

habría rechazado de buena gana. Pero su madre la miró con desesperación.

—Es una idea maravillosa —comentó Erin finalmente.

Erin sabía que Richard no era tonto y que comprendía perfectamente lo que pasaba; aun así, estaba segura de que ella era la que se sentía más avergonzada de los tres. Sobre todo, sabiendo que había propuesto ir a dar un paseo sólo para pasar un momento a solas con la mujer que le robaba el corazón y que, incluso así, Nina se negó a acompañarlos.

—No tenemos por qué ir muy lejos —señaló Erin, algo incómoda.

—Oh, vamos, será bueno para los dos —replicó él, alegremente —. He pasado demasiadas horas sentado esta semana.

Pero el tono alegre desapareció cuando cinco minutos después, Richard preguntó:

—¿Nina te ha comentado que le he pedido que se case conmigo?

Erin no sabía qué decir. Se suponía que una propuesta matrimonial era algo privado, entre dos personas; especialmente si, como imaginaba, el pretendiente había sido rechazado.

—Bueno, yo... —balbuceó.

—Lo siento. No he debido preguntártelo de ese modo —se disculpó él, dando la enésima muestra de sensibilidad—. Cambio la pregunta: ¿Cómo te sentirías si tuviera la suerte de convertirme en tu padrastro? No te disgustaría, ¿verdad?

Ciertamente, a ella no le habría disgustado la idea, porque Richard era un hombre encantador, una buena persona y, tras haber visto cómo observaba a su madre, tenía la impresión de que se llevarían muy bien. Sin embargo, esperaba que él comprendiera que, aunque no le disgustara la idea, no iba a alentar su petición de matrimonio sólo porque ellos se llevaran bien.

—Lo único que quiero es que mi madre sea feliz —contestó.

—¿Y crees que es feliz conmigo?

Sabía que Nina era feliz con él. No obstante, también sabía que a su madre le aterraba meterse en un tercer matrimonio del cual quizá querría escapar al poco tiempo. Pero no quería lastimar a Richard, así que trató de encontrar una respuesta agradable.

—Nina dice que le haces reír —afirmó.

—Bueno, eso es alentador —comentó él, sonriendo con

complicidad—. Te prometo que no volveré a mencionar el tema.

A la mañana siguiente, Erin se quedó en su dormitorio, aunque sabía que Richard estaba en pie desde temprano. Salió de la cama, se duchó, se vistió y, cuando cerca de las siete bajó las escaleras, se encontró con su madre, también acostumbrada a madrugar.

—Supongo que tengo que ir a ese acto con los Ashmore —dijo Nina, a modo de saludo.

Acto seguido, fue al grano y preguntó lo que quería saber.

—¿De qué hablaste con Richard en vuestro paseo de ayer?

—Si querías saberlo, deberías haber venido con nosotros —contestó Erin.

—¿Me estás desafiando?

—¿Me estás reprendiendo?

Ambas rieron a carcajadas y Erin le contó lo que había charlado con Richard, aunque no sin sentir cierta deslealtad de su parte hacia aquel hombre tierno y gentil.

—Hablamos de propuestas matrimoniales. Una en particular.

—¿Sigue teniendo ganas de casarse conmigo? —interrogó Nina.

—Sabes que sí.

—¡Vaya por Dios!

Erin temió lo peor, porque su madre no parecía muy feliz con el tema.

—Será mejor que me vaya —declaró Nina—. Jamás he podido soportar estas situaciones.

Un segundo después, volvió a ser la mujer efusiva de siempre.

—Con suerte todos habrán salido del agua y estarán vestidos —agregó—. Les he visto las piernas llenas de varices y, créeme, no es una visión agradable.

Nina soltó una carcajada y se marchó a ver a sus amigos, los Ashmore.

Erin no pudo evitar volver a pensar en el hombre al que había odiado el martes y al que esperaba seguir odiando ese día.

—Te veré cuando regrese —había dicho él.

A Erin se le aceleró el corazón de sólo pensarlo. Pero se le apaciguó al recordar la furia con la que había respondido:

—No. Si te veo primero, no me verás.

Dudaba si volvería a verlo después de eso. A pesar de lo cual, no dejaba de preguntarse por qué la había llamado desde Estados

Unidos para decirle que se verían a su regreso. Por lo que sabía de él, le habría parecido más lógico que, si le apetecía verla, sencillamente llamara a su puerta. Aunque, a la vez, seguía sin comprender por qué quería volver a verla y temía que sólo fuera para repetir el maltrato de su última visita. Si se trataba de eso, Erin no estaba dispuesta a tolerarlo. Y si él no tenía intención de presentarse en su piso, pero esperaba verla en su lugar de trabajo, era mejor que no regresara de Nueva York durante las próximas tres semanas.

Como Nina y Richard iban a comer en casa de los Ashmore, Erin se preparó algo para almorzar y siguió pensando en Joshua Salsbury y su llamada telefónica desde Nueva York. Imaginaba que él se pasaba la vida haciendo llamadas internacionales, por lo que no veía ninguna relevancia en el hecho de que se hubiera molestado en llamarla desde tan lejos. Sin embargo, no dejaba de preguntarse por qué lo había hecho y si estaba intentando insultarla otra vez.

Poco después de las tres, más temprano de lo que Erin esperaba, Nina aparcó junto a la entrada principal, seguida de cerca por el coche de Richard. La mujer no se detuvo a esperarlo y entró a la casa directamente.

—¿Qué tal el día de natación? —preguntó Erin a Richard cuando lo vio entrar.

—¡Genial! —declaró él con una sonrisa—. Modestamente, estás ante un auténtico campeón.

Erin lo felicitó y sonrió alegremente. Sin embargo, no pudo evitar sentir la tensión que había en el aire; en particular cuando Richard rechazó el té que Nina le ofreció.

Aunque su madre y él eran demasiado educados como para comportarse de un modo inadecuado delante de los demás, Erin sintió que era un buen momento para marcharse.

—Cuando quieras regresar a Londres, me avisas —le dijo a Richard.

—Tengo un trabajo importante esperándome. Si estás lista, podríamos irnos ahora mismo.

A la media hora ya estaban en la carretera. Durante el viaje, Richard la hizo reír con su entretenido relato de la mañana en la piscina. Pero a medida que se iban acercando a Londres, cada vez podía sostener menos la pretensión de que todo estaba bien.

Como casi todos los domingos, los vecinos de Erin tenían visitas y el tránsito por los patios era complicado. Al ver la situación, Richard dio marcha atrás y aparcó el coche cerca de la entrada.

Ella habría recogido su bolso y se habría despedido allí mismo, pero él insistió en llevarle el equipaje hasta la puerta.

—¿Te gustaría tomar un té?

Erin se sentía en la obligación de retribuirle de alguna manera la generosidad de llevarla a casa. Además, Richard le caía muy bien.

Él negó con la cabeza y dejó el bolso junto a la puerta.

—Me tengo que ir —contestó y sonrió con ternura—. Habría estado muy orgulloso de ser tu padrastro.

El hombre hablaba con calma, pero tenía los ojos llenos de dolor.

—Oh, Richard —dijo ella, apenada—. ¿Mi madre te ha...?

—La dama ha dicho que no.

—Lo siento tanto...

—Dudo que nuestros caminos vuelvan a cruzarse —comentó él.

Entonces, Richard avanzó hacia ella y la abrazó.

—Adiós, Richard.

Erin era consciente de que nada de lo que pudiera decir serviría para aliviar su dolor, así que se limitó a abrazarlo a su vez y besarlo en una mejilla.

—Adiós —se despidió él.

Mientras lo veía alejarse, Erin se entristeció.

—Pobre Richard —murmuró.

La apenaba saber que, después de todo, había tenido que soportar que Nina se saliera con la suya. También sentía pena por su madre porque suponía que, siguiendo con su costumbre y sin importarle lo que sintiera por él, se negaría a volver a verlo. Richard lo sabía y por eso se había despedido diciéndole que dudaba que sus caminos volvieran a cruzarse.

Erin se volvió hacia la puerta, introdujo la llave en la cerradura y la giró. Pero en cuanto abrió la puerta se sobresaltó al ver que una mano masculina que había aparecido de la nada levantaba su bolso y lo arrojaba dentro. Cuando el hombre se enderezó y la miró con cara de pocos amigos, ella se quedó observándolo estupefacta. Era Josh.

Antes de que Erin consiguiera recobrar el aliento, él la interrogó:

—¿Quién era ese tipo?

—¡El trotamundos ha regresado! —exclamó ella, con ironía.

No podía evitar pensar en la última vez que lo había visto y tampoco se sentía con ganas de ser amable. No iba a ceder a la tentación de alegrarse de verlo, su orgullo se lo prohibía.

—¿Quién? —preguntó Josh.

Ella hizo caso omiso a la pregunta y le lanzó una mirada amenazadora.

—Si has viajado especialmente para despedirme, temo que no podrás hacerlo —se jactó—. Ya he presentado mi renuncia y me marcharé dentro de tres semanas.

Josh no parecía impresionado.

—¡Esto no tiene nada que ver con los negocios! —protestó.

Acto seguido, Erin cruzó el umbral del apartamento. Josh la siguió y, deliberadamente, cerró de un portazo. Lleno de furia, insistió:

—¿Quién era ese tipo?

Después del impacto que le había causado la inesperada visita de Josh, Erin casi había olvidado que alguien llamado Richard la había llevado a su casa desde Berkshire.

—¿Quién? —replicó, molesta.

—¡No juegues conmigo! —gritó Josh.

Se preguntó quién se creía que era para tratarla así pero, en cuanto lo miró a los ojos, se le aceleró el corazón. Josh estaba cerca, demasiado cerca. Estaban al pie de la escalera y era un sitio demasiado pequeño para dos personas furiosas.

Erin necesitaba más espacio, así que se volvió y comenzó a subir las escaleras.

—Sabes dónde está la salida —dijo con tono arrogante y sin mirar atrás.

Si creía que eso le bastaría para librarse de él, estaba equivocada. Josh la siguió hasta el final de la escalera, la tomó de los hombros y la obligó a mirarlo a la cara.

—¡No me des la espalda! —ordenó, enfadado.

En aquel momento, Erin supo que estaba en problemas; pero estaba demasiado alterada para disculparse y responder a todo lo que él quería saber.

—¿Me equivoco o ya hemos pasado por esto antes?

La expresión amenazadora en los ojos de Joshua la hizo temblar, pero no lo suficiente como para que cerrara la boca.

—¿Esta no es la parte en la que me alzas en brazos y me llevas a la cama? —agregó.

Como si le quemara, Josh se apartó de ella y fue hacia el salón. Erin sabía, o suponía, que era su oportunidad para volver a bajar las escaleras y escapar del piso. Pero amaba a ese hombre malhumorado, y adoraba y necesitaba estar con él, más allá de las consecuencias que eso pudiera generarle, así que hizo exactamente lo que su cabeza le decía que no hiciera: seguir a Josh.

Entró en el salón sin hacer el menor ruido; no obstante, y aunque estaba de espaldas, Josh sintió su presencia y se volvió para mirarla. No dijo nada, sólo se limitó a contemplarla con detenimiento.

Después de unos segundos, Josh respiró hondo y mirándola a los ojos, insistió:

—¿Quién era ese tipo, Erin?

—No importa quién era. No volveré a verlo.

Él interpretó erróneamente el comentario.

—¡Qué forma tan tierna de despedirse! —dijo con soma.

—¿Qué? —preguntó ella, desconcertada.

—¿Has pasado todo el fin de semana con él?

Josh hablaba con una tranquilidad inusual en él y Erin supo que era la típica calma que precedía a las tempestades.

Podría haberle dicho que Richard y ella habían pasado el fin de semana con su madre y que Richard había sido el amante de Nina. Pero recordó lo sucedido con el padre de Josh y creyó que era mejor no decirle ni dónde había estado ni que su madre había rechazado a otro hombre. Más allá de su padre, Josh tenía una mala opinión de Nina y Erin no quería que tuviera una peor.

—¿Y bien? —reclamó él, inquieto.

—Sí —mintió.

Al oír la afirmación de Erin, Josh tensó la mandíbula.

—He estado con él desde que vino a buscarme ayer —añadió, con la barbilla temblorosa.

—¡Así que finalmente lo has hecho! —exclamó él, pasando del tono tranquilo a la estridencia total.

Ella comprendió perfectamente a qué se refería.

—¡Sabía que me considerabas una especie de mujerzuela —protestó Erin, con la cara roja como un tomate—, pero eso no te da derecho a preguntar si lo he hecho o no!

Y ansiosa por cambiar de tema, repitió:

—No lo voy a volver a ver.

—O lo has hecho y la experiencia no te ha interesado demasiado, o no lo has hecho y él se ha enfadado porque has arruinado sus planes para el fin de semana. ¿Qué ha pasado?

Erin estaba furiosa con él. Le indignaba que creyera que podía invadirla de esa forma y pretender que le diera detalles de su vida íntima.

—No es asunto tuyo...

—¿Te has acostado con él? —la interrumpió Josh.

—Sinceramente, ¡estoy harta de ti!

—¡Lo has hecho!

—¿Y a ti qué te importa? —gritó Erin, odiando a Joshua Salsbury una vez más.

—¡Me importa un cuerno! —gruñó él.

Acto seguido, se acercó y la miró a los ojos con rabia y desesperación.

—¿Por qué habría de importarme? —continuó—. ¿Si sólo soy el idiota que se negó a hacerte el amor cuando te metiste en su cama?

Erin lo golpeó. No quería hacerlo, pero perdió los estribos; la rabia la cegó y, sin pensarlo, levantó la mano derecha y le pegó un puñetazo. La cabeza de Joshua se ladeó hacia un costado y ella se sintió horrorizada y avergonzada al mismo tiempo. La violencia no formaba parte de su naturaleza, o al menos eso creía. Desde que se había enamorado, sentía que su vida estaba patas para arriba y ya no estaba segura de conocerse.

—¡Perdón! —se disculpó, con voz entrecortada—. No quería golpearte. Es que...

Erin se interrumpió y se volvió para no mirarlo. No podía soportar ver la expresión de furia en el rostro de Josh.

Permaneció inmóvil, esperando que él le devolviera la agresión y sin saber adónde ir. Pero para su sorpresa, Josh no reaccionó bruscamente como ella suponía, sino que, por el contrario, la tomó de los brazos con suavidad y ternura.

—Estás temblando —dijo él.

—Solía ser una persona sensata y racional antes de conocerte —declaró ella, casi sin pensar.

Al darse cuenta de que con lo que acababa de decir estaba revelando sus sentimientos, intentó plantear las cosas desde otro ángulo.

—Vienes aquí —continuó, mientras se volvía—, y sacas conclusiones sobre mi amistad con Richard...

—¿Richard era ese hombre?

Ella asintió en silencio aunque sin levantar demasiado la cabeza porque temía que Josh viera en sus ojos lo frágil que se sentía en ese momento.

—Si sólo sois amigos, puedo suponer que no sois amantes, ¿no es así?

Cuando Josh actuaba de un modo tan dulce y amable, Erin comprendía qué la había enamorado en él. Sentía que podía abrirle el corazón y revelarle todos sus secretos.

—Perdóname por haberte golpeado, juro que no quise lastimarte —se disculpó de nuevo.

—¿Y ese Richard y tú no habéis sido amantes? —insistió él, levantándole la barbilla con una mano para que lo mirara a los ojos.

Pero ella sólo se atrevió a mirarlo cuando sintió que había recuperado el control sobre sí misma.

—No, claro que no —aseguró.

Josh sonrió.

—¿Y Stephen? —preguntó—. ¿Tampoco te has acostado con él?

—No, pero sigo viéndolo —contestó, con sinceridad—. Perdóname por lo que he hecho... Si te sirve de consuelo, creo que me he roto la mano.

Josh gruñó.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo, antes de besarle la palma de la mano.

Se miraron en silencio durante un largo rato. Después, Josh la tomó lentamente entre sus brazos, dándole todo el tiempo del mundo para que se apartase si quería. Pero Erin no opuso ninguna resistencia; sentía que habían pasado siglos desde la última vez que lo había visto y quería que la abrazara. Además, hizo lo que siempre había querido hacer: recostar la cabeza sobre el pecho de Josh.

Él parecía estar feliz de poder sostenerla tiernamente. Cuando le acarició la cabeza, Erin pensó que podría pasarse la vida así. Pero el viejo temor de que Josh se diera cuenta de lo profundos que eran sus sentimientos hacia él comenzó a agitarse en su interior y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se apartó de él.

Josh dejó de acariciarle la cabeza y eso le bastó para saber no sólo que era libre, sino que él no iba a retenerla contra su voluntad. Erin sentía que, otra vez, estaba perdidamente enamorada de él.

Quería encontrar una buena excusa para su reacción y no se le ocurría nada sensato.

—Será mejor que llame a mi padre —dijo finalmente—. Le dije que lo llamaría en cuanto regresara.

Él la miró con una mueca graciosa.

—¿Y quieres llamarlo justo ahora?

Definitivamente, ella no quería y temía que sus ojos revelaran ese sentimiento. Al parecer, sus temores eran fundados porque, con la misma dulzura de antes, Josh comenzó a atraerla hacia él. Esta vez, Erin no recostó la cabeza sobre su pecho, sino que se dejó llevar y esperó a que la besara.

—Oh —suspiró ella cuando dejaron de besarse.

Joshua soltó una carcajada.

—¿Eso significa que quieres más? ¿O significa que ya es bastante?

Erin rió con él. Era absolutamente ridículo.

—Me apetece uno más, pero sólo para reparar el daño que te he hecho al golpearte.

—Me lo merecía —sonrió con picardía—. Aunque, sin duda, un beso ayudaría a aliviar el dolor.

—¿Aún te duele? —preguntó ella, alarmada.

—No, en absoluto.

Antes de que Erin pudiera averiguar si decía la verdad, Josh inclinó la cabeza y volvió a besarla.

Compartieron mucho más que un beso reparador y los besos de Joshua sirvieron para perdonarlo por aquellos otros besos robados la última vez que habían estado juntos.

A ella le latía el corazón con fuerza y no sabía ni le importaba adónde los estaban llevando sus besos; sencillamente, se entregó al placer de las caricias y los besos en el cuello. Él le desabrochó la

camisa y deslizó la boca entreabierta por la piel desnuda y trémula de Erin, apartando la camisa y el sostén mientras saboreaba la dulzura de aquellos hombros delicados y elegantes.

Erin estaba maravillada y no dejaba de repetir mentalmente el nombre de su amante. El roce de sus dedos, sus labios, su lengua, era algo mágico. Lo rodeó con los brazos y se besaron de nuevo, un beso que insinuaba que pronto llegarían a un punto sin retorno. A Erin no le preocupaba, ardía en deseos por Josh y quería hacerle el amor desesperadamente. Presionó los senos semidesnudos contra él y, cuando sintió que la tomaba de las caderas y la atraía hacia su cuerpo, se estremeció complacida.

—Josh, yo —balbuceó.

—¿Asustada? —preguntó él, mirándola a los ojos con seriedad.

—Asustada, no. Más bien, nerviosa.

Josh sonrió.

—Bueno, esto se parece mucho a una aventura y es lógico que estés nerviosa.

Erin respiró hondo y afirmó:

—Creo que estoy preparada.

Él la besó con ternura.

—Tienes que estar segura de que estás lista, preciosa; no es suficiente que creas que lo estás.

Aunque sabía que Josh tenía razón, ella estaba demasiado enamorada como para poder pensar lógicamente.

—Es un paso muy importante —insistió él con dulzura.

Erin lo sabía, pero él era el primer y único hombre en su vida y quería hacerle el amor para recordarlo cuando se marchara. No obstante, por un momento vaciló. Le preocupaba la posibilidad de estar siendo demasiado atrevida.

—¿Soy demasiado ansiosa?

Joshua sonrió.

—No, mi amor —la tranquilizó—. Has esperado demasiado tiempo por esto y uno de nosotros tiene que estar seguro de que ha llegado el momento de hacerlo.

—¿Tú no estás seguro?

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras, Erin se dio cuenta de que parecía que le estaba pidiendo algún tipo de compromiso a Josh. Sin pensarlo más, se apartó y retrocedió dos o

tres pasos. Se sonrojó al ver el desaliño de su ropa y se apresuró a abotonarse la camisa.

—Es mejor que te vayas —masculló.

Josh respetó la necesidad de espacio de Erin y se quedó donde estaba.

—¿Son los nervios los que hablan? —preguntó.

—¿Cómo podría saberlo? —contestó ella, con cierto enfado—. Nunca había llegado tan lejos con un hombre, pero tú...

A Erin se le hizo un nudo en la garganta y no pudo seguir hablando.

—Oh, Erin —dijo Josh, suavemente—. Ven aquí, conmigo.

Ella lo miró sin saber qué hacer. No quería que supiera que estaba enamorada de él, pero se moría por regresar a sus brazos.

—¿Me lo estás pidiendo? —preguntó, con cautela.

Josh no vaciló ni un segundo.

—Te lo estoy pidiendo —replicó, sonriendo de oreja a oreja.

—En ese caso...

Erin regresó a él y se besaron de nuevo. Había perdido el control de sus emociones y lo deseaba con todas sus fuerzas.

Josh la llevó al sofá; sus cuerpos estaban entrelazados en un abrazo cuando de repente sonó el teléfono. Los dos trataron de no prestarle atención, pero no dejaba de sonar insistentemente. Josh se apartó un poco y, mientras se sentaban, gruñó:

—Esto es imposible.

Erin no podía estar más de acuerdo con él.

—Debe de ser mi padre —manifestó—. Es capaz de insistir una y otra vez. Será mejor que lo atienda porque si no...

—¿Si no, qué?

—Si no, me va a preguntar por qué he tardado tanto en contestar y... —explicó ella, ruborizada.

Josh sonrió con picardía y Erin, con las emociones a flor de piel, se acomodó la ropa y corrió al teléfono. No era su padre quien llamaba, sino Greg Williams.

—Ah, hola, Greg —dijo ella, con una mueca de desilusión—. ¿Que tal estás?

Erin vio que a Josh se le desdibujó la sonrisa y que, con los labios temblorosos, se levantó del sofá y fue hasta la ventana para mirar al exterior.

—¡Por fin te encuentro! —replicó el hombre al teléfono—. He estado llamando a tu casa desde ayer por la tarde.

—Lo siento, Greg.

Erin estaba mucho más atenta a Josh que al hombre con el que estaba hablando. Justamente, porque no estaba pensando en lo que decía, después de haberse cuidado de no hacer ninguna referencia a su madre en presencia de Salsbury, cometió el error de explicarle a Greg por qué no había podido encontrarla antes.

—He pasado la noche en casa de mi madre —dijo.

Al darse cuenta de su imprudencia, Erin se apresuró a mirar a Josh y, al ver la rigidez de su espalda, supo que podía olvidarse de compartir más besos con él. Él se dio vuelta y por la expresión de sus ojos se notaba que estaba pensando en su padre y en lo que Nina le había hecho. Erin apartó la vista. Sin duda, a Josh no le alegraba saber que su aventura con la hija de Nina Woodward era, en cierta forma, una deslealtad a su padre.

Erin trató de concentrarse en lo que Greg estaba diciendo, algo acerca de que podía ingeniárselas para tomarse un día libre a la semana siguiente e ir a Londres para verla. No le apetecía ver a Greg Williams de nuevo, pero de repente pensó que Josh podía interpretar el hecho de que estuviera dispuesta a perder su virginidad con él como una señal indiscutible de que le importaba más que el resto de los hombres. Y decidió aprovechar la ocasión para remarcar su independencia.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? ¿Quedamos el jueves? —insistió Greg.

—Me encantaría verte —aseguró ella.

Josh la miró con el rostro desencajado. Erin no le dio importancia y continuó:

—Intentaré salir antes del trabajo. Déjame tu número de teléfono y te llamaré para ver dónde quedamos.

—¡Magnífico! —exclamó él.

Entusiasmado, Greg le dio su número. Habría seguido charlando un rato más pero Erin, tratando de no demostrar ninguna afectación por la mala cara de Josh, le dijo que tenía compañía y que no era el mejor momento para hablar.

—Estaré esperando tu llamada —se despidió Greg, y cortó la comunicación.

Cuando Erin colgó el auricular, le dolía el corazón. La expresión gélida en el rostro de Josh le decía que no irían a ninguna parte. Imaginó que, a pesar de los momentos de pasión, siempre había tenido razón al pensar que entre ellos no había futuro.

—¿Imposible, dije? —preguntó Josh, sarcástico—. Tendría que haber dicho: total y absolutamente imposible. No deberías haber interrumpido tu llamada por mí. ¡Me voy de aquí!

Erin podía tener el corazón partido en mil pedazos, pero su orgullo seguía intacto y dijo, con voz dulce:

—Te acompaño a la salida.

Sin embargo, Josh le negó el placer de cerrarle la puerta en la cara. La miró con rabia, cruzó el salón y salió, dando un portazo violento y definitivo.

Capítulo 7

Erin creyó que podría olvidar a Josh; sin embargo, no lograba quitárselo de la cabeza. Trataba de pensar en otras cosas, en otros hombres, pero apenas lo conseguía durante unos segundos e inevitablemente sus pensamientos siempre volvían a él.

En un último y desesperado intento por expulsarlo de su mente, decidió llamar a su padre, tal y como le había prometido. Pronto descubrió que Josh Salsbury la inquietaba tanto que ni siquiera estaba en condiciones de hablar con nadie.

Media hora después, él la llamó.

—¿Hace mucho que has regresado? —la interrogó.

—No tanto. Estaba a punto de llamarte.

—¿Lo has pasado bien con tu madre?

Erin era muy sensible a los sentimientos de su padre, pero sintió que debía ser sincera con él.

—Hemos pasado un fin de semana muy agradable —dijo.

—¿Y con quién está saliendo ahora?

La conversación acababa de entrar en una zona complicada. Erin se preguntaba si todas las parejas divorciadas se insultaban cuando uno de los dos seguía sintiendo algo por el otro.

—Mamá no está viendo a nadie en este momento —replicó, feliz de poder ser sincera con él.

—¡Qué milagro! —exclamó él, sarcástico.

Erin trató de cambiar de tema.

—¿Qué tal tu fin de semana, papá?

El hombre vaciló unos segundos y ella se sintió intrigada. Y mucho más cuando oyó sus siguientes palabras.

—Bueno, la mujer que el mes pasado se mudó a la antigua casa de Raven nos invitó anoche a varios vecinos a tomar algo.

Erin no podía creer que hubiera aceptado. Desde que tenía uso de razón, su padre siempre había huido de esas invitaciones.

—¿Y fuiste?

—Pensé que debía ir —contestó él.

Ella decidió que era hora de utilizar sus privilegios de hija indiscreta.

—¿Y qué te ha parecido su esposo? —preguntó, con tono casual.

—Brenda es viuda.

Erin estaba sorprendida; su padre acababa de referirse a su nueva vecina por el nombre de pila, algo que no solía hacer con el resto de las demás mujeres del pueblo.

—De hecho —continuó Leslie Tunnicliffe—, se me ha ocurrido que, dado que es nueva en la zona, estaría bien invitarla a cenar un sábado en casa, ¿no te parece?

Aquella situación era tan insólita que hasta había servido para que Erin dejara de pensar en Josh durante un rato.

—Iré a casa el viernes —replicó, antes de que su padre pudiera arrepentirse—. ¿Te parece bien invitarla este sábado o es muy pronto?

—Lo pensaré —dijo él.

No obstante, ella conocía bien a su padre y sabía que estaba sonriendo.

Aunque la llamada le había dado algo más en que pensar, en cuanto terminó de hablar con su padre volvió a pensar en Josh. La había llamado preciosa y mi amor, y ella quería tenerlo de nuevo entre sus brazos, pero el portazo que había dado al marcharse era una prueba clara de que no volvería a llamarla.

Erin se evadió de la espantosa realidad recordando con ilusión los momentos de pasión compartidos. Pensó en aquellos besos maravillosos, en la ternura y la dulzura de Josh y anheló poder volver el tiempo atrás. Se estremeció al recordar que la llamada de Greg Williams lo había cambiado todo. Ella había mencionado a su madre y eso había bastado para que, en un segundo, él se transformara en alguien frío y distante. Josh había dicho que lo suyo era imposible y estaba en lo cierto.

A las nueve de la noche, lo único que Erin quería era meterse en la cama, cubrirse con las mantas hasta la cabeza y dormir hasta la mañana siguiente. Sin embargo, aunque la lógica le decía que

necesitaba descansar, apenas pudo conciliar el sueño. Cuando se levantó el lunes al amanecer, se había pasado casi toda la noche recordando cada palabra, mirada y gesto compartido con Josh Salsbury desde el momento en que se conocieron, aquella mañana en que se unió a ella y a Charlotte para tomar un café.

Erin se duchó y se vistió pensando en Josh. Al final, se resignó y abandonó la lucha por quitárselo de la cabeza para intentar apaciguar la rabia y el dolor incesantes. Se preguntaba qué lo había hecho creer que tenía derecho a meterse en su casa sin que lo invitara. Suponía que tal vez había pensado que, después del episodio previo, pasaría mucho tiempo antes de que volviera a invitarlo. Con todo, Erin no entendía a qué había ido Josh el día anterior. Le inquietaba saber si había llegado al mismo tiempo que ella y Richard o si llevaba un buen rato esperándola. Pronto comprendió que la idea de que la hubiera estado esperando era una locura, porque entre ellos no había una relación amorosa ni nada que mereciera un gesto semejante.

Pero mientras aceptaba que sólo los unía un vínculo laboral, recordó su semidesnudez del día anterior y se estremeció. Habían pasado muchas cosas entre ellos. Había dormido con él y, si bien sólo lo había hecho en el sentido literal del término y no por propia voluntad, lo cierto era que entre ellos había una relación que excedía notablemente el simple vínculo laboral.

Al mismo tiempo, sabía que eso no bastaba para que él considerara que podía presentarse en su casa cada vez que quisiera y estaba decidida a dejárselo en claro la próxima vez que se vieran.

En aquel momento, a Erin se le hizo un nudo en la garganta. Recordó la frialdad en las palabras de despedida de Josh, el modo en que la había mirado antes de marcharse y el horrible portazo con el que había sellado su última visita, y supo que, probablemente, no volvería a verlo nunca más.

Se sentía derrotada y, como todavía era temprano y no necesitaba correr a la oficina, se sentó en el sofá. Permaneció en silencio y con la mirada perdida en el horizonte. Nunca se había sentido tan infeliz y comprendió que tendría que modificar su actitud respecto al amor y la vida, porque no podía seguir así.

Justo entonces sonó el teléfono. Erin pegó un salto y, aunque sabía que era una locura, no pudo evitar que se le acelerara el

corazón al pensar que podía tratarse de Josh.

Su sospecha era incorrecta. No era él, sino Nina.

—¡Buenos días, querida! —dijo Nina efusivamente—. Supuse que te encontraría levantada y quería saber si hoy podías comer conmigo.

—Por supuesto, mamá —contestó Erin, con idéntico tono—. ¿Te parece que quedemos en el mismo sitio?

—Si a ti te gusta, por mí está bien —afirmó Nina.

Tras despedirse de su madre, Erin analizó la situación y decidió que no volvería a pedirle más tiempo a Ivan para comer. Sería mejor que lo llamara y pusiera fin, definitivamente, a lo último que la mantenía ligada a Joshua Salsbury.

Debía apartar definitivamente a Josh de su vida. Suponía que a él no le importaría demasiado y que ni siquiera notaría que ya no trabajaba allí; en cambio, Erin sabía que mientras siguiera en la empresa, ella estaría pendiente de todos y cada uno de los movimientos de Josh.

Poco después de las nueve, levantó el auricular del teléfono y marcó. No temía vacilar en su decisión, pero estaba nerviosa.

—¡Erin, no puedes marcharte así! —protestó Ivan Kelly cuando ella argumentó problemas personales para su renuncia intempestiva —. Es posible que la gente del departamento de recursos humanos te pueda ayudar. Son muy buenos y, sobre todo, muy discretos...

Erin se sentía peor que antes y se apresuró a interrumpirlo.

—No, pero gracias de todos modos. Ha sido un auténtico placer trabajar contigo, Ivan. Es que...

Ivan había vivido lo suficiente como para entender que ciertos asuntos no podían ser resueltos con la ayuda de los demás y se limitó a pedirle a Erin que le prometiera que lo llamaría cuando hubiera resuelto sus problemas, asegurándole que le gustaría volver a contratarla.

Erin terminó la conversación telefónica feliz por lo que había hecho, pero tan angustiada como antes. Ivan había sido muy atento con ella al no insistir y eso la apenaba y avergonzaba a la vez. Con todo, tenía claro que era lo único que podía hacer si pretendía dejar de trabajar cerca de Josh; de lo contrario, habría pasado las siguientes tres semanas pendiente de lo que Salsbury hacía o dejaba de hacer. Aunque sabía que había hecho lo correcto y se

enorgullecía de la firmeza de su decisión, se sentía triste y frustrada.

Se esforzó por sonreír cuando se reunió con su madre. Sin embargo, a medida que la comida iba avanzando comenzó a notar que la sonrisa siempre brillante de Nina tampoco era del todo sincera.

—He terminado con Richard —dijo la mujer, fingiendo naturalidad—. Pásame la salsa tártara.

Erin le dio lo que le pedía y comentó:

—Richard lo mencionó.

—¿Te lo contó? —exclamó Nina—. ¿Qué te dijo?

—Sólo que se habría sentido orgulloso de ser mi padrastro, pero que tú habías rechazado su propuesta.

—¿Estaba molesto?

—Claro que estaba molesto, madre.

Que Erin hubiera llamado madre a Nina era una prueba de que Richard no era el único que estaba molesto.

—Lo echarás de menos, ¿verdad? —agregó.

Su madre suspiró hondo y la miró a los ojos.

—Ya lo echo de menos —admitió—, y ni siquiera han pasado veinticuatro horas. Pero no ha llamado ni ayer por la noche ni esta mañana.

—¿Y esperabas que lo hiciera?

Nina volvió a suspirar.

—Supongo que no y, además, sé que de haberlo hecho me habría contrariado — declaró—. Pero voy a extrañar esas llamadas.

Para Erin, que también estaba sufriendo un problema amoroso aunque sin solución aparente, lo mejor que su madre podía hacer era buscar un teléfono y llamar a Richard.

—Sé que ni estoy ni he estado casada, y que no puedo saber lo horrible que es que tu matrimonio fracase —se atrevió a decirle a Nina— pero, ¿para ti sería algo tan terrible casarte con Richard?

—¿Te refieres a un tercer matrimonio?

Al ver que Nina no rehusaba hablar sobre el tema, Erin se atrevió a ir un poco más lejos.

—Para serte sincera, me parece una locura que si te importa Richard y tú a él, os obliguéis a una separación que os hace infelices, cuando podríais hacer algo para evitarlo.

—¿Pero casarnos? Hija, te recuerdo que lo he intentado en dos

ocasiones.

—Lo sé, pero imagino que habrás aprendido algo...

—Sí, que no podría soportar un tercer divorcio.

—¿Por qué pones las cosas en esos términos? —protestó Erin—. ¿Prefieres no volver a ver a Richard en tu vida?

Aunque Nina no respondió a esa pregunta, su hija se dio cuenta de que se le partía el corazón ante la posibilidad de no ver nunca más a Richard.

—Los hombres se aplacan mucho cuando se casan —reveló la madre, con gesto resignado—, y yo no estoy preparada para pasarme los días atenta a lo que dan en televisión o preocupada por la cena. ¡Hay hombres que en cuanto se casan se olvidan de su mujer y sólo tienen ojos para el mando a distancia!

Erin soltó una carcajada y pensó que su madre era un caso perdido.

—Por lo que he podido ver, diría que Richard estaría encantado de darte su mando como regalo de boda.

—Erin, ¿no entiendes lo que quiero decir?

Lo que ella comprendía era que estaba perdiendo la discusión y que sus intentos de hacerle ver a Nina que podía ser feliz eran inútiles.

—¿Le has dicho a Richard cómo te sientes? ¿Le has confesado que, aunque no lo demuestres, sigues sufriendo las heridas de tus dos fracasos matrimoniales?

—¡Eso no tiene nada que ver con él! —afirmó Nina, mirando a su hija con gesto reprobatorio—. ¡Y eres lo suficientemente perspicaz como para darte cuenta!

Erin pensó que, perspicaz o no, ella era una mujer enamorada que sufría por una relación imposible.

—No quiero que seas infeliz, Nina. Eso es todo —dijo con ternura—. ¿Por qué no llamas a Richard? Ábrele tu corazón, dile...

—¡Le diré lo que considere apropiado decirle y ni una palabra más! —advirtió la madre, frunciendo el ceño.

Erin se sintió complacida al ver que, a pesar de la mala cara, esa vez Nina no había declinado la posibilidad de llamarlo.

Al despedirse, madre e hija ya habían hecho las paces y Erin regresó a su piso sintiendo que tenía mucho en que pensar. Como era lógico, tenía de nuevo a Josh en la cabeza y cuando era capaz

de concentrarse en su madre, esperaba que Nina no se sintiera tan abatida como ella, en particular, porque podía hacer algo para remediar su situación con Richard; todo lo que tenía que hacer era llamarlo y hablar con sinceridad.

La idea le devolvió a Josh a la mente. No podía estar muy lejos y, estuviera donde estuviera, Erin sabía que podía llamarlo. Sólo que así como Nina tenía la certeza de que Richard la amaba, estaba convencida de que Josh no sentía nada parecido por ella.

No dudaba del deseo que había demostrado en varias ocasiones pero, a pesar de su falta de experiencia sexual, Erin sabía que deseo no era un sinónimo de amor.

Cerca de las siete, se preparó una taza de té e intentó leer un poco. No podía concentrarse, así que decidió dejar el libro a un lado y ordenar sus pensamientos. A las ocho seguía sentada allí, meditando sobre su existencia. Empezó por plantearse qué iba a hacer con su vida, pero no pudo evitar distraerse pensando en Josh, en su madre, en Richard, en su padre y hasta en la desconocida Brenda. Obviamente, Josh era el que más atención acaparaba. Tras reflexionar un buen rato sobre su situación laboral llegó a la conclusión de que no tenía ninguna necesidad de quedarse en Londres. A fin de cuentas, podía trabajar en cualquier parte.

La posibilidad de volver a vivir a Croom Babbington quedaba descartada casi de antemano. Amaba a su padre y sabía que estaría encantado de que volviera con él, pero después de haber vivido sola y de haber probado algo diferente durante los últimos meses, no le apetecía regresar a la rutina del pueblo. Por muchas vueltas que le diera al asunto, lo cierto era que, a pesar de todo, quería quedarse en Londres.

Justo en aquel momento sonó el teléfono. Por un instante pensó que podía tratarse de Josh, pero enseguida comprendió que era una idea absurda. Sin embargo, no pudo evitar que se le acelerara el corazón al atender.

—¿Hola?

—¿Estás bien, Erin? —preguntó Stephen Dobbs, preocupado—. Hoy he tenido uno de esos lunes insufribles y, para colmo, cuando me estaba yendo, Ivan mencionó que habías llamado para decir que ya no regresarías pero no dijo por qué. ¿Es algo que...?

—Es una cuestión personal —contestó ella, recurriendo a la

misma excusa que le había dado a Ivan.

A esas alturas, Stephen era más un amigo que un compañero de trabajo; no obstante, Erin no se sentía en condiciones de confiarle intimidad emocional.

—¿Puedo ayudarte en algo? —ofreció él, con la amabilidad que lo caracterizaba.

—No. Puedo encargarme sola. De todas formas, gracias por preguntar.

—¿Te apetece tomar una copa conmigo alguna noche de esta semana? —sugirió Stephen—. Es más, podríamos cenar si quieres...

Erin estaba a punto de decirle que lo dejaran para la semana siguiente cuando, de pronto, recordó la fotografía de Josh y su espectacular acompañante en Nueva York y sintió la necesidad de vengarse.

—Me encantaría —respondió.

Acordaron una cita para el miércoles por la noche y se despidieron. En cuanto Erin colgó el teléfono, éste volvió a sonar. Esa vez no se emocionó ante la posibilidad de que fuera Josh; él no acostumbraba a llamar por teléfono sino que, directamente, se presentaba en la puerta y se invitaba a entrar. Sin más demoras, Erin levantó el auricular.

—¿Hola? —dijo con tono cansino.

—Tu línea estaba ocupada.

El corazón de Erin dio un salto.

—Stephen —balbuceó, aturdida.

—¿Stephen? —preguntó Josh.

Ella trató de recobrar la compostura.

—Veré a Stephen el miércoles —explicó, más tranquila—. ¿Qué...?

—Y a Greg Williams el jueves —interrumpió él.

La voz de Josh sonaba extraña y asombrosamente monocorde, casi como si estuviera esforzándose por no perder el control. Erin se preguntó qué podía inquietarlo tanto, pero evitó darle demasiada importancia porque era consciente de que el amor la hacía llegar a conclusiones absurdas.

—Ya sabes cómo es esto —replicó—. Ni una cita en años y, de repente, una detrás de otra.

Josh permaneció en silencio durante algunos segundos y luego,

con el mismo tono de antes, advirtió:

—Te recuerdo que lo que Williams podría esperar de vuestra cita no necesariamente coincidirá con lo que tú esperas.

Erin suspiró y se sentó en el sofá.

—Greg sabe que no soy así.

—La vez que os vi juntos me pareció entender otra cosa — afirmó Josh—. ¿Cuándo se lo has dicho?

—¿El qué? —dijo ella desconcertada por la pregunta.

—¿Cuándo le has dicho que, si pretendía tener relaciones sexuales contigo, estaba perdiendo el tiempo?

Erin soltó una carcajada. Aunque estaba molesta con Josh, no pudo evitar reírse del comentario.

—Me llamó hace unos días y se lo dije.

—Obviamente, le diste tu número de teléfono en la boda de Robin y Charlotte.

—De hecho, yo no se lo di —contestó Erin, feliz de estar hablando con el hombre que amaba—. Supongo que llamó a los padres de Charlotte para pedírselo.

—Entonces, ¿cuántos amantes potenciales tienes? —quiso saber Josh.

—No creo que...

—Según mis cuentas, por lo menos cinco.

—¡Diablos! Sabes más de mi vida íntima que yo —comentó Erin, sarcástica.

—Gavin, Mark —numeró él.

—¿Gavin? ¿Quién es Gavin?

—Gavin, el de los pantalones ajustados.

—¡Gavin Gardner! ¡Qué memoria tienes!

—Richard, Stephen —retomó Josh—, y, desde luego, Greg Williams.

Erin no terminaba de entender la situación.

—¿Para qué más has llamado, Josh Salsbury? —preguntó, sin rodeos.

Josh hizo una breve pausa, como si la pregunta lo hubiera tomado por sorpresa.

—Pensé que te gustaría saber que tengo un ojo morado.

Ella contuvo el aliento y rogó para que no se debiera al golpe que le había dado el día anterior.

—¡Dime que no! —suplicó—. Dime que no tienes nada, que sólo te estás burlando de mí.

Él no se demoró más de dos o tres segundos antes de contestar, aunque para Erin la espera fue una tortura insoportable.

—No te preocupes, no tengo nada —admitió finalmente—. Sólo estaba buscando tu compasión.

Ella no daba crédito a sus oídos. Habría preferido no estar enamorada de él, pero lo estaba. No obstante, aunque se moría de ganas de hablar con Josh durante horas, su vena orgullosa la llevó a preguntar:

—No has llamado por eso, ¿verdad?

Erin no ignoraba que al presionarlo de esa forma se arriesgaba a que Josh se despidiese de ella para siempre.

—Hoy no estabas en el trabajo.

—Es que ya no trabajo para ti —puntualizó ella, algo sorprendida por el comentario.

—Eso he oído. ¿Puedo preguntar por qué? Creí que habías dicho que aún restaban unas cuantas semanas para que te fueras.

A Erin no le apetecía que la sometieran a un interrogatorio, pero no alcanzaba a comprender qué lo preocupaba. Aunque sabía que había sido buena en su trabajo, no dudaba de que podrían remplazarla pronto con alguien igual de eficiente. El problema era que, esa vez, no podía escaparse diciendo que tenía un problema doméstico porque estaba segura de que, a diferencia de Ivan Kelly, Josh iba a presionarla hasta averiguar la verdad.

—He tenido suficiente —declaró.

El silencio que siguió a la afirmación de Erin parecía indicar que Josh estaba tratando de digerir lo que acababa de oír. Después, y otra vez con tono monocorde, preguntó:

—¿Es por mi culpa?

—¡Tú lo has dicho!

Para Erin no tenía sentido ocultarle que había renunciado por él ni que, después de la visita del día anterior, había decidido que ya era suficiente. A pesar de esa supuesta determinación, la réplica de Josh la descolocó por completo.

—¿Tanto te afecta mi presencia, Erin?

—Yo... —balbuceó ella—. Mira, Salsbury, ni te invité a mi casa ayer ni te he pedido que me llamaras así que, ¡o me dices para qué

has llamado o colgaré el teléfono y cambiaré de número!

Se hizo un silencio al otro lado de la línea y Erin pensó que Josh se había ido. Sin embargo, no iba a colgar hasta no estar completamente segura y suerte que no lo hizo, porque él seguía ahí.

—Me estaba impacientando de tanto esperar —murmuró el hombre.

—¿Esperar? ¿De qué hablas?

—No me has llamado.

Erin no entendía ni una sola palabra de lo que Josh le estaba diciendo.

—¿Yo? —preguntó desconcertada.

—Dijiste que me llamarías.

—¡Eso no es cierto! —protestó ella—. ¿Cuándo he dicho que te llamaría?

—¿No te acuerdas? Seguro que sí. Tú y yo teníamos una cita, creo que era un jueves, pero el día anterior llamaste para decir que no podrías acudir.

—Era un jueves —confirmó ella, con un hilo de voz.

Erin recordaba perfectamente la situación. Aquella noche había leído en el periódico que el padre de Josh había sufrido un ataque al corazón. Después, Nina había llamado y le había contado su relación con los Salsbury.

—Si recuerdas eso, también recordarás que cancelaste nuestra cita porque tenías un problema. Creo que mencionaste algo sobre unas pequeñas complicaciones.

Ella se quedó en silencio y Josh esperó unos segundos antes de continuar.

—Te sugerí que me llamaras cuando las hubieras resuelto —prosiguió—, y no lo has hecho. Dado que han pasado meses desde entonces, supongo que ya habrás resuelto los problemas que te impedían salir conmigo.

Erin estaba aturdida y perpleja. Le costaba creer que Joshua Salsbury la estuviera invitando a salir. El corazón le latía a mil por hora y, como no sabía qué contestarle, colgó el auricular.

Por un momento se lamentó de haberlo hecho, pero enseguida pensó que había hecho lo correcto. Sabía que el padre de Josh había estado loco por su madre, que seguramente Nina le había dado esperanzas, que luego lo había rechazado y que, poco después, el

hombre había tenido un infarto que lo había puesto al borde de la muerte. Cualquiera se habría amedrentado ante semejante situación y, por muy orgullosa que fuera, Erin no era una excepción a la regla.

Sin embargo, sabía que tendría que haberle dicho la verdad a Josh en lugar de permitir que la descubriera por su cuenta. Por eso la confundía tanto que, a pesar de todo, la estuviera invitando a salir. A esas alturas, Erin dudaba de todo. No sabía si eso significaba que no había tales complicaciones ni estaba segura de que Josh la hubiera invitado a salir.

Recordó lo tenso que se había puesto el día anterior al oírla hablar de su madre y comprendió que se estaba ilusionando torpemente porque, de ninguna manera, él la había llamado para preguntarle si estaba en condiciones de concretar su cita fallida.

De todas formas, si la hubiera invitado Erin lo habría rechazado, porque no quería salir con él. Sabía que, de hacerlo, jamás conseguiría olvidarse de él.

Estaba demasiado inquieta como para permanecer sentada y decidió que una ducha la ayudaría a tranquilizarse. Se levantó, fue al cuarto de baño y pasó un largo rato bajo el agua caliente. Después de secarse y ponerse un camisón, regresó al salón y se sentó de nuevo en el sofá. A pesar del intento, no dejaba de pensar en la conversación telefónica ni de preguntarse para qué la había llamado.

Seguía sin poder creer que fuera porque quería invitarla a salir, pero si así era, no entendía por qué. Sabía que entre ellos había una atracción innegable y que el menor contacto físico encendía el deseo y la pasión. No obstante, Josh había tenido la oportunidad de hacer el amor con ella y no había querido. Entonces, ¿por qué se molestaba en llamarla?

Había dos posibilidades: que ella le gustara de verdad o que tuviera algún tipo de revancha en mente, algo para que Erin pagara por lo que Nina le había hecho a su padre.

Definitivamente, Erin prefería creer que no estaba motivado por la venganza. Pero en cualquier caso, no tenía importancia, porque ni ella quería salir con él ni él la había invitado a salir.

Decidió que lo más sensato sería olvidarse de la llamada y fue a la cocina para prepararse un café. No le preocupaba que la

mantuviera despierta, porque sabía que de todas formas no iba a poder dormir.

Se sentó en el sofá, echó la cabeza hacia atrás e intentó aclarar sus ideas. Después, echó un vistazo al reloj y vio que casi era medianoche. Estaba deseando llamar a Josh, pero se resistía a hacerlo.

Se puso de pie y caminó por el salón. El teléfono parecía tener un efecto hipnotizador. Una parte de su cerebro le gritaba que no podía llamarlo y la otra, que no estaba dispuesta a volver una y otra vez a la misma rutina. Tenía que decidir entre hacerlo esa noche o esperar a la mañana siguiente. Pero si esperaba demasiado, cabía la posibilidad de que se marchara temprano o incluso de que fuera al aeropuerto y tomara un avión a cualquier parte.

Instintivamente, Erin acercó la mano al teléfono. Sabía que Josh debía de estar en la cama pero, si se llegaba a subir a un avión a primera hora de la mañana, iba a tener que esperar una semana como mínimo para poder hablar con él.

Ahora sólo le restaba decidir si realmente quería hablar con él. Tras meditarlo durante varios minutos, asumió que quería oír su voz y saber por qué la había llamado. Le costaba creer que un hombre como Josh pudiera llamar a alguien porque no tenía nada mejor que hacer. Y, además, aunque estuviera en la cama, no era el único que tenía derecho a molestar a los demás con sus llamadas y sus visitas intempestivas.

Sin pensarlo más, Erin levantó el auricular y marcó el número que le había dado Charlotte. Él contestó enseguida, como si hubiera estado esperando.

—¿Dígame?

—Yo...

—Me alegra que hayas llamado.

Erin se sorprendió de que supiera que era ella.

—Soy Erin —puntualizó, por si acaso.

—Lo sé.

Una vez más, ella se quedó sin palabras y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para reponerse y balbucear alguna frase inteligible.

—¿Cómo sabías que hoy no había ido a trabajar? —preguntó, aunque no era lo que quería saber.

—Porque he ido a tu departamento.

—Pero si nunca vas a ese sector…

—Pues hoy he ido.

Josh hablaba con más tranquilidad de la que ella habría imaginado y eso la ponía nerviosa. Recordó que él había dicho que estaba esperando su llamada con impaciencia y decidió que era mejor que fuera directamente al grano.

—Sobre nuestra cita…

Él no la dejó terminar.

—Iré a buscarte —dijo, y colgó el teléfono.

Antes de devolver el auricular a su sitio, Erin se quedó observándolo atónita durante varios segundos.

Josh había dicho que iría a buscarla, pero no cuándo, y eso la inquietaba sobremanera. Pensó que, dado que él sabía que el miércoles tenía un compromiso con Stephen y el jueves había quedado en ver a Greg, probablemente iría a buscarla el viernes. Entonces comprendió que cabía otra posibilidad y sintió que su corazón se detenía. Josh no había dicho cuándo iría y eso significaba que en cualquier momento podía llamar a la puerta. No estaba segura de ello, pero lo creía capaz de hacerlo.

Miró el reloj y, al ver que casi era la una de la madrugada, se dijo que se estaba preocupando sin motivo. Era ridículo pensar que se presentaría a esas horas.

Ridículo o no, prefería estar preparada. Así que fue a su dormitorio, se cambió de ropa interior y se quitó el camisón para ponerse sus mejores pantalones y un delicado jersey de cachemira.

Después, agradeció que nadie fuera testigo de su extraño comportamiento y comenzó a dar vueltas por la casa; estaba histérica y no soportaba la idea de sentarse en el sofá a esperar que el paso del tiempo le demostrara que no iba a presentarse en la casa.

Sin tener demasiada conciencia de sus pasos, se dirigió a la cocina, pero no encendió la luz. La vista del exterior era mucho mejor en la oscuridad. Cinco minutos más tarde fue al baño a cepillarse el cabello, pero volvió corriendo a la cocina porque creyó oír que un coche se acercaba.

No había ningún vehículo a la vista. Esperó otros diez minutos y rió al pensar en su comportamiento. No sólo había creído que iría a

verla a esas horas; además, lo había tomado por una especie de superhombre: aunque hubiera tenido intención de presentarse, no podía llegar en tan poco tiempo.

De repente, vio que un coche entraba en su calle y contuvo la respiración. Trató de tranquilizarse pensando que era probable que fuera uno de sus vecinos, pero al ver que se detenía frente al edificio, se estremeció. Aunque estaba oscuro, le pareció reconocer el coche. Entonces, vio que un hombre abría la portezuela del piloto. Era un hombre alto. Como Josh.

A medida que el sujeto se iba acercando, se sentía cada vez más mareada. Ahora ya no había ninguna duda. Era él.

—Iré a buscarte —había dicho.

Y, tal como había prometido, allí estaba.

Erin comenzó a temblar como una hoja y se pregunto de dónde iba a sacar las fuerzas necesarias para avanzar y abrirle puerta.

Capítulo 8

Erin estaba tan impresionada que se quedó paralizada. De hecho, cuando Josh llamó a la puerta tuvo que hacer un esfuerzo enorme para conseguir que las piernas le respondieran. Además, estaba muy confundida.

Josh volvió a llamar al ver que no abría y ella aprovechó aquel momento para intentar recobrar la calma. Pero cuando por fin abrió la puerta, seguía temblando.

Trató de tranquilizarse y de mostrarse natural, pero Josh estaba tan atractivo que lo único que pudo hacer fue contemplarlo boquiabierta y dar un paso atrás, invitándolo a pasar. Él no se movió, sin embargo. Parecía estar disfrutando de estar ahí, de pie y llenándose los ojos con la visión de Erin.

—No sueles esperar a que te inviten, ¿verdad? —preguntó ella, casi sin pensar en lo que estaba diciendo.

Josh la miró en silencio y después afirmó:

—Me parece, Erin Tunnicliffe, que todas mis costumbres han cambiado desde que te conocí.

Ella no sabía si aquel comentario era una broma, pero como no sabía qué contestar, prefirió no darle mayor importancia.

—Será mejor que entres —dijo.

Mientras subían a la casa, Erin sentía una mezcla de emociones indescifrables. En cuanto llegaron al salón, se volvió para mirarlo y descubrió que, aunque seguía sin saber a qué había ido, la hacía feliz que estuviera ahí.

—¿Quieres tomar un café, Josh?

—¿Tu padre lo aprobaría?

—¿A la una de la madrugada? Probablemente, no. Pero mejor dejemos a mi familia a un lado. Aunque pensándolo bien, sería

imposible, porque de eso se trata todo esto, ¿no es así? De mi madre y tu padre…

Erin hizo una pausa al comprender que estaba acelerando el enfrentamiento. Respiró hondo y trató de recuperar la senda de la cortesía.

—¿Quieres sentarte? —agregó.

—Gracias —contestó Josh, y esperó a que ella se sentara para tomar asiento.

—Estás siendo tan extremadamente amable que no puedo evitar desconfiar de tus intenciones. Has venido aquí para vengarte, ¿no es cierto?

—¿Vengarme?

Josh parecía sorprendido, pero Erin no era tonta.

—Es la única respuesta posible a todo esto. Ninguna persona normal llamaría a la una de la mañana para preguntar por una cita pendiente.

Él apartó la mirada.

—Como te he dicho hace un momento, ya nada es normal para mí —dijo, con dulzura—. ¿Venganza? ¿De qué venganza hablas?

Aunque él se había cuidado de no desnudar demasiado sus sentimientos, Erin percibió que la culpaba de que ya nada fuese normal para él. Trató de tranquilizarse pensando que no era un apreciación ilógica porque ellos se habían conocido justo cuando el padre de Josh había sufrido el infarto y, con toda probabilidad, esa situación lo había afectado tan dramáticamente que se había visto obligado a modificar desde su estilo de vida hasta su ritmo de trabajo. Sin duda, ya nada era normal para él.

—Sabes de lo que estoy hablando —se obligó a responder—. Crees, correcta o incorrectamente, que mi madre es responsable de que tu padre enfermara y quieres que yo pague por eso.

Josh la miró con incredulidad.

—¡Eres increíble! —afirmó—. Tonta de los pies a la cabeza.

—¿Cómo dices?

—¡Increíble! —insistió él—. Pensar que cuando trabajaste en mi oficina, estaba impresionado por lo inteligente que eras…

Erin trató de no dejarse amedrentar e insistió con su concepto.

—No puedes negar que frunces el ceño cada vez que se menciona el nombre de mi madre. Ni…

—Al principio, puede ser —la interrumpió.

—¿Puede ser? —exclamó ella, y se puso de pie—. Hasta un ciego habría visto el odio en tu rostro.

—Bueno, estaba furioso. Indignado, si te gusta más. Pero sólo cuando me enteré.

Erin no olvidaba que la noche anterior, en ese mismo salón, él había pasado de ser un amante cálido y amable a ser un extraño frío y monosilábico en cuanto ella había mencionado a Nina. Resopló molesta y decidió dejarlo cavar su propia fosa.

—Adelante, Josh, entiérrate tú solito.

—Es verdad —insistió él—. Al principio, estaba furioso cuando te vi en el coche con ella y más, cuando comprobé que sentías devoción por tu madre. La insensibilidad de esa mujer casi mató a mi padre. No sé lo que habría hecho si no hubiese sido capaz de seguir con...

—Así que seguiste tu camino y viniste hasta aquí. Aquella noche viniste aquí y....

A Erin se le atragantó la voz y no pudo seguir hablando.

—Erin, mi dulce y preciosa Erin —dijo Josh, apenado—. He tratado de borrar aquella noche oscura de mi mente, pero no he podido. Estaba tan descontrolado cuando me dijiste que Nina Woodward era tu madre...

Hizo una pausa, la miró a los ojos y movió la cabeza en sentido negativo.

—Todavía no puedo creer que haya intentado abusar de ti —añadió.

Josh parecía muy afectado por el recuerdo y Erin comprendió que lo amaba demasiado como para disfrutar de verlo sufrir.

—Creías que era una mujerzuela —le recordó.

—¡Eso no excusa lo que hice, Erin! —declaró, rabioso—. De todas formas, jamás creí nada semejante.

Si Josh estaba enfadado consigo mismo, ella lo estaba aún más con él. Tanto, que ni siquiera intentó facilitarle las cosas.

—¡Pues has sabido engañarme muy bien! —replicó.

Josh la miró durante algunos minutos y luego confesó:

—Ahora me doy cuenta de que estaba tratando de engañarme a mí mismo.

Erin se detuvo a contemplar el apuesto rostro de Josh. Lo

adoraba, pero no iba a cometer el error de bajar la guardia por segunda vez.

—Intrigante, por no decir total y absolutamente desconcertante —comentó como de pasada—. Por cierto, ¿estás seguro de que no quieres un café antes de irte?

Él soltó una carcajada. Le hacía gracia la forma en que Erin acababa de sugerirle que debía marcharse.

—Erin Tunnicliffe, hay tantas cosas que deberías saber de mí... —dijo, suavizando el tono—. He estado esperando este momento con ansiedad. Necesito decirte algunas cosas, pedirte que me disculpes por lo que he hecho y, sobre todo, necesito saber algunas cosas y no descansaré hasta que contestes a mis preguntas. De modo que, preciosa, no me iré a ninguna parte hasta que no satisfaga mis inquietudes y, ojalá, las tuyas también.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Josh acababa de afirmar que tenía cosas que decir, disculpas que pedir e inquietudes que satisfacer y Erin no sabía cómo reaccionar ante tamaña declaración. Creyó que lo mejor era tomárselo con calma.

—Tomaré eso como un no. Es una pena, porque mi café es exquisito.

—Erin, Erin. Me vuelves loco.

Ella abrió los ojos con asombro.

—¿Yo? —preguntó, incrédula.

Él sonrió.

—Si me prometes que no saldrás corriendo, me armaré de coraje y te explicaré que...

Josh se detuvo como si en verdad necesitara reunir fuerzas para seguir hablando. Después, respiró hondo y confesó:

—La verdad, Erin Tunnicliffe, es que me interesas desde el primer momento en que te vi.

Al oírlo decir semejante cosa, Erin sintió que se le paraba el corazón y que el cerebro se le partía en mil pedazos. Trató de tranquilizarse y lo miró con sus preciosos ojos de color violeta.

—Te refieres a físicamente, ¿verdad? —preguntó—. Quiero decir, sé que...

—Me refiero a lo físico, sí. Es innegable que me interesas físicamente, pero...

Salsbury vaciló algunos segundos, necesitaba encontrar las

palabras exactas antes de continuar.

—Es más que eso —dijo, por fin.

Erin se estremeció y se aferró a los braceros de la silla para que no se notara que le temblaban las manos.

—Encuentro esa afirmación un poco, o más bien, bastante confusa.

—Abre tu mente y escúchame —suplicó Josh.

—Soy toda oídos.

A pesar de lo que acababa de decir, Erin estaba tan aturdida que por un momento temió estar soñando. Le costaba creer que Joshua Salsbury, el hombre al que amaba, estuviera allí y que hubiera afirmado que no se marcharía hasta que sus inquietudes estuvieran resueltas.

—Has dicho que no tiene nada que ver con una venganza, ¿no es así? —insistió ella, sólo para comprobar.

Erin seguía pensando que Josh estaba ahí para tomar revancha. Sin duda, nadie saldría a esa hora de su casa sólo para discutir las condiciones de una cita.

—Te doy mi palabra, esto no tiene nada que ver con venganzas ni nada que se le parezca —aseguró él—. Mi padre estuvo muy enfermo, pero ahora está prácticamente repuesto. Y reconozco que me enfurecí al enterarme de que Nina Woodward era tu madre.

—¿Y cuándo entraste en razón?

Josh sonrió, como disculpándose.

—Me he comportado como un cerdo, ¿verdad? —dijo, sin esperar respuesta—. Cuando conseguí calmarme, comprendí que tú no tenías la culpa de lo que había ocurrido y que te debía una disculpa. Te llamé desde Nueva York para pedirte perdón, pero...

—¿Por eso habías llamado? —lo interrumpió Erin, pasmada—. ¡Vaya! Ahora recuerdo que ni siquiera te dejé hablar.

—Parecías muy enfadada —asintió él—. Pero tenías razón, me había comportado como un canalla. Te había insultado, maltratado y dejado sola. No merecía un trato mejor. Sin embargo, en ese momento supe que una disculpa telefónica no era la manera de pedirte perdón.

—¡Y viniste a hacerlo en persona! —exclamó ella—. A eso venías ayer. Mejor dicho, el domingo.

—También vine el sábado, cuando regresé de Nueva York.

—¿El sábado?

—Varias veces —confirmó él—. Incluso cuando sabía que habías ido a pasar el fin de semana con tu padre.

—Esta vez, con mi madre.

De inmediato, Erin recordó que él lo sabía porque la había oído hablar con Greg Williams. En cualquier caso, estaba mucho más interesada en seguir oyendo lo que Josh tenía para decir que en dar explicaciones sobre dónde y con quién había pasado el fin de semana.

—¿Tan ansioso estabas por disculparte? —agregó.

—Por disculparme y por verte.

—¿Verme aceptar tus disculpas? ¿Por eso volviste el domingo?

Ella se resistía a pensar que Josh estuviera tan desesperado por verla como para correr a su puerta desde el aeropuerto.

—Llevaba un buen rato esperándote cuando te vi llegar. Con Richard, claro.

—Nos habíamos quedado a dormir en casa de mi madre.

—¿Llevas a todos tus novios a pasar el fin de semana con tu madre?

—Yo... —balbuceó ella.

—Sé sincera conmigo, Erin —reclamó Josh, con firmeza.

A él parecía importarle tanto que fuera sincera que, después de pensarlo unos segundos, Erin tomó aire y dijo:

—No te lo quise decir más por mi madre que por mí.

—¿Qué tiene que ver tu madre con esto? —preguntó sorprendido.

—Ya tenías una pésima opinión de ella y no quería seguir alimentando tu odio.

Él la miró con seriedad.

—Creo que tenemos que acordar que lo que haya pasado o dejado de pasar entre nuestro padres no tiene nada que ver con nosotros.

A ella se le aceleró el corazón al oírlo referirse a ellos con un nosotros.

—Josh, yo...

Erin se detuvo al darse cuenta de que estaba pensando tonterías. No había ningún nosotros y, en breve, alguno se enfadaría por algo y volverían a su ya típica relación de perro y gato.

Sin embargo, no quería pelear con él y él le había pedido que fuera sincera. Eso significaba romper la confianza de su madre y, durante un momento, Erin se debatió entre el cariño y la lealtad a su madre y el amor y la confianza de Josh.

Aunque se sentía en una encrucijada, finalmente respiró hondo y se arriesgó.

—Mi madre le tiene pánico al matrimonio —confesó, mirándolo con atención pala ver cómo reaccionaba—. Ha estado casada dos veces y se ha divorciado otras dos. De todas formas, es una persona muy divertida y resulta particularmente atractiva para el sexo opuesto.

Hizo una pausa y volvió a mirar a Josh con detenimiento. No parecía contento de oír comentarios halagüeños sobre la mujer que había rechazado a su padre, pero tampoco parecía dispuesto a saltarle a la yugular, así que Erin decidió seguir con su relato.

—A Nina, prefiere que la llame así, no le gusta que sus amigos sepan que tiene una hija adulta.

—Una preciosa hija adulta —puntualizó él.

—Como sea, creo que siempre le deja en claro a sus nuevos amantes que el matrimonio está fuera de discusión.

Erin habría dado cualquier cosa por saber en qué estaba pensando Josh en ese momento.

—¿Por qué te estoy contando todo esto? —preguntó, aturdida.

—Porque necesito saber.

Aunque la respuesta la confundió todavía más, Erin siguió hablando sobre Nina.

—El asunto es que, a veces, alguno de esos hombres cree que se conocen bien, que la aversión de mi madre al matrimonio no es tanta y le propone casarse. En el último tiempo, han sido dos los que intentaron quebrar su negativa tajante.

—Mi padre...

—Y Richard —completó Erin.

—¡Richard! —exclamó Josh, atónito—. ¿Tu Richard?

—Nunca ha sido mi Richard.

—¿Nunca?

A Erin le pareció vislumbrar una leve sonrisa en los labios de Josh.

—Nunca jamás —insistió—. De hecho, hasta el sábado pasado ni

siquiera lo conocía. Mi madre rompió su regla de oro y le dijo que tenía una hija. Al parecer, Nina tenía un evento de caridad ese fin de semana y Richard estaba invitado. Pero él ya le había propuesto matrimonio y le había pedido que lo pensara, y como no quería estar a solas con él...

—Te invitó a pasar el fin de semana con ellos —dedujo Josh.

—Exacto. Y como Richard no vive lejos de aquí, mi madre le pidió que me pasara a buscar de camino.

—Porque te quería en su casa mientras él estuviera allí —adivinó Josh—. Entonces, cuando dijiste que no volverías a verlo, no eras tú quien lo había rechazado, sino tu madre, ¿no?

Erin habría querido encontrar más formas de excusar a Nina y pensó en la posibilidad de decirle que, quizá, las cosas entre Richard y su madre no habían terminado. Pero el que Josh estuviera allí no tenía nada que ver con sus padres, sino con ellos dos a quienes, hacía apenas unos momentos, él había definido como nosotros. Y, mientras sentía que tocaba el cielo con las manos, Erin consideró que ya había dado demasiadas explicaciones sobre Nina y su novio.

—Fue una bonita manera de echar por tierra tus disculpas, ¿verdad? —mencionó Erin, recordando cómo había reaccionado Josh al verla con Richard.

—Estaba algo malhumorado, ¿no es cierto? —admitió él, avergonzado.

Erin quería sonreír, pero se contuvo.

—¿Por qué?

Josh la miró a los ojos, respiró hondo y confesó:

—Por celos.

—¡Celos! —exclamó ella, abriendo los ojos como platos.

—Simples y puros celos. Estaba muerto de envidia.

—Pero...

Erin no sabía qué decir y cuando por fin había encontrado las palabras y la fuerza necesaria para seguir, Josh se le adelantó.

—Tú, Erin Tunnicliffe, has alterado mi vida desde el primer momento.

Ella lo miró con detenimiento.

—¡Mentira!—protestó.

—Verdad —replicó él—. La primera vez que te vi fue aquel día

en que estabas comiendo algo con Charlotte. Estabais sentadas en una mesa junto a la ventana cuando entré al local y debo confesar que no podía quitarte los ojos de encima, hasta el punto que me llevó un buen rato notar que Charlotte estaba contigo.

—¡Dijiste que querías invitarnos con un café!

—¿Qué otra cosa podía decir para presentarme ante la mujer más hermosa que había visto en mi vida?

Erin se quedó boquiabierta. Josh acababa de decir que creía que era la mujer más bella del mundo.

—¡Oh! —balbuceó.

—Estaba fascinado contigo y quería invitarte a salir.

—Pero no lo hiciste —consiguió articular Erin.

Josh sonrió con ironía.

—Estaba aturdido. No estaba acostumbrado a que me conquistaran de esa manera. Jamás me había pasado una cosa así.

—Mmm... —murmuró ella—. Así que dejaste pasar una semana y luego me llamaste.

—Y acordamos que pasaría a buscarte el viernes siguiente. Sólo que esa invitación a cenar nunca se concretó, porque la cancelaste.

Erin se quedó observándolo y recordó que él no parecía decepcionado cuando ella había llamado para cancelar la cita. Pero comprendió que un hombre tan sofisticado como Josh difícilmente se deprimiría por perderse una cena con alguien que, en ese momento, era poco más que una desconocida.

—La complicación de la que hablabas era tu madre, ¿no es cierto? —preguntó él al ver que ella no decía nada.

Erin asintió.

—No tenía idea de que mi madre conocía a tu padre hasta que pasó a verme aquel jueves. Yo había comprado el periódico de la tarde con la intención de buscar empleo —explicó—, y en la portada había una fotografía tuya con tu padre y un artículo en el que informaban que había sufrido un ataque cardíaco. Mi madre se detuvo a mirarlo y me contó que tu padre le había propuesto matrimonio y que ella había sentido que tenía que decirle que no.

Erin trató de suavizar lo que su madre le había dicho al respecto.

—Y tú fuiste lo bastante sensible como para ver que su rechazo podía haber contribuido a que mi padre se enfermara —concluyó

Josh, amablemente.

Erin volvió a asentir.

—Supe que no podía mantener nuestra cita a menos que te lo contara. Y si te decía la verdad, lo más probable era que tú no quisieras salir conmigo. No sin antes asesinar a mi madre...

—Y tu lealtad hacia ella te impedía hacer algo que la pusiera en riesgo.

Una vez más, ella asintió con la cabeza.

—Quise decírtelo muchas veces. Aunque, para ser sincera, había pensado en llamar para cancelar la cena antes de que mi madre apareciera aquella noche.

—¿No querías salir conmigo? —dijo Josh, con el ceño fruncido.

—No es eso —se apresuró a contestar ella—. Supongo que estaba nerviosa. Jamás había salido con alguien como tú.

Él relajó el gesto y sonrió.

—No tienes mucha experiencia con los hombres, ¿verdad, cariño? Lo descubrí cuando vi que preferías a un borracho como Gavin antes que a mí. Entonces supe que había algo en ti, algo que debí haber captado por la forma en que intentabas arreglártelas en el bar de ese hotel, y que me hizo pensar que necesitabas ayuda.

—Nos seguiste hasta aquí —comentó Erin—. ¿Te molestó que te hubiera rechazado? Pero, pensándolo bien, nunca te he rechazado, aunque es cierto que jamás estuvimos....

—¿Cerca? —aventuró Josh—. No creo que estuviera molesto porque me rechazaras, sino más bien inquieto e intrigado por ti. Eras una experiencia nueva para mí, por eso no es extraño que pensara tanto en ti.

Erin se estremeció. Joshua Salsbury había asegurado que la tenía en mente y, aunque ella no hacía otra cosa que pensar en él, sentía que estaba soñando.

—¿Has pensado en mí? —preguntó, sin ocultar su sorpresa.

—Erin, Erin, estabas en mi cabeza todo el tiempo. Tendría que haber aceptado lo que me estaba pasando en ese momento, pero no lo hice.

—¿Y qué te estaba pasando?

Josh la miró a los ojos y contestó casi en un susurro.

—Estaba enamorado.

—¿De mí? —exclamó ella.

A Erin le costaba creer lo que acababa de oír y, a la vez, quería creerlo. Con todo, se sentía tan avergonzada por su pregunta que se puso de pie y se volvió para darle la espalda. Sabía que a Josh no le gustaba que hiciera eso, pero no podía mirarlo a los ojos. Era obvio que no estaba enamorado de ella. Sólo un idiota podía creer algo tan absurdo.

Permaneció en el lugar, avergonzada y deseando que Josh desapareciera como por arte de magia para no tener que volver a mirarlo a la cara de nuevo. Bien al contrario, él se levantó de su asiento, se acercó a ella y, tomándola por los hombros con delicadeza, la obligó a volverse y a mirarlo de frente.

Erin no levantó la vista ni siquiera cuando Josh inclinó la cabeza hacia ella y murmuró:

—Por eso estoy aquí, Erin, para decirte que te amo.

Ella comenzó a temblar, pero se resistió a mirarlo. No lo podía creer. Cada vez estaba más convencida de que todo se trataba de un burdo juego de Josh.

—Es una revancha, intentas vengarte. Has dicho que no, pero...

Se calló cuando él le soltó los hombros y la abrazó.

—Olvida la revancha, olvida la venganza —suplicó, dándole una pequeña sacudida—. El amor y la lealtad que sientes por tu madre es igual a lo que siento por mi padre. Pero por mucho que los queramos, esto es entre tú y yo.

Sólo entonces Erin se atrevió a levantar la vista. Josh le sostuvo la mirada y, por la expresión de sus ojos, ella supo que estaba siendo sincero.

—¿Tú y yo? —balbuceó ella, y comenzó a temblar.

—Nosotros —puntualizó él—. Esto no tiene que ver con nadie más, sólo con nosotros. Tú y yo. Estoy aquí porque he estado viviendo un infierno y después de tu llamada supe que no podía esperar más. Comprendí que no podía pasar otra noche de insomnio y que necesitaba averiguar, lo antes posible, si tenía alguna posibilidad contigo.

A esas alturas, Erin apenas podía controlar su cuerpo.

—Cariño, estás temblando —murmuró él, y la acercó un poco más a su pecho—. He venido a decirte que estoy profundamente interesado en ti y necesito saber si a ti te pasa algo parecido.

Josh parecía nervioso y ella no sabía qué hacer ni qué decir.

Bajó la vista un momento, la levantó de nuevo y lo miró a los ojos, grises como el acero. Josh no sólo parecía nervioso sino que, claramente, lo estaba. Lo tomó por la cintura, pero lo soltó de inmediato. Necesitaba convencerse de que, después de todo, no era tan idiota como pensaba.

—¿Estás interesado en mí? —preguntó, titubeando.

—Te amo con todo mi corazón —declaró él—. Confieso que he estado sufriendo por ti. ¿Cómo podrías amarme? Me he torturado pensando que no merecía que me quisieras. Empujado por los celos, te he mostrado una parte de mí que ni siquiera sabía que tenía. ¿Cómo podrías amarme?

—Y aun así, ¿crees que podría?

—Creer, no; esperar, sí —corrigió él, con una dulzura irresistible —. Sentí que tenía alguna esperanza cuando recordé cómo habías respondido a nuestro romance en aquel hotel, pero la perdí cuando pensé en lo mal que te había tratado el día en que descubrí que Nina Woodward era tu madre.

—Tú mismo has dicho que fuiste muy bruto...

—¿Bruto? ¡Me comporté como una mala bestia! —afirmó, y la besó en la mejilla—. He pensado tanto en ti desde aquella mañana que casi me inventé una excusa para bajar a dar una vuelta por tu departamento. Pero no pude hacerlo. Tenía que resolver asuntos de trabajo de mi padre y mi propia agenda estaba cargada de cosas. Además, me tenías en tal estado de agitación que, en cierta medida, era mejor que tratara de olvidarme de ti. Juro que lo intenté por un tiempo, hasta que me decidí a llamar a tu oficina.

—¿Cuando todavía estábamos en el otro edificio?

Josh asintió.

—Charlotte había mencionado al pasar que estabas trabajando para la empresa y moví mis hilos —dijo, y sonrió con picardía—. No estoy acostumbrado a que las mujeres me llamen para cancelar citas. ¿Debería haber llamado para invitarte otra vez? No. Aunque debo reconocer que levanté el teléfono un par de veces para hacerlo...

—Pero no lo hiciste.

El corazón de Erin estaba descontrolado. Se sentía tan agitada que tuvo que apoyarse en Josh y a él pareció gustarle que lo hiciera.

—Pero no lo hice —repitió él—. Era un hombre al que le gustaba su libertad y, claramente, tú no conocías los límites. Traté de convencerme de que era mejor dejar que clavaras los colmillos en otro cuello, pero entonces me convertí en una víctima de mi propia trampa y me dejé ganar por los celos. Era como sí un monstruo horrible estuviera agazapado, esperando enviarme al purgatorio si permitía que salieras con alguien más.

Erín conocía bien ese purgatorio y sabía que Josh no se habría sentido presa de los celos, ni estaría allí, revelándole sus más íntimos secretos, si el amor que aseguraba profesarle no fuera cierto. Lentamente, dejó de temblar y recuperó la confianza.

—Y aquella vez que fuiste a mi departamento, ¿fue para...?

La sonrisa burlona de Josh la hizo callar.

—No, nada de eso. Me dije que iba para discutir algunas cosas con el profesor, pero luego comprendí que me había dejado llevar por mi necesidad de verte —explicó, y la beso tiernamente en los labios—. Así que me las ingenié para que te mudaras a la sede central, algo que no ponía en riesgo mi libertad pero que me garantizaba poder verte diariamente porque te tendría trabajando en mi oficina.

—¿Pediste especialmente que me enviaran a mí?

—Por supuesto —admitió Josh—. No sólo me sentía atraído por ti, estaba embelesado. Aunque, obviamente, no lo iba a demostrar. Me habías rechazado, ¿recuerdas?

—¡No es cierto! —protestó Erin—. Sé que cancelé aquella cita, pero no podía llamarte....

—Lo sé, te preocupaba el asunto de tu madre. Como iba diciendo, estábamos trabajando en mi oficina cuando el monstruo celoso empezó a aparecer cada vez que tu ex novio Mark asomaba su desagradable cabeza.

Ella soltó una carcajada. Era tan maravilloso saber que Josh la amaba que se preguntaba cuándo iba a acabar el sueño.

—En realidad, Mark es bastante guapo.

—Realmente, no necesitaba saber eso —aseguró él, y le arrancó otra carcajada—. En cualquier caso, en cuanto oí que Mark ya no era un peligro, apareció Stephen para atormentarme.

—¡Stephen! ¿Por eso estabas tan malhumorado?

—Estaba celoso y molesto porque habías rechazado mi segunda

invitación a cenar.

—¿Cuando dijiste «será mejor que te lleve a comer algo» me estabas invitando a cenar?

—¿Lo recuerdas?

—Cada palabra.

—¿Como yo he recordado y analizado cada palabra de cada frase que tú has dicho? —preguntó, desafiándola.

Erin suspiró emocionada. También recordaba cada una de las palabras, gestos y momentos compartidos, pero la conmoción le impedía contestar.

—¿Me quieres un poco? —susurró él.

—Sí.

—¡Cariño!

Acto seguido, Josh inclinó la cabeza y la besó. Ella respondió apasionadamente mientras se decía que, si aquello era un sueño, no quería despertar jamás.

Cuando dejaron de besarse, él la tomó de un brazo y la llevó hasta el sofá. Se sentaron y Josh se volvió para mirarla. No le apetecía riada más, sólo quería quedarse allí, sentado en silencio y disfrutando de la belleza de Erin.

—Mi preciosa —suspiró.

Al parecer, Josh podía creer que no lo hubiera rechazado. De pronto, como si hubiera recordado la cantidad de veces que había ensayado todo lo que quería decirle si las cosas salían bien, respiró hondo y retomó el relato.

—Así que ahí estaba yo, Joshua Salsbury, un hombre que nunca invita dos veces, y menos tres —dijo y se sonrojó—, deseando verte otra vez, pero teniendo que esperar hasta la boda de Robin y Charlotte.

—¿Sabías que estaría ahí?

—Me encargué de averiguarlo —admitió—. Lo cierto es que después de esperar ansioso a que llegara el día, me pasé toda la fiesta muerto de celos, viendo como todos y cada uno de los invitados te cortejaba.

—¿No te parece un poco exagerado? —sugirió Erin.

—¿Exagerado? Mencióname a uno con el que no hayas bailado.

—Tú.

—Es que estaba muy ocupado tratando de convencerme de que

no me importaba con quién estabas bailando.

—Estabas muy ocupado con esa dama de honor tan risueña.

—Yo...

Josh se frenó y la miró con incredulidad.

—¡Estabas celosa!

Erin tuvo que sonreír.

—Desquiciada, para ser más exactos.

—¡Mi vida! —exclamó él y la besó, sin dejar de mirarla a los ojos—. Sólo estaba cumpliendo con mis responsabilidades de padrino de bodas. Nada más que eso, lo prometo. Es más, mientras charlaba con ella tenía un ojo puesto en lo que estabas haciendo con Greg Williams. Después te golpeaste con la columna y aquella noche supe cuál era mi problema, y que no sólo se trataba de una cuestión de celos.

—¿No?

Él movió la cabeza en sentido negativo.

—En ese momento, demoliendo toda mi terquedad histórica, comprendí lo que pasaba y me negué a que nadie, salvo el médico y yo, se ocupara de ti —explicó y sonrió con ternura—. Pero no sólo me quedé a esperar que te durmieras sino que permanecí allí, mirándote dormir. Entonces comprendí que ya no había dudas de que estaba enamorado de aquella bella durmiente. Ese día supe que te amaba y que siempre te amaría. Estabas allí y no quería dejarte escapar.

—¡Oh, Josh! —gimió Erin—. Aquella noche supe que eras el único hombre con el que deseaba hacer el amor.

—¿Me amabas entonces?

Erin asintió.

—Empecé a sentir que estaba enamorada de ti la noche en que enviaste a Gavin en taxi a su casa.

Josh la miró con incredulidad.

—¡No puede ser! ¡Eso pasó hace meses!

—Meses en los que ese amor incipiente fue creciendo hasta convertirse en el inmenso amor que siento ahora —admitió ella, tímidamente.

Erin adoró oír cómo Josh murmuraba su nombre, la atraía hacia él y la besaba una y otra vez.

Finalmente, Josh se apartó un poco y la miró con una expresión

que parecía indicar que tenía la necesidad de explicarle por qué se había comportado tan mal con ella.

—Te confieso, mi amor, que esta emoción nueva me asaltó por sorpresa; que este profundo e infinito amor que siento por ti me atravesó por completo y que lo único que quería era estar contigo.

—¡Pero no te volví a ver hasta una semana después de la boda!

—Lo cual debería servir para que te hagas una idea de lo que has hecho con mi confianza.

Erin lo miró sorprendida. Josh era el hombre más seguro de sí mismo que conocía.

—¿Cómo? —balbuceó—. Yo...

—Deseaba verte. De hecho, estaba desesperado por verte. Pero estaba enamorado de ti y no sabía qué hacer —explicó él—. Toda mi seguridad se había esfumado y era una especie de masa de nervios que no dejaba de preguntarse una y otra vez qué sentirías por mí. Me correspondías físicamente, pero eso no significaba que te importara. Nunca me habías llamado. En todos los meses que transcurrieron desde que sugerí que podías hacerlo, ¡ni una sola vez marcaste mi número! Me pasé una semana sufriendo hasta que el lunes pasado, después de la semana más angustiante que recuerdo, decidí que no podía seguir así y que iba a tener que ponerme en contacto contigo para verte y averiguar si había algún mínimo destello de amor en tu mirada. Pero tenía previsto viajar a Nueva York al día siguiente y, aunque habría sido mejor que esperara a estar de vuelta en Londres, no sabía si iba a ser capaz de esperar tanto tiempo.

—Eso fue antes de que me vieras con mi madre, ¿verdad?

Josh la miró compungido.

—Sí. En un primer momento, pensé que la imaginación me estaba jugando una mala pasada —afirmó, besándola con ternura—. Pero cuando comprobé que de verdad eras tú, me sentí tan desesperado por tocarte, que supe que no podía esperar a regresar del viaje.

—¿Entonces reconociste a mi acompañante?

—La reconocí. Y, como si eso no bastara para cegarme de furia, noté el cariño con el que te despedías de ella.

—¡Parecía que ibas a asesinar a alguien!

—Lo siento, preciosa. Perdóname. Pero había visto a mi padre

tan esperanzado... Y de repente, se quedó desolado y destrozado porque Nina Woodward no sólo lo había rechazado sino que le había dicho que no quería volver a verlo. Tanto es así, que poco después sufrió el ataque al corazón.

—Lo siento —se disculpó Erin.

—No tienes que disculparte por nada —le dijo Josh, con una sonrisa tierna en los labios—. Yo estaba descontrolado y furioso y no podía hacer nada salvo decirte unas cuantas cosas antes de subirme al avión al día siguiente.

—Cuando viniste aquella noche, seguías furioso —afirmó ella.

—¡No me lo recuerdes! —suplicó Josh—. Te insulté descaradamente. Cuando pienso en cómo te traté, en las cosas que dije...

Erin no podía soportar verlo tan mortificado por ese recuerdo.

—Por favor —lo interrumpió—. No importa. Ya no importa. No ahora que estás aquí...

—Sí que importa —insistió él—. Me estabas destrozando el corazón. Te amaba y te odiaba al mismo tiempo y no sabía qué hacer... Oh, Erin, mi amor... Aquella noche no pude dormir. Sabía que me había portado muy mal contigo. Pero sobre todo, temía no volver a verte otra vez.

—Sin embargo, llamaste desde Nueva York para disculparte.

—Y me alegro de haberlo hecho. Pero cuando vi que besabas a ese Richard, estuve a punto de perder la esperanza.

—Es que acababa de contarme que mi madre lo había rechazado y quise animarlo de algún modo.

—Estoy seguro de que lo conseguiste.

—Bueno, yo también debo disculparme. Si no recuerdo mal, te di un buen puñetazo...

—Creo que merecía más de uno. Pero terminaste de desesperarme por completo cuando, después de estar en mis brazos, después de besarme, te pusiste a hablar tan tranquilamente con ese Greg y hasta quedaste con él —explicó—. Comprende que yo también tengo mi orgullo.

—¿Fue eso lo que te molestó? Pensaba que seguías enfadado por lo de mi madre...

Josh la besó entonces.

—Ya da igual. Pero espero que hayas anulado tu salida del

jueves...

Erin rió.

—Lo haré, no te preocupes. Será un placer.

—¿Y qué me dices de Stephen?

—Stephen sólo es un amigo. Trabaja en tu empresa.

—¿Y no es nada más?

—No, nada más.

—¿Y si te digo que quiero verte el miércoles y el resto de los días de la semana?

—Entonces, estaré encantada de poner tu nombre en mi agenda —bromeó—. Pero hablando de celos, recuerdo cierta fotografía que te hicieron en Nueva York...

—Ah, eso... ¿Y sentiste celos? Es la esposa de un buen amigo mío. Además, yo no hacía otra cosa que pensar en ti. Por eso, cuando fui a buscarte a tu departamento esta mañana...

—¿Fuiste a buscarme?

—Encontrar una excusa para pasar por allí fue fácil. Pero no podía imaginar que habías presentado la dimisión y al saberlo comprendí que te había acusado de ser irracional y que, realmente, el irracional era yo. Supongo que perdí el sentido común al conocerte.

—Y decidiste venir...

—Quería hacerlo, pero no pretendía molestarte y pensé que sería mejor que te llamara antes.

—Y me recordaste que te debía una llamada...

—Sí, pero créeme: esperar tu llamada ha sido una de las cosas más traumáticas que he hecho en toda mi vida.

—¿Sabías que llamaría?

—Casi había perdido la esperanza cuando lo hiciste.

Josh se detuvo entonces y la miró durante un buen rato, en silencio.

Después, abrió la boca y preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, me encantaría —respondió ella, llena de felicidad.

Estaba tan confundida que no sabía qué añadir, así que preguntó:

—¿Te apetece un café?

—Creo que el champán sería más apropiado para la ocasión, ¿no

te parece?

—¿Has dicho lo que creo que has dicho?

—Oh, sí, mi amor, desde luego que sí. Una vez me dijiste en broma que tendría que casarme contigo por que habíamos dormido juntos. Y en lugar de asustarme por eso, me asusté porque la idea de casarme contigo me pareció maravillosa —confesó Josh—. Como ves, estoy hablando muy en serio.

—¿De verdad?

—Por supuesto que sí. Pero, ¿me amas?

—Con locura...

Josh la besó y la miró con intensidad a los ojos.

—Entonces, dime que quieres casarte conmigo. Dímelo, por favor.

—Quiero casarme contigo, Josh —dijo, llena de amor.

—En ese caso, ¿sabes dónde podríamos comprar una botella de champán a estas horas de la mañana? —preguntó él.

Erin lo miró y pensó que era una pregunta retórica, una simple broma. Si había alguien que supiera dónde se podía comprar champán a horas tan tempranas, esa persona era él.

Pero a fin de cuentas, el hombre con el que se iba a casar era tan maravilloso como excepcional.

Josh volvió a abrazarla entonces. Y antes de besarla, dijo:

—Oh, sí. Te amo con todo mi corazón, Erin Tunnicliffe.



JESSICA STEELE (Warwickshire, Inglaterra (1933) - es una popular escritora británica. Desde 1979 ha escrito más de 85 novelas románticas publicadas por *Mills & Boon*.

Fue una niña delicada, a los 14 años le diagnosticaron tuberculosis y tuvo que abandonar los estudios, a los 16 años comenzó a trabajar y nunca regresó a la escuela a la que siempre ha echado de menos.

Peter, su marido,la ha apoyado en su trayectoria profesional y durante el periodo de aprendizaje (5 años según Jessica).

Es feliz escribiendo a mano,y tiene gran cantidad de plumas. Para documentarse y obtener información para sus obras ha viajado por todo el mundo.